

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

TOMO PRIMERO

Diciembre 1875—Enero 1876

MADRID

REDACCION.—ADMINISTRACION

SAN MATEO, 11, BAJO

1875



REVISTA CONTEMPORÁNEA

---

Madrid: 1875.—Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.

---

---

# DE GUARDIA.

NOVELA ALEMANA. (I)

## I.

—¿A qué hora están citados los coches? le preguntaron á un lacayo vestido de gala que abria la portezuela de un carruaje.

—A la una, respondió aquel.

Las señoras que iban dentro y que habian hecho la pregunta, descendieron del coche, y con las cabezas ricamente ataviadas y envueltos sus trages en un rico manto, subieron por la escalinata, cuyo lujoso tapiz se extendia hasta el pórtico del palacio.

El gobernador de la fortaleza, el general von Kronwaechter, daba aquella noche el primer baile de la temporada. Los primeros bailes de temporada tienen siempre algo de vivificador; son como las primeras lluvias de primavera; los rostros y los atavíos están todavía frescos.

La fachada del palacio estaba profusamente iluminada; en la calle ardian grandes antorchas, y dos empleados de policía conservaban distantes á los curiosos, á fin de que no obstruyeran la entrada á los invitados. Ante el vestíbulo hacian la guardia dos granaderos que, segun el rango del que entraba, saludaban ó presentaban las armas.

---

(1) Berthold Auerbach, uno de los primeros novelistas alemanes, y que en la obra que hoy publicamos toma un rumbo distinto al que hasta ahora habia seguido en sus otras novelas, generalmente de carácter bucólico como sus célebres *Cuentos de la selva negra*; es natural de Nordstetten, donde nació en Febrero de 1812 y oriundo de una familia judía.

Los coches se sucedían sin interrupción. Muchos invitados llegaban á pié y casi todos de gran uniforme. Los jóvenes dejaban sus abrigos en el portal, y subían presurosos por la gran escalera cubierta de tiestos de flores; delante de un magnífico espejo ordenaban un poco el traje, y con el casco bajo el brazo y erguido el cuerpo, penetraban en el salón.

En la primera sala, desde la cual se veían á derecha é izquierda los salones iluminados, estaba en pié el gobernador, hombre de elevada estatura, de magnífico aspecto y cabellera gris cortada al uso militar. Brillaban en su pecho las insignias más importantes. Saludaba á los recién llegados con esquisita amabilidad: tanto, que cada cual podría figurarse haber sido invitado especialmente y que tal vez era el único á quien se acogía bien. Diríase que el anciano caballero se sorprendía agradablemente cada vez que saludaba á los que llegaban. Pero había, sin embargo, diferencias; á unos daba una mano, á otros las dos. Este hombre, que ordinariamente era muy frío, variaba completamente siempre que daba un baile, pues entonces no tenía límites su amabilidad. Y no era esta por ficción, sino un movimiento espontáneo, no contribuyendo poco á producirlo el estarle confiada la representación de la autoridad y tener, por consiguiente, la obligación de ser cortés.

Al lado del gobernador se encontraba su hija única, Gabriela, que recibía con todo el gusto y amabilidad que á su edad correspondían. Era su hermosura tan singular, que, de haberla conocido los griegos de la antigüedad, hubieran creado un tipo para ella sola. No consistía su belleza únicamente en su gallarda figura y flexible cuerpo, sino también en la firmeza de sus maneras, en la seguridad de su desenvoltura y en la naturalidad de sus movimientos, que unido todo al tono sencillo y confiado de sus palabras, la revestía de algo completamente nuevo y singular. Acaso influía bastante en todas estas particularidades su especial posición en el pequeño círculo social en que se movía, círculo por su propia naturaleza militar, sometido á un orden severo y disciplinado.

Además sólo habían trascurrido dos inviernos desde que salió del instituto de señoritas, y era este el tercero en que

hacia los honores de la casa. Mostraba erguida su hermosa cabeza, abundante en grandes rizos rubios que caían sobre su cuello de alabastro, y no llevaba adorno alguno; su traje era enteramente blanco y estaba adornado con ancha banda encarnada; los rítmicos movimientos de su cuerpo se acentuaban fácilmente en este sencillo traje.

—¿Señorita, tendré el honor de que baileis conmigo? la preguntó un capitán de negra cabellera y ojos vivos y brillantes.

—Con mucho gusto, escribid vuestro nombre. ¿Quereis el cotillon?

Solo una mirada particular del joven hubiera dejado adivinar que toda esta conversacion habia sido concertada de antemano. En la tarjeta que ella le ofrecia escribió él únicamente «Hauenstein,» pues todo el mundo sabia que además de ser primer oficial, era baron de aquel nombre.

Despues de hecha su inscripcion, se retiró Hauenstein del lado de la joven. Un rayo fugitivo de luz cruzó por su rostro, que en un instante rebosó de alegría, tomando luego cierta expresion melancólica. Habia oido decir, al cruzar de una parte á otra, que por desgracia iba ser este el último baile en que haria los honores la hermosa Gabriela, pues partia en el dia próximo á la córte, donde iba á ser dama de honor de la princesa reinante, en cuyo palacio era primera dama la condesa de Truben, hermana de su difunta madre.

Comenzó el baile. El salon ofrecia un magnífico aspecto. Era este de la buena época del renacimiento, cubierta la techumbre de ricos y artísticos artesones y pintados los lienzos con asuntos mitológicos. La música oculta en una pieza contigua daba señales de su presencia por las melodiosas notas que enviaba á los concurrentes.

Pasaba de largo Hauenstein al lado de las más celebradas damas que bullian como un enjambre de abejas sin pensar para nada en su suerte. Ocultó la tarjeta de baile en su bolsillo. Todo para él estaba hecho y nada le restaba. Corrió de uno á otro salon sin propósito alguno y deteniéndose ante esta ó la otra pintura, estatua ú objeto de arte. Al fin se sentó en la sala redonda y comenzó á hojear un album que tenia á su alcance.

—¿Tan aburrido estais?—le preguntaron.

Alzó la vista, é inmediatamente se incorporó para saludar al mayor de su regimiento, diciéndole á continuacion que no tenia ganas de bailar aquella noche.

—Ah sí. Me lo figuro fácilmente—respondió el mayor,—lo he leído hoy en los periódicos. Es doloroso, inhumano. Aunque, francamente, era un revolucionario terrible; pero con todo, tenia cierta nobleza, algo de distinguido.—¿No sabeis si viven todavía sus padres ó si tiene hermanas?

—Solo una hermana, pero todo lo que de ella sé es que vive en Francia.

—¿Os lo ha contado él?

—Sí.

—¿Creo que tambien queria marcharse á Francia?

—No me ha dicho nada sobre el particular, y yo solo le he hablado de lo que él mismo me referia.

El mayor apoyó la mano en la espalda de Hauenstein y dijo:

—No está bien tratar de los prisioneros ni aceptar ninguna clase de relaciones con ellos. El oficial que está de guardia está allí solamente para dar apoyo en caso necesario á los carceleros. Nosotros no tenemos que pensar en el material que allí se encierra; nos debe ser indiferente que sean municiones ó personas. Y ahora, vámonos al cuarto de fumar, que hay buen Madera.

Ambos subieron al piso superior, que ofrecia un aspecto bien distinto al de los salones inferiores. En la sala de billar, donde jugaban con gran animacion, habia varios grupos, algunos sentados cerca de las paredes, otros alrededor de varias mesas de tapete verde. El mayor invitó á Hauenstein á tomar asiento junto á una mesa donde estaban unos cuantos oficiales, y entre ellos el jefe de su regimiento. Se habló de ascensos, de traslados, de los últimos ejercicios de tiro y tambien de aventuras amorosas.

—¡Ah, Hauenstein!—dijo un oficial—¿conociais al polaco de quien hablan hoy los periódicos?—Yo recuerdo que contabais de él.....

—El mayor lo conocia tambien.



—Pero vos hicisteis la entrega—añadió el primero.

—¡Hola!—dijo el coronel—¿cómo fué? Contádnoslo con todos sus detalles.

Hauenstein empezó:

—Ya sabeis que el polaco—de 21 años á la sazón—habia tomado parte en la revolucion de la capital y que habia sido condenado por esto á prision. Tenia una hermosa voz; pero cantaba solo de noche cuando al principio no se le daba luz. Esta le fué concedida más tarde por una intercesion que yo desconozco.

—Cierto—añadió el mayor,—yo recibí la órden y tuve entónces ocasion de conocer al prisionero. Pero tened la bondad de continuar.

—Le estaba permitido—continuó—estudiar obras militares; estando yo un dia de guardia entablé conversacion con él, y me encontré con una persona de muy buenas maneras; entusiasta, pero por desgracia muy extraviado en sus inquebrantables ideas. Desistí bien pronto de persuadirle, pues además de no ser mi oficio, no me sentia con fuerzas para ello. Me confesó sin rodeos que su intencion era estudiar en la soledad todo lo concerniente á un general en jefe; pues estaba decidido á ponerse á la cabeza de los ejércitos revolucionarios cuando lo que él llamaba libertad le necesitase. Le supliqué que no me hablase del asunto, y me suplicó de la manera más amable que le dispensase. Le procuré tambien algunos papeles de música que él habia pedido varias veces. Esperimentaba el prisionero un gran placer en leer la música. Por más instancias que hizo, no le fué permitido un instrumento. La música, como terreno neutral para ambos, era generalmente el objeto de nuestras discusiones y debates, pues sostenia que los alemanes y los italianos no sirven para la vida política, porque son demasiado músicos.

—¡Qué original!—dijo el coronel;—pero continuad, porque me interesa muchísimo.

—De esta manera se estableció entre nosotros una verdadera amistad, hasta el punto de que una vez hubo de asegurarme que su agradecimiento era tan grande, que lo primero que haria al recobrar su libertad seria una visita á mi casa. No

respondí nada; pero concebí el proyecto de no recibirle el día que esto ocurriera. Durante las seis semanas últimas, contaba los días que le faltaban de cautiverio, borrando una raya de las que representaban los días que le faltaban para salir de la prisión. Yo estaba de guardia en la ciudadela el día en que el polaco debía recobrar su libertad. Me desperté á las cinco de la mañana, y ví al jefe de policía con dos desconocidos, que me entregó una orden del ministerio para que entregase el prisionero á aquellos dos hombres. No sabia lo que aquello podia significar; pero sin saber por qué, la mision me fué dolorosa. Conduje los dos extraños al calabozo. Cuando el polaco los vió, me gritó con voz desgarradora: «¡Son mis verdugos! ¡Y vos precisamente sois quien me pone en sus manos! Pero no os hago ningun reproche. Dispensadme.» Me alejé, y los dos hombres extraños, acompañados de dos soldados con bayoneta calada, se llevaron á mi prisionero. No volvió la vista atrás, y.....

Hauenstein se detuvo y respiró con dificultad; conocia que no era su conducta la de un militar, que ni en un baile y en amistosa compañía puede olvidar lo que le está prescrito. Reponiéndose continuó:

—Lo demás ya lo sabeis por los periódicos. Tan pronto como llegó á las fronteras rusas, trató el prisionero de fugarse y su cuerpo fué hecho trizas.

—¡Qué lástima!—añadió el mayor,—tenia, como ya he dicho, una noble naturaleza, á pesar....

—Señor Hauenstein—gritó un bastonero que entraba,—la señorita de Kronwaechter os advierte que el cotillon empieza.

En el acto se levantó Hauenstein y bajó á la sala, donde tuvo la suerte de llegar al punto de hacerse los preparativos.

—¿Por qué no habeis bailado?—le preguntó Gabriela.

—Descansaba para estar más tranquilo ahora—dijo Hauenstein reuniendo todas sus fuerzas, y comenzó á dirigir el cotillon con Gabriela.

No cabia ningun género de duda de que las figuras puestas por ellos habian sido ensayadas. Los señores de más edad sentados á lo largo del muro en anchas butacas cuchicheaban en-

tre sí y sostenían á porfía que Hauenstein era el favorecido por la reina de la fiesta, y que aunque era de buena familia, su nobleza, sin embargo, no era muy antigua; decían también que sería él un loco si pensara, por las distinciones que esta noche recibía, llevar alguna vez al altar á la hija del gobernador. Una de las señoras en cuyo rostro no se advertían los rasgos de su antigua belleza ni sus actuales deseos de ambición, dijo con una de esas indefinibles sonrisas de buen tono:

—Creo muy difícil que Gabriela pueda vivir largo tiempo en la corte y que aprenda á obedecer. Es muy difícil para una persona tan joven subordinar su voluntad y someterse sin hacer ninguna clase de objeciones; y Gabriela ha sido dotada por la naturaleza de una enérgica voluntad, que tal vez raya en la obcecación.

Nadie la respondió.

Mientras tanto la pareja no pensaba para nada en el porvenir y se contentaba con la felicidad del presente; mas en una pausa preguntó Gabriela á Hauenstein:

—Me parece adivinar algo doloroso en vuestra fisonomía. ¿Podeis decirme lo que os preocupa?

—Aquí nada. Ahora nada. Pero todo lo que puedo decir es que no toca nada á mi persona.

—Entonces, olvidaos de ello.

Esto pareció agrandar al joven.

Las personas mayores que estaban en las salas de juego y de fumar habían bajado al salón de baile, y después de haber observado bien todas las bellezas que allí había, afirmaron unánimemente que era este baile una colección de escogidas beldades, y que entre todas la más bella era Gabriela.

Correspondía á Hauenstein, por ser la última pareja, la dicha de dar el brazo á Gabriela para llevarla al buffet. Este estaba servido con el mismo gusto esquisito que en los demás salones se notaba. Hauenstein se sentó al lado de Gabriela. Esta le pidió que por un momento la disculpase, y poniendo su ramo de flores en la silla, le dijo:

—Como ama de casa, tengo que ver si todo está en orden. Se alejó, y Hauenstein permaneció muy pensativo, con-

templando el ramo y el sitio que habia quedado vacío. En esto volvió Gabriela, y dijo:

—Teneis otra vez triste la cara. ¿No podeis decirme lo que os sucede?

—No es oportuno en este sitio. Estamos tan alegres, que nadie podria figurarse que pueda haber algo triste en la tierra. ¿Y por qué hemos de hacer abstraccion de todas estas alegrías? Yo solo necesito mucha fuerza de voluntad. Mañana á las seis de la mañana entro de guardia en la ciudadela.

—¿Es eso tan desagradable?

—No.

—¿Entonces es otra cosa lo que os atormenta? Decídmelo sin rodeos: ¿puedo yo tal vez disminuir vuestra tristeza? Si puedo, os suplico que me lo conteis; si no puedo, entonces, suplico que lo olvideis y dejadlo para otro dia.

—Nada podeis hacer, y nada tampoco puedo yo decir. Pero teneis razon: fuera tristezas. La vida es bella. Brindemos por que siempre encontremos la vida tan hermosa como ahora.

El baile tocaba á su fin. Los convidados se decian, mientras se ponian sus abrigos, que pocas noches habian pasado tan agradablemente como aquella, y al dar las gracias al gobernador y á su hija, se notaba que los cumplidos eran hechos sin ninguna afectacion. La alegría se escitó mucho, porque se le escapó decir á Gabriela que ella tambien conocia que pocas veces habia estado tan bonita como aquella noche.

Ninguna palabra más se cambió entre Gabriela y Hauenstein, cuando este se despidió. Unicamente, al alejarse se llevó la mano á una flor que tenia puesta en su uniforme. Ella misma habia elegido aquella flor entre las de su ramo y se la habia dado.

—Hauenstein—le gritaron unos camaradas, ya en la calle—ven con nosotros, vamos al Casino. Nordeck ha perdido en una apuesta tres botellas de Madera. Ven.

Hauenstein se escusó diciendo que estaba cansado y que entraba de guardia á la mañana siguiente. Algunos le gritaron todavia:

—Mañana por la tarde iremos al cuerpo de guardia á jugar una partida de whist. Prepáranos un ponche.

## II.

Era una fría y húmeda mañana de otoño al tiempo que Hauenstein y su compañía subían por la montaña, pues la ciudadela está sobre un monte en medio de la ciudad. Ni los muros ni las casamatas dejaban adivinar la gran extensión de la meseta, ni las construcciones que en ellas se habían levantado. Allí vivían encerrados un gran número de presos, algunos por el duelo, pues esta verídica historia ocurrió en 1850; pero la mayor parte consistía en presos políticos. Desde esta altura se divisaba perfectamente la ciudad con todas sus fortalezas y las aldeas de los alrededores.

Hauenstein relevó la guardia con su compañía; hizo que le presentasen la lista de los prisioneros, y se detuvo largo tiempo al ver un nombre que estaba señalado; después de un rato se dijo para sí:

—El mayor tiene razón; nosotros no tenemos que averiguar si lo que hay que guardar son hombres ó municiones.

Como estaba bastante cansado, se acostó en cuanto hubo visitado las guardias. Ordenó al sargento de guardia que no le despertasen y que dispusiera por sí mismo las órdenes necesarias.

Apenas se había acostado, cuando vinieron á despertarle. El carcelero estaba delante de él pidiéndole consejo.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha escapado algún prisionero?

—No; pero ya no sé qué hacer y he prometido á un preso llevaros á su prision.

—Yo no tengo nada que ver con él.

—Eso he dicho yo también; pero el hombre se ha entristecido tanto, que creo debemos tranquilizarle. ¡Es tan amarga su suerte!

—¿Quién es?

—El núm. 5.

Hauenstein miró la lista. Era un antiguo pasante de abogado, natural de un pueblo vecino. Se vistió inmediatamente y fué al cuarto del prisionero.

—Señor oficial—gritó un hombre de encanecida barba,—si no me socorreis, me vuelvo loco ó me muero.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—He recibido una carta donde me anuncian que mi mujer se está muriendo. Sus últimas fuerzas las gasta llamándome. ¡Señor oficial, por lo último que me queda, por lo más sagrado, por el respeto de mí mismo y de la verdad, yo os juro que estaré de vuelta antes de las diez; dejadme salir y que lleve siquiera este consuelo á mi pobre mujer, que tanto ha sufrido ya!

—¿Sabeis lo que me espera si os dejo marchar?

—Lo sé; y por eso os prometo por lo más sagrado que me considereis como el mayor de los criminales si falto á mi promesa, y lo más criminal seria daros motivo para que nunca jamás os fiaseis de la palabra de un hombre. No, yo no seré culpable de esto. Os suplico que me dejéis libre por algunas horas; contados serán los minutos que yo esté fuera. ¡Señor oficial, sois ahora mi dueño; pero tambien sois un hijo! Vos teneis madre, padre. ¿Veis aquel humo?.... Sí, allí. ¡Ah, si pudiéseis oír los gritos que desgarran allí mismo el pecho de una moribunda, de una esposa adorada! ¡Quiera Dios que no os veais nunca en semejante trance! ¡Esto es horrible! ¡Si algun dia conducís una mujer al altar, una sombra invisible os bendecirá! ¡Por Dios, pensad tan solo en que teneis corazon! ¡Os lo ruego, oidme, que una moribunda implora conmigo!

—Haré que se lo comuniquen inmediatamente al comandante.

—Seria demasiado tarde.

—Haré que una escolta os acompañe.

—Esto os venderia. ¡Oh, señor oficial, vos comprendeis mi triste situacion; tened el valor de creer en un hombre! Vuestra fé no será burlada. Un desesperado pide misericordia y con él una moribunda. ¡Dejadme salir por algunos instantes!

—Bien, sea. No gasteis vuestras fuerzas en palabras, que todas os son necesarias. Dadme la mano.

—Héla aquí. Cada promesa que yo pudiera hacer todavia seria un pecado. Mi mano os lo dice todo; y ahora, por Dios, ni un minuto más; cada minuto puede ser el último.

El hombre fué puesto en libertad y Hauenstein se volvió al cuerpo de guardia. No se preocupó más de lo ocurrido; era bastante militar para no atormentarse con el arrepentimiento de una cosa que estaba hecha. Había obrado por un impulso momentáneo; la cosa estaba hecha y toda reflexión posterior era inútil. Trató de dormirse y tuvo bastante dificultad para conseguirlo; pero al fin vencieron la juventud y el cansancio.

Se despertó justamente al dar las diez.

—¿Ha vuelto el hombre del núm. 5—preguntó al ordenanza?

—No.

—Véte arriba y mira si viene por el camino. Vuelve en seguida.

El ordenanza salió y volvió en seguida diciendo que no se veía nada.

—Vuelve otra vez y mira bien; yo voy en seguida.

Hauenstein se vistió inmediatamente y fué al puente levadizo; aunque tenía un antejo de larga vista no pudo distinguir nada. ¡Pero sí, ya vió algo! Llegaban el coronel en su caballo blanco y tres ordenanzas detrás. El viento de la noche batía de frente al rostro del oficial. Después de una pausa se dijo para sí:

—Llegó tu hora, Hauenstein.

El coronel se aproximaba cada vez más; por último llegó al puente y le preguntó:

—¿Por qué estais aquí?

—Señor coronel, he cometido una falta... y... muy grande. Con pocas palabras le contó lo que había hecho.

—¿Cómo habeis podido cometer una falta tan grande? Ya sabeis lo que está mandado. Yo no puedo disculparla. Ya noté yo anoche que teneis alguna simpatía por ciertos criminales. ¡Pasad adelante! ¿No ois? Id delante, que yo os sigo.

Hauenstein llegó al cuerpo de guardia con la cabeza caída sobre el pecho; los soldados presentaron las armas, el coronel se apeó. Hauenstein fué relevado, y dentro, en el cuarto, tuvo que entregar la espada y fué arrestado, por cierto, en el mismo calabozo donde había estado el polaco. Todavía se veían allí las rayas borradas en la pared.

Triste y pensativo penetró Hauenstein en la celda, y su primer pensamiento no fué para su propia desgracia, sino para Gabriela. ¡Cómo la destrozaría esto el corazón! Pero había que soportarlo. ¡Qué diferencia entre el día de hoy y el de ayer! ¡Cómo era posible que el hombre que había hablado tan conmovido estuviese tan falto de fé? Pero los que con todo quieren concluir, ¿qué puede importarles la suerte de un hombre? El hombre había dicho: Yo tomo sobre mí la culpa de que no creáis á ningun hombre. ¡Ya lo créo! Esta culpa poco le puede pesar... De repente se dijo á sí mismo: Tú también eres un revolucionario; tú has faltado á la ley y te has alzado contra ella, porque te creías con derecho para violarla. Esto correrá por toda la guarnición de boca en boca, y lo mejor que dirán de tí, será:—Lástima que Hauenstein esté arrestado. Era un buen soldado y tenía probabilidades de llegar á general. Pero, francamente, tenía en su interior muchos puntos de contacto con los revolucionarios.

### III.

A la misma hora en que Hauenstein había sido encarcelado reinaba en casa del gobernador esa satisfacción especial que se alcanza en las mañanas que suceden á los bailes ó fiestas que han tenido gran éxito. Escepto esta alegría, en nada se notaba el baile que había tenido lugar la víspera, pues todo en la casa estaba ya perfectamente arreglado.

El comedor era cómodo en extremo y anunciaba el buen gusto que tenía la hija de la casa. En la chimenea ardía la leña, produciendo una llama clara y vivificadora, y sobre la mesa, en dos vasos mates de cristal veneciano, estaban dos ramos, sin duda de la víspera.

Cuando el padre hubo entrado, después de ser saludado cariñosamente por Gabriela, esta le dijo:

—Debes estar contento de lo bien que se ha pasado la noche. Yo creo á las personas que nos decían que aquellas horas habían transcurrido con la velocidad de un minuto. Pero, ¿qué tienes, que estás tan pensativo?

—Pienso que debías haberme dicho que ibas á bailar el



cotillon con Hauenstein. Me chocó bastante, y como á mí, tambien á otros muchos. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué? Es el oficial de la guarnicion que mejor baila, y tú le consideras mucho. Tú me has dicho muchas veces que su padre era tu compañero de armas.

—Sí, todo eso es verdad y no hay en ello nada que no esté bien; pero..... como ya te he dicho, es chocante.

—¿Chocante?

—Sí; tú eres mi bien, mi tesoro, y yo no soy un padre tirano. Solo quiero advertirte que tú sales ahora al mundo y que me seria muy doloroso que contrajeras compromisos de que más tarde pudieses arrepentirte. Deseo que no des el menor pensamiento tuyo á ningun hombre, que reserves toda tu alma para aquel á quien hayas de pertenecer para siempre. Por tí misma quiero que hasta que conozcas bien el mundo y el mundo te conozca á tí, no des esperanzas de nada á nadie. En este nadie, hija mia—oye bien,—en este nadie estás comprendida tú tambien. Comprendes lo que quiero decir, ¿no es verdad?

Gabriela se quedó silenciosa, y el gobernador no insistió, sabiendo la obediencia con que seguia la menor órden suya.

El criado entró trayendo varias cartas en una bandeja. El gobernador cogió una y dijo:

—Esta es de tu tia. Tambien es para tí.

Pasó la carta á Gabriela, que la abrió inmediatamente y la leyó, mientras que su padre leia á la ligera las que le iban dirigidas. Dejó luego los papeles á un lado y preguntó:

—¿Qué dice tu tia? Dime solamente lo que haya de particular.

—Dice—respondió Gabriela leyendo:—«Tu retrato ha gustado mucho á la princesa; encuentra que te pareces mucho á tu madre. Desea leer una carta tuya para conocer así el retrato de tu carácter. Pero no tengo ninguna que le pueda enseñar. Escríbeme una carta que, siendo en apariencia para mí, no contenga nada que no sea interesante para la princesa.

—¿Qué escribiria yo? preguntó Gabriela.

—Descríbele el baile de ayer, y muéstrate muy ingénua. Esto es siempre lo mejor.

Mientras el gobernador encendía un cigarro, fué anunciado un oficial de órdenes.

—Que entre.

Gabriela se alejó rápidamente. Un alférez entró y refirió en breves palabras lo que había ocurrido.

—¿Cómo ha podido ser eso?—dijo el gobernador para sí.  
—¿Cómo lo ha hecho? No tiene autoridad para hacer cosa semejante.

El alférez se guardaba muy bien de responder mientras no se le preguntara directamente; el gobernador se dirigió á él y le dijo:

—Está bien. Podeis marchar; decid que voy en seguida. ¿Está arrestado?

—Hasta nueva órden.

El alférez salió en seguida y el gobernador mandó que le ensillasen su caballo.

El gobernador no titubeó mucho tiempo si debía ó no contárselo á Gabriela; la mandó llamar y le dijo:

—El oficial Hauenstein ha faltado á la consigna de la manera más extraordinaria. Va á ser juzgado por un consejo de guerra.

Contúvose de repente. Gabriela, sin vacilar, preguntó con voz firme.

—¿Qué ha hecho?

El gobernador se calló un momento y continuó luego:

—Será condenado á muerte, pero no se le fusilará.

—Entonces eso es lo que tenía y por eso estaba tan triste; ¿por qué decía que yo no podría servirle de nada? Debí de haber insistido hasta que me lo hubiera dicho. ¿Cómo es posible que desgarran así nuestra existencia por nada?

El gobernador iba á decir: Ya me figuraba yo que mis órdenes llegaban demasiado tarde, pero se contuvo y dijo solamente:

—Méenos mal, Gabriela, que sea yo el único que ha oído de tí semejante cosa; espero que nunca más te oiré hablar de esa manera. Tranquilízate con la idea de que todavía estás á tiempo para guardarte de cometer una falta.

—Pero si tú también le querías y le estimabas.

—No lo niego; pero ahora está perdido. Lástima. Es una suerte que no viva su padre. ¡Oh! ¡el mundo, el mundo; la juventud!

El gobernador montó á caballo y se dirigió á la ciudadela. Cuando subia la montaña vió á un hombre que jadeante y levantando las manos corria hacia él. Detuvo su caballo y el hombre le gritó:

—¡Oh qué felicidad que os encuentre, señor!

Era el preso libertado por Hauenstein. Contó cómo le habia dado la libertad, que habia prometido volver ántes que llegase la ronda; pero que no habia podido hacerlo porque cuando llegó encontró á su mujer en un profundo letargo, despues de haber estado tres dias sin cerrar los ojos llamándole constantemente; una vez allí se habia sentado en la cama y habia aguardado hora tras hora hasta llegar el momento de poderla hacer oír su voz; pero que no habia conseguido nada. La enferma despertó y murió en sus brazos. Rogó fervientemente para que no se hiciese nada al oficial cuyo corazon habia hecho hablar su dolor á pesar del uniforme.

El gobernador solo contestó:

—Está bien. Marchad á la ciudadela.

Se volvió el gobernador y estuvo dudando largo tiempo si debia ó no comunicar á Gabriela, que el preso habia vuelto á la prision por su propia voluntad. Pero si iba á decírselo á Gabriela, pareceria que aprobaba sus relaciones. Por tanto, era mejor que sufriese, y además Hauenstein tenia que recibir un castigo, y quedaba considerado como sospechoso para todo el resto de su vida. Cuando llegó á su casa preguntó por Gabriela, y le dijeron que habia salido en coche.

—¿Dónde ha ido?

Le nombraron la aldea donde vivia la familia del prisionero. El caballo estaba aún ensillado, montó en él de nuevo; y corrió en pos de su hija, á la que encontró en la casa mortuoria al lado de la hija del preso. Gabriela le salió al encuentro y le gritó:

—El hombre ha cumplido su palabra y nuestro amigo será puesto en libertad.

El gobernador entró en el coche con Gabriela y la dijo:

—¿Cómo has podido, siendo hija mia, olvidarte de tí misma hasta el punto de venir aquí?

—¡Oh padre! precisamente porque tengo la dicha de que tú seas mi padre, precisamente porque creemos y vivimos en las relaciones más estrechas, tenemos el deber de apoyar y compadecer á los extraviados.

El gobernador miró atónito á su hija; parecía que en aquel solo día habia cambiado de género de vida. Al llegar á casa se encerró Gabriela en su cuarto y estuvo escribiendo todo el día y casi toda la noche.

\*  
\* \*

Era de noche. En el palacio de los príncipes se sentaban á tomar el té. La princesa dijo:

—Querida condesa Truben: ¿no habeis recibido todavía carta de vuestra sobrina?

—Sí señora; replicó esta y la presentó la carta de Gabriela. Al verla dijo la princesa:

—¿Es muy larga? ¿Querriais leérmela?

La condesa leyó la conmovedora carta de su sobrina sobre la muerte del jóven polaco y sobre el regreso á la prision del pasante de abogado; sin ninguna intencion presentaba en ella á Hauenstein en todo su esplendor. Todo en la carta era interesante, en particular la descripcion de la familia y de la casa, y de cómo el prisionero se habia separado del cadáver; estos puntos eran conmovedores. Hubo un párrafo que fué leído dos veces. Decia el párrafo: «He contemplado un mundo completamente extraño para mí. He visto gentes de una religion diferente, á la cual llaman libertad política, y siempre dispuestas á toda clase de martirios. ¿No puede tenérseles caridad y tolerancia? Ellos tienen grandísima fé en su religion. Cuando me hallaba al lado de la jóven cuyo padre está preso y la madre muerta, exclamé: ¡Bendiga Dios al que sentado en un trono puede perdonar y prodigar la gracia!»

Algunos dias despues se recibió la órden de gracia y fué el abogado indultado. Este se expatrió con su hija.

Hauenstein pasó algun tiempo en un castillo expiando su

falta. Pero despues, con motivo de un asalto, reconquistó su honor militar y una brillantísima gloria.

La fé de los amantes concluyó al fin con todos los obstáculos y dificultades que se interpusieron en su camino.

Al tiempo que se verificaban las bodas de estos, una carta del emigrado decia lo siguiente: «por mí y por ella habeis hecho un grandísimo bien; su bendicion hará que todavía podais hacer en vuestra larga vida mucho bien á la humanidad.»

BERTHOLD AUERBACH.

---

## LA CORTINA.

---

(IMITACION DE GOETHE.)

Ya en su cuarto á mi vecina  
veo alzar tímidamente  
la punta de la cortina,  
como el sol se alza en Oriente  
tras de una verde colina.

~~~~~

Pronto abrirá la ventana,  
como se entreabren las flores  
con que su frente engalana,  
de la luz de la mañana  
á los pálidos fulgores.

~~~~~

Mas ¡ay! mi pasion es tanta  
que hasta mi vista fascina:  
aún duerme, no es mi vecina;  
es el aire que levanta  
la punta de la cortina.

E. LOPEZ IRIARTE.



## ASPECTO HISTÓRICO DE LOS MILAGROS.

Me propongo tratar este asunto en la parte que no tiene relación directa con la teología. Trataré de un hecho que apenas puede ser desmentido: este hecho es que la credulidad en los milagros no ha muerto todavía: muera por fin ó no, nadie negará que hay muchos hombres aun que creen en los milagros, y que no son los ignorantes y el vulgo, sino tambien algunas de las inteligencias más pensadoras y honradas que sirven de ornamento á la edad presente. Al mismo tiempo debe confesarse con franqueza que ha aumentado considerablemente en nuestros dias el número de inteligencias, pensadoras y honradas tambien, que rechazan la posibilidad de los milagros, y evidente nos parece que hay algo radicalmente erróneo en la filosofía de una de las dos escuelas.

Para cerciorarse de la verdad ó falsedad de una hipótesis, el único método filosófico consiste en examinarla bajo todos sus puntos de vista. La verdad, tiene irremisiblemente que serlo, de cualquier modo que se la considere, mientras que el error tendrá que oponerse en algun punto á hechos que están ya fuera de toda duda. Para admitir la imposibilidad de los milagros, no es bastante que pueda esta hipótesis convenirse bastante bien con los fenómenos físicos que nos rodean: es preciso tambien que concuerde con todo lo que conocemos de historia, geología, naturaleza moral é intelectual del hombre y relaciones de este con el Sér Supremo; al ménos, si consideramos que estas últimas pueden ser asunto de conocimiento más ó ménos completo. Aun excluyendo es-

ta region de investigaciones, nos quedan numerosos terrenos en qué ensayar nuestra teoría.

Me propongo, pues, averiguar hasta qué límite esta hipótesis de la incredulidad absoluta en los milagros puede aceptarse sin peligro como base de crítica histórica, y si, caso de aceptarla, ganaria la historia en lucidez ó al contrario. Abandono á otros exploradores el alcance que pueda tener con relacion á la teología y al origen de las especies. Si es más natural creer que la inmensa variedad de formas con que se nos presenta la vida no es más que variacion natural de un tipo original, que estimarla como resultado de distintos actos creadores; si aun la primera aparicion en la tierra de la vida en cualquier forma, puede atribuirse de alguna manera á la operacion de las leyes actuales, es asunto en el cual me contentaré con seguir la opinion de los naturalistas cuando ellos mismos se pongan de acuerdo. Mi propósito es llevar la teoría adversa á los milagros á region en que pueda ser estudiada más fácilmente por todo el mundo; porque, aunque no todos los hombres son historiadores, está completamente dentro de las facultades de todos formar juicio sobre los principios de que debe partirse para el estudio de la historia.

Nos dicen los hombres de ciencia que las leyes de la naturaleza son invariables y por consecuencia imposibles los milagros. No es maravilloso ni sorprendente que tal sea la enseñanza de muchos hombres de ciencia, porque ella está fundada en una creencia instintiva en la uniformidad de las operaciones de la naturaleza; supone primeramente que estas operaciones se sujetan á leyes y trata despues de averiguarlas. Más aun, el éxito que ha coronado sus esfuerzos justifica plenamente esta creencia originaria en la ley. Cuanto más de lleno han entrado los filósofos en el estudio de la naturaleza, tanto más han visto la regularidad que domina á la creacion y tienen por axioma en el estudio de los fenómenos, que por varios é imposibles de reseñar que aparezcan, necesaria é inevitablemente tiene que haber en el fondo de ellos una ley á que están indispensablemente sujetos.

Sea como quiera, esto puede ser concedido en abstracto: hipótesis es que, á no dudarlo, ha rendido los mayores ser-

vicios á la ciencia, y no hay razon para suponer en absoluto que no es verdadera. Por otra parte, mucho importa fijarse en que si bien leyes perfectas pueden dirigir todos los fenómenos, nuestro conocimiento de ellas está y estará siempre muy lejos de la perfeccion. Grande ha sido el progreso de la ciencia; mas pienso que aun ahora el filósofo se ve frecuentemente obligado á conocer y anotar fenómenos que no puede reconciliar con ninguna ley descubierta; probablemente encuentra algunos que están en contradiccion con leyes dadas por ciertas en otros; y los casos de esta naturaleza son precisamente los que habilitan al investigador, cuando los examina más de cerca, para corregir la parte errónea de la opinion formada antes sobre la ley. La ciencia no daria un paso más, si las aparentes contradicciones que se presentan fueran desdeñadas y se contentara con dar crédito en general á la invariabilidad de la ley; porque es condicion esencial de su progreso que cada grado de especulacion sirva para el estudio ó ensayo de hechos, y solo puede ser aceptada como verdadera aquella teoría que explique perfectamente todos los fenómenos conocidos.

Pues los fenómenos de la historia merecen ser tratados con no menor consideracion que los de la ciencia. No digo los *hechos* de la historia, porque no son tan ciertos ó tan fáciles de comprobar. El libro de la naturaleza abierto para todos está, más ó ménos, y los hechos de la ciencia pueden ser comprobados por el experimento: pero los hechos de la historia, exceptuando los más recientes, quedan fuera del experimento de los que viven, y la única manera de llegar á ellos es estudiar el testimonio. Los fenómenos de la historia, pues, son los fenómenos de los testimonios que hay que pesar y explicar y reducir á leyes, si esto es posible, por procedimientos que tengan analogía con los que aplicamos á los fenómenos de la ciencia.

Aceptando esto como el verdadero fundamento en que debe descansar el estudio histórico, se deduce corrientemente que no estariamos justificados al dejar á una parte, por creer que carece de valor en absoluto, cualquier testimonio, como no lo estariamos al desechar fenómenos físicos cuando no los



encontráramos de acuerdo con nuestras teorías de las operaciones de la naturaleza. No quiero decir que aceptemos como verdaderos todos los testimonios, lo cual sería absurdo en el más alto grado, y algunos juzgarán quizás que con esta concesión destruyo por completo la base de la analogía que trato de establecer entre los fenómenos de la naturaleza que forman los cimientos de la ciencia y los del testimonio que forman los de la historia. Se me dirá que los hechos en química, en óptica, en electricidad, en astronomía, pueden ser comprobados por cualquier observador; que en rarísimos casos dependen de observaciones aisladas; el fundamento en que la ciencia construye está á cubierto de todo ataque; pero que la historia, por depender del testimonio humano, está expuesta á ser pervertida por el medio que aquel atraviesa para llegar hasta nosotros; que no hay en fin la misma seguridad en las bases. Una gran parte de la raza humana es embustera, y es fácil engañar á mayor número aún. Juicio sano, percepción clara y honradez escrupulosa en combinación, son necesarios para hacer el testimonio realmente incontrovertible. Y si vais despidiendo todos los testigos que no posean todas estas cualidades, ¿qué historia nos quedará?

No es difícil comprender que pensamientos de esta naturaleza, aunque raramente expresos, tienen en realidad una enorme influencia para apartar á las gentes del estudio sistemático de la historia; pero no obstante, la objeción es superficial. Los fenómenos que forman la base de la investigación histórica son, *cuando los consideramos como fenómenos*, tan sólidos como los que forman la base de la ciencia. Tal vez sean más engañosos, por falta de poder por nuestra parte para interpretarlos justamente; pero también son engañosos los fenómenos físicos mientras no llegamos á su verdadera interpretación. La salida y la puesta del sol no son en realidad lo que á nuestros corpóreos sentidos aparecen, y son, sin embargo, fenómenos claros y completamente indisputables. Lo mismo sucede con los de la historia. Tales y cuales testimonios pueden ser falsos; está en libertad el historiador de sostenerlo así; pero no queda duda de su existencia, y menester es no pasarlos desapercibidos. El verdadero problema del historiador es dar una

explicacion filosófica del testimonio que existe, demostrando como, en conformidad con lo que es conocido de la naturaleza humana, tal ó cual relacion de sucesos puede haberse desarrollado inevitablemente: y como una opinion, un punto de vista dado, puede exclusivamente explicar todos los hechos y ficciones, sátiras y exageraciones, libelos y falsedades que han llegado hasta nosotros. La funcion del historiador, en resúmen, es como la del jurado; está obligado á tomar acta de todo cuanto dicen los testigos competentes y á deducir su propio juicio, sobre lo que fueron realmente los hechos, de las declaraciones oidas.

Bajo este punto de vista nos vemos imposibilitados de rechazar *prima facie* ninguna clase de testimonio, ni aún el milagroso. La clave de la cuestion únicamente es la que sigue: ¿cuál puede haber sido el objeto con que fueron introducidos estos testimonios? En algunas narraciones los milagros han sido introducidos claramente con un propósito artístico, y no es más necesario aceptar entonces los hechos en un sentido literal que considerar como copiada por taquígrafos la larga arenga de un antiguo general á sus soldados. En casos tales el historiador crítico prescindirá naturalmente del milagro; pero interpretará para sus lectores su significacion histórica, como podria hacerlo con la de un poema. En otras narraciones tambien, no puede dudarse que el autor refiere lo que él mismo cree ó desea que sus lectores crean: aquí se originan las dudas respecto al juicio del autor, probidad y oportunidad de los informes: y estas dudas tienen que presentarse siempre al historiador, ya saquen los autores sus informes de sucesos milagrosos ó no. ¿Relata el testigo lo que declara haber visto ó solamente lo que oyó de otro? ¿Era probable que fuera engañado, ó tuvo un objeto para engañar? ¿Era dado á la ficcion y á las ilusiones? Materias dignas de investigacion son estas, no solamente en el caso de los milagros, sino en toda clase de testimonios. Para darnos cuenta de la existencia de un testimonio, podemos darlo por cierto ó indicar ciertas causas que hayan influido en la imaginacion ó perjudicado al juicio ó pervertido la honradez del informante; pero debemos cuidar de no equivocarnos nosotros tambien por un argumento *a priori*. Sentar desde luego

como cosa probada que una manifestacion milagrosa *no puede* ser verdad y debe por lo tanto ser explicada de otro modo, es sencillamente declararnos incompetentes para investigar el asunto como cuestion histórica. La imposibilidad de los milagros es cuando más una presuncion *científica*; pero traer esta presuncion á la region de la historia, es ni más ni ménos que decir: «aquí hay tanto testimonio de que prescindir, testimonio que no hay que pesar ni criticar, sino tirarlo desde luego por la ventana. Empieza por decir: este testimonio es falso, y si quieres tomarte este trabajo, estudia y averigua el carácter y motivos de los que nos dejaron la manifestacion como recuerdo.»

Si tal regla de crítica se admitiera, me parece á mí que habiamos adelantado muchísimo para no dar crédito á nada ni á nadie, porque esta regla presupone evidentemente que toda fé en el carácter humano, aunque bien cimentada de otro modo, tiene invariablemente que convenir con cierta creencia *a priori* en la regularidad de las operaciones de la naturaleza y en nuestro propio y perfecto conocimiento de la extension y límites de sus poderes. Puede sin riesgo decirse que un principio semejante, si no fuese desechado en algunas cosas, aun por los mismos hombres científicos, haria más para impedir el progreso de la ciencia que la más grosera supersticion que haya nublado la inteligencia humana; porque vendria á establecer necesariamente, que toda observacion nueva que tendiera á estropear teorías de antiguo admitidas fuese desde luego desechada sin más investigacion que la del observador. Seria punto claro y determinado que todas las observaciones de esta clase habian de ser á la fuerza erróneas é indignas del trabajo de estudiarlas: de modo que la funcion más esencial de la ciencia—poner á prueba el valor de las opiniones preconcebidas—tendria para siempre término.

Hay más todavia; si fuese admisible la regla de crítica histórica que estamos examinando, ¿podriamos limitar sus efectos, aun en la misma historia, á la eliminacion de los sucesos milagrosos? Yo, por mi parte, no creo que se haya realizado ningun milagro en el mundo en los últimos mil ochocientos años; pero no veo cómo podria yo investigar honradamente

cualquier período de la historia, con la resolución formada de antemano de no creer en sucesos de aquella clase. Significaría esto, como ya he indicado, una resolución formal de desacreditar el juicio, ó de lanzar un estigma sobre la honradez de todo escritor en cuyas obras me encontrara con una relación milagrosa; y si justificara el adoptar tal regla de conducta, ¿por qué limitar sus consecuencias á los milagros? Si la improbabilidad interna de una narración que contiene milagros es tal que debe ser considerada como imposibilidad, ¿no hay muchas narraciones, sin nada que sea completamente milagroso, cuya improbabilidad interna es también muy grande? ¿Por qué no justificarme entónces de haber rechazado estas últimas, sin tener en cuenta la reputación del testigo? Si es razonable hacerlo sin meditar el testimonio en casos de milagro, debe serlo también en los de gran improbabilidad.

Por ejemplo, supongamos que he salido de mi casa para mis negocios esta mañana, como de costumbre. Un mensajero desconocido se acerca á mí en medio del día, y me dice que mi casa está ardiendo; sériamente alarmado, salgo corriendo á toda prisa. ¿Debia yo haber reflexionado que la cosa, aunque no imposible, era por sus antecedentes muy improbable, pues lo es que se prenda fuego á una casa determinada donde hay miles de ellas y en un día determinado de la vida, y por no saber yo nada absolutamente de la reputación del testigo? Con reflexiones parecidas ¿conseguiria yo dominar mi pensamiento hasta un estado de tranquilidad tolerable, en tanto que llegasen noticias auténticas por conducto más fidedigno? Creo inútil preguntar si seria filosófica tal conducta. ¿Dónde está el filósofo que la siguiera en este caso?

Es evidente, pues, que, según las leyes de la inteligencia humana, la probabilidad ó improbabilidad internas no son los principales elementos que nos impulsan á juzgar de la verdad de un informe; y es conveniente que nuestros juicios estén así constituidos, porque no hay ramo de investigación científica ó histórica, en que las opiniones que son *a priori* probables, no caigan de continuo en el descrédito, y aquellas que á primera vista parecen enteramente improbables, no encuentren luego confirmación notable. Un juicio

sano no se inclina á negar crédito por la sola razon de improbabilidad. El creyente, no el escéptico, es el que posee un juicio sano. Mejor es creer mucho al principio y eliminar despues los errores, que negarse á estudiar hechos que tienen un gran alcance sobre nuestros propios intereses ó sobre nuestra paz del ánimo, por creer demasiado poco. Preferible infinitamente, en verdad, para la felicidad humana, é infinitamente más filosófico como medio de llegar á la verdad, es la infantil credulidad de la inexperiencia al amargo cinismo del descreimiento, que un exceso de familiaridad con las profundidades del mal mundano muy fácilmente engendra.

No intento decir que debamos cultivar la credulidad ó tratemos de adormecer las sospechas que la experiencia nos sugiera como razonables. Tratar de ahogar las dudas de cualquier clase sin convencer á la propia inteligencia, ni es prudente ni recomendable. La duda no contestada racionalmente, toma peor y más maligna forma, cuanto mayores son los esfuerzos para dominarla y hacerla desaparecer. Pero además, no hay verdadera sabiduría en andar deliberadamente á caza de dudas, cuando tantas han de salirnos al camino, siempre que vayamos en busca de alguna verdad.

En asuntos de consecuencia práctica, como el demostrado en el ejemplo, la duda jamás es un motivo de accion, aún cuando la evidencia no sea grande ni mucho ménos. El testimonio, aun el de un desconocido, nos hace creer de tal modo, que obramos en muchos casos como partiendo de una verdad indudable. Y por mi parte digo, que es confianza prudente y razonable, aunque pueda indudablemente conducir á un resultado falso; porque está cimentada en la justa creencia de que los hombres en general aman más la verdad que la falsedad en abstracto, y que prefieren decir siempre la verdad cuando motivos egoistas ó maliciosos no se lo impiden.

Pero veamos ahora hasta qué punto puede engendrarse la duda razonable por el extraordinario carácter de la cosa. Ya he dicho el caso de un desconocido que me avisa que arde mi casa. Los que mantienen la incredibilidad de los milagros replicarán naturalmente que nada hay en este caso que sea extraordinario; porque aunque los antecedentes de impro-

babilidad sean grandes de que se prenda fuego á una casa dada, en un dia dado, sin embargo en punto al hecho, apenas pasa un dia sin que haya un incendio en una parte ú otra de Lóndres, y tan fácil es que sea mi casa como otra cualquiera la desgraciada. Supongamos, no obstante, un caso en el cual los antecedentes de improbabilidad sean tan extremados que se aproximen, si no llegan, á los límites de sucesos estrictamente sobrenaturales.

Pertenezco yo á una reunion de doce ó más personas que mensualmente se reúnen en determinado lugar, y en el momento de estar allí todos juntos, á cada uno sucesivamente le llega la noticia de que en su casa hay fuego. Fácil es ver que nada habria contra las leyes de la naturaleza, aun siendo el suceso cierto en cada uno de los casos; y sin embargo, la ocurrencia de doce incendios separados sin intencion vil y sin preconcebirlos, todos al mismo tiempo y cada uno en la casa de un individuo de mi reunion seria una cosa tan violentamente opuesta á todo lo probable como la que más pueda serlo. ¿Cual seria entónces el efecto natural de la noticia en las inteligencias de doce hombres racionales? Me parece que nadie negará que el primero que la recibiese se alarmaria con justicia y se iria á su casa á toda prisa; cuando el segundo recibiese igual llamada, probablemente se despertarian sospechas de algun plan, pero él tambien estaria intranquilo si no iba y se satisfacía por sí mismo; pero á ménos que la reunion no se compusiera de los más nécios y simples, no sucederia lo mismo con los diez restantes uno por uno. Algun careo entre los que trajesen la noticia, infaliblemente haria averiguar la trama; y si la reunion no recobraba en seguida su calma, más que por intranquilidad seria por el deseo de descubrir y castigar á los conspiradores.

Aquí, tambien, se presenta un caso de incredulidad racional nacida enteramente por el carácter extraordinario de la cosa informada: pero hemos supuesto que nada sabemos de los testigos y que el careo ha revelado un plan. Supongamos ahora lo contrario. ¿Qué sucederia si las noticias fueran llevadas á la reunion, á cada uno separadamente, por un criado que viviese respectivamente en las casas incendiadas? ¿O qué, si

los mensajeros, siendo desconocidos, se ofreciesen á acompañar en un carruaje á los interesados, sabiendo que iban á ser sometidos á severísimo castigo en caso de ser falsa la noticia? A pesar de la extrema improbabilidad del testimonio en sí mismo, ¿una evidencia de este género no llegaría á ganar nuestra credulidad?

Es evidente, pues, que sean las que quieran las leyes del mundo físico, ó las leyes de la probabilidad, nada hay en las de la mente humana que prohíba la aceptación del testimonio, porque los hechos en sí mismos sean excesivamente improbables. Por increíble que una cosa aparezca anteriormente, aun siendo solo una sugestión de la fantasía, tan pronto como se nos cuenta como un hecho, la actitud de nuestro pensamiento cambia desde luego y por completo con respecto á ella; ya no juzgamos de su verdad por un sencillo razonamiento *a priori*: el argumento *a posteriori* viene inmediatamente al frente, con tal fuerza algunas veces, que vence la primera opinion; pero en todos casos con fuerza suficiente para hacernos pensar sobre el testimonio y tratar de ponerle en el otro platillo de la balanza contra los antecedentes de improbabilidad; y para hacer esto, ya empezamos por dar al testimonio lo que puede llamarse crédito hipotético ó provisional. Necesitamos decirnos: ¿y si este extraordinario testimonio fuese estricta y literalmente verdadero? ¿Cómo poner de acuerdo esta suposición con mi pasada experiencia de las naturalezas física y humana? ¿Cómo ponerla de acuerdo con los hechos que puedo recordar ahora?

En verdad que no es solamente la ciencia del testimonio humano la que nos lleva á la creencia provisional de lo improbable. Todas las ciencias, aun las más estrictamente lógicas, exigen de nosotros cosas semejantes. El mismo Euclides no habría tenido por discípulo suyo á quien no hubiese aceptado hipotéticamente, sin la menor sombra de duda, la suposición de que la línea recta puede cortar una circunferencia del círculo en más de dos puntos. Y la verdadera inteligencia científica acepta plenamente tal proposición, hasta que queda demostrado lo contrario por la *reductio ad absurdum*. Se enseña al estudiante á insistir hasta en una hipótesis falsa,

á descansar en ella por completo, si se me permite la expresion, para probar si puede sostenerse; á ponerse, en resúmen, en tal estado que, aun siendo la proposicion verdadera, no seria más que credulidad incipiente. No sucede así naturalmente en el caso supuesto, porque dar real crédito, aun por un instante, á tan violento absurdo, apenas es posible; pero cuanto más nos aproximemos momentáneamente á tal estado de ánimo, más verdadero y más científico será nuestro razonamiento. La realizacion de una credibilidad provisional en que apoyarse, es sencillamente el requisito primero en ciencia, y ya sabemos que si la credulidad fuese injusta, no podremos seguir siempre con ella.

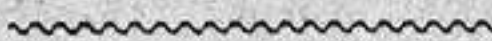
La funcion de la historia es pues determinar la verdad de los milagros y de todas las cosas, no por consideraciones *a priori* de ningun género, sino por una investigacion legítima filosófica en todos casos, del valor del testimonio. Si David Hume hubiese escrito la historia de Inglaterra, aun en los tiempos de los Tudores y Estuardos, en armonía con los principios que quiso establecer en su famoso «Ensayo,» yo sostengo que por esa misma razon la obra hubiese resultado muy mala, porque el principio le hubiese llevado inevitablemente á preferir el testimonio que apareciese probable á otro testimonio que no lo apareciera tanto, sin entrar en averiguaciones sobre los caracteres y motivos de los testigos. La obligacion del verdadero historiador es, por el contrario, hallar una explicacion adecuada del testimonio que ha llegado hasta nosotros, ya envuelva esta explicacion creencia ó descreimiento en las cosas referidas. Si al no creer los hechos trasmitidos puede dar filosóficamente cuenta de la existencia del testimonio, no solo está en libertad de hacerlo así, sino que es deber suyo especial indicar qué motivos contribuyeron á desfigurar la verdad; pero si no puede hacerlo filosóficamente, si no puede deshacerse del elemento milagroso de la narracion, sin suponer algo moralmente increíble y en oposicion á la naturaleza humana, no estará de ningun modo justificado al negar crédito á un hecho, solamente por estar fuera de su comprension.

La simple ocurrencia, pues, de un elemento milagroso



en cualquier narracion, sea cualquiera la significacion que demos al llamarlo milagroso, no altera de ningun modo el deber del historiador de prestar oido imparcial á todos los testimonios de todas clases. Por extraordinarios que sean los hechos mencionados, los principios que deben presidir á su exámen deben ser los mismos en todos los casos: aunque solo fuesen una coleccion de maravillas físicas, en apariencia bien garantizadas, y completamente inexplicables al filósofo físico, el historiador nada tiene que hacer sino manifestar lo que encontró relatado y dejarlo como un enigma; pero los milagros creidos por el mundo cristiano son algo más que esto; su evidencia no depende enteramente del testimonio escrito, sino que se sabe que ese testimonio es la única explicacion adecuada de una influencia que ha gobernado al mundo durante mil ochocientos años, y que en nuestros dias está tan viva como en el trascurso de todo ese período.

JAMES GAIRDNER.





## LUCRECIA BORGIA REHABILITADA.

Nuestros lectores conocen sin duda la gran reputacion de Gregorovius, el ilustre historiador aleman, que ha consagrado tantas y tan útiles vigiliass á la historia de Roma en la Edad Media, á Italia en todas sus épocas memorables, reproduciendo con gran fidelidad y maestría la série de dramas, catástrofes y glorias que harán eternamente ilustre á la antigua señora del mundo. Sin ser Gregorovius un Schlosser ni un Ranke, ha logrado conquistarse merecido renombre como erudito y como historiador. Pues este hombre de relevante mérito ha dado á la estampa poco tiempo há un curiosísimo libro en que aparece con nueva y clara luz la interesante figura de Lucrecia Borgia (1). Hay personajes históricos que aun despues de largo tiempo siguen apasionando y conmoviendo á las generaciones como si fueran contemporáneos. Se les ama, se les odia, se habla de ellos como si pudieran producir todavía sobre los ánimos directa influencia, en los hechos decisiva direccion. Lucrecia Borgia pertenece al número de estos personajes. La célebre hija de Alejandro VI ha sido objeto en estos últimos tiempos de sérios y pacientísimos estudios en diversos paises. Se han publicado en importantes ciudades de Italia libros destinados á vindicar la memoria de aquella ilustre dama. Un escritor francés, Mr. A. Baschet, que se ha distinguido por la envidiable laboriosidad con que penetró en los archivos italianos, ha dedicado largos años á reunir materiales para la

---

(1) *Lucrezia Borgia. Nach Urkunden und Correspondenzen ihrer eigenen Zeit. Von F. Gregorovius. Stuttgart, 1874.*

historia de Lucrecia. Un fraile de la orden de Santo Domingo, Ollivier, hizo en 1870 desesperado esfuerzo para rehabilitar á todos los Borgias en la primera parte de un libro titulado *El Papa Alejandro VI y los Borgias*. En este libro, que contrasta poderosamente con la célebre tragedia de Víctor Hugo, hay tal exageracion, que los órganos más ultramontanos se han visto forzados á declarar que desgraciadamente no es posible rehabilitar el carácter de Alejandro VI en presencia de los irrefragables documentos que nos han legado sus contemporáneos. En Inglaterra publicó Mr. W. Gilbert una notabilísima biografía de Lucrecia en 1869.

Pero el primer escritor que emprendió sériamente la defensa de tan enigmática señora fué Mr. Roscoe que hizo de ella una brillante apología acogida con vivo agradecimiento por los italianos. Desde aquel tiempo ha crecido grandemente la dificultad de dar una buena reputacion á la célebre duquesa de Ferrara, merced al admirable drama de Víctor Hugo, que nos ha conmovido á todos con sus versos y sus situaciones, y á la embriagadora música de Donizetti, que nos ha hecho maldecir en horas de profunda emocion la perversidad y el génio vengativo de aquella trágica mujer. Es tal la influencia que han ejercido drama y ópera tan afamados, que no dejará de considerar gran parte del público como verdadera paradoja un escrito cualquiera en que se sostenga, contra las preocupaciones dominantes, que no fué Lucrecia Borgia una harpía, un mónstruo de maldad, una ferocísima criatura, sino una hermosa hija de su tiempo, no exenta de faltas, pero libre de las tremendas responsabilidades que la ligereza de unos y la calumnia de otros han arrojado sobre su memoria.

No han arredrado estas hostiles disposiciones del público á Herr Gregorovius. Ha dado recientemente á la estampa el libro más completo y fidedigno en que del asunto se trata, y aunque no sea lícito afirmar que ha desaparecido toda oscuridad de la vida y el carácter de Lucrecia, cometeria una verdadera injusticia quien desconociera la importancia de los documentos y datos que ha sometido á la consideracion de las personas estudiosas.

Reunidos tenia Herr Gregorovius buen número de docu-

mentos concernientes á los Borgias, recogidos en las indagaciones que hizo con motivo de su interesante Historia de Roma en la Edad Media, para la cual visitó con tanta asiduidad los archivos de Italia, cuando cayó en sus manos un tomo de protocolos de Camilo de Beneimbene, notario confidencial de Alejandro VI en la mayor parte de su carrera. Con los documentos que contenia era dable formar la genealogía de los Borgias en sus relaciones legítimas é ilegítimas; y el libro contenia tambien la série completa de los contratos matrimoniales de Lucrecia, con otros documentos que encerraban preciosos detalles de las relaciones interiores de esa célebre familia. No contento Gregorovius con estos datos, dedicóse con la mayor laboriosidad á coleccionar otros materiales; visitó todos los lugares en que residió Lucrecia ó que tuvieran alguna relacion con ella, sacando de los archivos los datos que habia menester, y proporcionándose toda clase de informes. Un libro así compuesto, no es, propiamente hablando, una apología; pero cuesta trabajo creer, despues de haberlo leído, que fué la célebre mujer á quien nos referimos esa encarnacion del demonio que han pintado sus enemigos. Por otra parte, evidenciaria notable credulidad aceptar como verdaderos los panegíricos de los poetas, escritores y cortesanos, que solo la conocieron como duquesa de Ferrara, y fuera sorprendente anomalía que un tipo de virtud se presentara en la familia de los Borgias.

Los Borgias eran oriundos de España. Esta familia española de Borgia ó Borja, fué notabilísima raza. Pertenecian al mismo tipo nacional de Cortés y de Pizarro ó de Loyola. Concurrian en ellos extraordinarias cualidades del cuerpo y el espíritu. Hermosos, fuertes, de inteligencia viva y penetrante, de probado valor é indomable energía, aparecen como personajes eminentemente dramáticos en los memorables dias del Renacimiento. Aunque pretendian descender de los reyes de Aragon, su origen se debe fijar en Alfonso Borgia, que fué elevado á la silla de San Pedro con el nombre de Calisto III en 1455. Este Papa habia nacido en Játiva, cerca de Valencia, y comenzó su carrera en Italia como secretario particular de Alfonso, rey de Aragon, que fué despues rey de Nápoles.

La familia de Borgia estaba emparentada con dos familias valencianas: los Mila y los Lanzol, é individuos de ámbas acudieron con gran prisa á Roma cuando hicieron cardenal á D. Alfonso. Roma era á la sazón el centro del mundo político. La alta influencia del Papa, por todo el orbe reconocida, el sentido democrático que parecia prevalecer en la Iglesia, y mediante el cual nadie podia culpar á su nacimiento humilde ó á su pobreza de no llegar á los puestos más elevados de la gerarquía eclesiástica, la lucha de influencias ambiciosas, ingenio y pasión que se desarrollaban en la Ciudad Eterna, todo atraia á sus peripecias la atención de los pueblos. Próximos los españoles á terminar su larga guerra con los moros y á dedicar las cualidades de su raza á empresas gigantescas en ámbos mundos, natural es que tratasen de rodear á los compatriotas é hijos de tales, que empezaban á conseguir poderosa influencia y decisiva acción en Roma.

Calixto III tuvo dos hermanas. Una de ellas casó con un Lanzol. De este matrimonio nacieron dos hijos; Pedro Luis, y Rodrigo, á más de algunas hijas. Calixto adoptó á estos sobrinos y les dió su nombre de familia. El más jóven de estos dos sobrinos del Papa, Rodrigo, que fué despues Alejandro VI, recibió la púrpura cardenalicia á los veintiseis años de edad, y un año despues fué promovido á la alta dignidad de vice-canciller de la Iglesia romana. El hermano mayor de Rodrigo, Pedro Luis, fué verdaderamente abrumado con honores, oficios y posesiones. Este jóven, lleno de riquezas, fausto y satisfacciones de la vanidad, murió en edad temprana. Sus numerosos tesoros fueron á acrecentar los recursos de su hermano el cardenal, que empezaba entonces á reunir su inmensa fortuna. El cardenal Borgia era efectivamente el más rico de los príncipes de la Iglesia. Su tío, Calixto III, le habia procurado numerosos beneficios en países extranjeros, cuyos rendimientos percibia en Roma.

Los españoles que habian acudido á esta ciudad dispusieron de influencia y poder grandísimos mientras vivió Calixto. Las grandes familias romanas, que no pudieron ver con agrado este espectáculo, promovieron grave agitación contra los extranjeros despues de la muerte del Papa, y muchos se vieron

obligados á salir de la ciudad. El cardenal Rodrigo Borgia tenia á la sazón veintisiete años. Conservó su puesto, y no hay motivos para creer que no viviera en paz bajo los pontificados de Pio II, Pablo II, Sixto IV é Inocencio VIII, aumentando en riqueza y esperando una buena ocasion de aspirar al papado. No abundan mucho los detalles de su vida privada en este período. Se conserva, sin embargo, una exhortacion que le fué dirigida por Pio II, cuando tenia veintinueve años, de la que resulta que la conducta del Cardenal en un viaje á Sienna promovió grave escándalo en la poblacion y llenó de indignacion y vergüenza el corazon del Papa. Que tuvo ilícitas relaciones de amor consta sobradamente.

De ninguna puede hablar la historia con tantos datos como de las que tuvo con Vanozza, por haber sido la madre de César y de Lucrecia. Las relaciones del cardenal con esta famosa mujer se remontan al año de 1466. El nombre Vanozza era una alteracion familiar de Giovanna. Vanozza Catanei llamábase aquella hermosa jóven. Algunos años despues de haber contraido estas relaciones, cuando el fuego empezaba tal vez á convertirse en ceniza, deseando concluir las en cierta manera, proporcionó á Vanozza la mano de cierto Jorge di Croce, un milanés á quien consiguió un empleo, y que no se opuso á sacrificar su propia dignidad á la seguridad del ascenso.

Lucrecia nació en 1480, siendo Papa Sixto IV. Era esta hermosísima hija del cardenal seis años más jóven que su terrible hermano César Borgia, y ocho más jóven que el duque de Gandía, á quien el fratricida César habia de sacrificar, andando el tiempo, á su desapoderada ambicion. Conviene recordar que el período en que nació Lucrecia fué uno de los más abominables, tumultuarios y agitados de la historia de Roma. Sixto IV, de la familia Riarío, deseaba realizar á toda costa gigantescos proyectos de ambicion que le atormentaban. Mientras el Papa, dominado por la sed de poder temporal, era él mismo un elemento de perturbacion y ansiedad, la corrupcion de las costumbres alcanzaba unas proporciones increíbles, y dentro de los mismos muros de la ciudad, mientras numerosísimas cortesanas se

entregaban á todas las exageraciones y delirios de orgías escandalosas, los Colonna y Savelli por un lado, por otro los Orsini, reproducian la trágica enemiga de Güelfos y Gibelinos y consternaban á cada momento la ciudad con sus asesinatos, sus luchas cuerpo á cuerpo, sus ódios, su increíble audacia y sus sangrientos rencores.

Lucrecia pasó los primeros años de su niñez [en casa de su madre, que vivia al lado del palacio del cardenal en la plaza Pizzo di Merlo, situada en uno de los barrios más populosos y animados de la ciudad. El cardenal Borgia parece haber sido un padre cariñosísimo para la progenie ilegítima que hubo en sus diferentes concubinas. Este mismo celo, este mismo cariño paternal lo tuvo para con sus favoritas despues de haberlas abandonado. Vanozza y sus hijos fueron objeto de particular predileccion. Los varones fueron ennoblecidos ó recibieron dignidades eclesiásticas, y en cuanto á Lucrecia, fué siempre la hija más querida de Borgia. Vanozza, que dejó de ser amada como favorita por el cardenal despues del último hijo que le dió, no fué tampoco desdeñada por su amante. Habiendo muerto su primer marido, Georgio di Croce, el Papa creyó que le seria útil la proteccion de otro esposo y le proporcionó sin gran dificultad la mano de Carlo Canale, servidor del cardenal Francisco Gonzaga en un principio y luego del cardenal Sclafetano de Parma. Con ocasion de este matrimonio fué separada quizás Lucrecia de su madre. Lo cierto es que en edad muy temprana la apartaron de Vanozza. ¿Fué tal vez que Lucrecia con sus magníficas trenzas rubias era una niña de excepcional belleza y que así se señaló desde luego para un destino brillante? El caso es que el Papa la adoptó desde luego en su familia legítima, poniéndola al cuidado de Adriana, prima suya, de la familia de Mila, que casó con un Orsini, de quien hubo un hijo, Orsino Orsini. Esta Madonna Adriana, como la llamaban á la sazón, fué siempre la mejor amiga de Alejandro VI, cuyas confidencias recibia constantemente.

No figura Lucrecia entre las mujeres más doctas de Italia, y sin embargo, sus apologistas han encomiado mucho los méritos que la adornaban. Se dice que hablaba las lenguas

española, italiana y francesa, que conocia tambien el griego y el latin, y que así manejaba estas diversas lenguas por escrito como en la conversacion. Sobresalia tambien en la música y el dibujo, y en sus últimos tiempos, siendo duquesa de Ferrara, escitaba la admiracion de las gentes con su talento para bordar en seda y oro.

Que conociese el español y el italiano no es maravilla, dados los antecedentes que ya conoce el lector. Dos de sus cartas á Bembo, que todavía se conservan, están escritas en castellano; las otras están escritas en lengua italiana, y no llaman la atencion ni por el estilo ni por el asunto. No parece que fuera muy profundo su conocimiento del griego y el latin: que leia bien el latin no admite duda, pues en otro caso no la hubiera diputado su padre, como lo hizo en cierta ocasion, para que abriera su correspondencia mientras estuviera ausente, correspondencia que como es sabido estaba en su mayor parte escrita en aquel idioma. Es probable que la instruyeran, como era entonces costumbre, en *literæ humaniores* algunos profesores particulares. Tambien es indudable que la adiestraran en el arte de hacer versos, y sobre todo sonetos, que esta habilidad era muy comun en las damas de entonces, y para proporcionársela abundaban en Roma poetas medianos dedicados á esta ocupacion. Recibió Lucrecia, como se ve, la instruccion que se requería para toda dama italiana del Renacimiento, educacion más sólida y más apropósito para el desarrollo de las facultades intelectuales de la mujer que la de nuestros dias. Ni periódicos, ni confusas nociones de ciencia moderna, ni medios de dar tormento al piano, aunque ninguna dama bien educada ignoraba cómo se pulsa el laud, ni novelas, pues aun hoy es Italia el país en que menos novelas se escriben y se leen, eran arrojados desordenadamente sobre la inteligencia y el corazon de las hermosas.

Si se comparan los méritos de Lucrecia con los de las más cultas damas de su tiempo, como por ejemplo Casandra Fideli, Isabel Gonzaga, Isabel de Urbino, Constanza Barano, poetisa oradora, filósofa, que tenia constantemente en sus manos, así las obras de San Agustin, San Ambrosio y San Gregorio, como las de Ciceron, Séneca y Lac-



tancio, con Victoria Colonna ó Verónica Gambara, la hija de Alejandro VI debe ser considerada como persona de instrucción muy comun en su tiempo. Sus cualidades tuvieron á la verdad este carácter poco apropósito para disponerla á aparecer ante la posteridad como generalmente se la juzga.

La parte que más elogios ha merecido en la educacion de Lucrecia es la religiosa. Era en aquel tiempo el conocimiento y práctica de los ritos y ceremonias de la Iglesia la base de toda educacion, no de otra suerte que la observancia en toda la vida de los preceptos de la Iglesia era el deber primero y acompañaba todas las ocupaciones del dia. Cuando el embajador de Ferrara hubo de informar al duque sobre las cualidades de Lucrecia, encontró motivo para elogiarla muy particularmente por su católico aspecto. No se trata aquí de la religion en la intimidad de la conciencia, pues entonces y aun hoy los pecadores más empedernidos de Italia se distinguan por toda clase de exterioridades devotas. Ni debe creerse que fuese todo esto pura hipocresía. Seguian las prescripciones de la Iglesia con regularidad, á la manera que los pueblos civilizados observan las reglas ordinarias de la vida social, como prescripcion, tradicion y convenio tácito.

No cuesta mucho trabajo comprender que las primeras impresiones morales ó inmorales revistieron en la conciencia de Lucrecia Borgia un carácter confuso. El marido de su madre no era su padre. Decíanle que era sobrina de un cardenal, y muy pronto debió saber que era padre suyo y príncipe de la Iglesia á un tiempo; oiria hablar tambien de las familias de otros cardenales, y no tardó tal vez en saber que eran productos de ilegítimos amores. Y á medida que iba creciendo, llegaban á ella todos los dias con intensidad, cada vez mayor, rumores escandalosos de crímenes y vida licenciosa, rumores que partian de un mundo en que reinaban la corrupcion, la maldad y el desórden. Nueve años tenia Lucrecia, cuando su padre, de cincuenta y nueve á la sazón, contrajo unas nuevas relaciones adulterinas, más imprudentes y vergonzosas que todas las que hasta entonces le habian dado una notoriedad tan repugnante.

Desde su más temprana edad, la mano de Lucrecia fué el juguete de la ambicion de sus más próximos allegados. Once años tenia cuando su padre, cardenal en aquel tiempo, creyó que convenia dar la mano de su hija á un caballero español, D. Querubin Juan de Centelles, hermano del conde de Oliva. Apenas se habian arreglado convenientemente estos desposorios, cuando el cardenal, variando de opinion, negoció otro enlace para Lucrecia con otro español. Fué este un D. Gaspar, conde de Averza. El resultado de todo esto fué que Lucrecia estuvo á un tiempo prometida á dos jóvenes españoles. Ninguno de estos proyectos se realizó. Un año despues murió Inocencio VIII, y el cardenal Borgia fué elevado al papado con el nombre de Alejandro VI. Nuevos y más brillantes horizontes abriéronse, merced á esta circunstancia, para la jóven Lucrecia.

No es necesario decir con cuánta ansiedad esperaban la resolution del cónclave Vanozza, Lucrecia, Madonna Adriana y Julia Farnesio, esposa de Orsino Orsini y objeto de especial cariño para el cardenal. El más poderoso instrumento de su ambicion fué el cardenal Ascanio Sforza, hermano del duque de Milan, quien recibió por recompensa de sus servicios el gobierno de la ciudad de Napi, el cargo de vice-canciller y el palacio Borgia, juntamente con cantidades muy considerables. Fué acogida en Milan la eleccion del nuevo Papa con públicos regocijos, y aseguró la alianza del pontificado y los Sforzas. En Venecia y otros puntos de Italia fué recibida la noticia con la más vehemente indignacion, y el embajador de Venecia declaró inmediatamente en Milan que la santa tiara habia sido adquirida con simonía y mil infamias, añadiendo que su gobierno estaba convencido de que Francia y España rehusarian la obediencia, luego que se enteraran bien de lo sucedido.

Celebróse, sin embargo, en la Ciudad Eterna la coronacion del nuevo Papa con extraordinaria pompa, y no encuentran palabras los cronistas para describir las ceremonias que hubo ni la imponente apostura y presencia de Alejandro VI. Llega á un punto tal la exageracion de estos escritores, que ni Alejandro el Grande mostróse, á su juicio, con tanta magestad en sus mayores triunfos. Aquello fué una especie de apoteo-

sis terrenal. En las fiestas de su coronacion nombró el Papa obispo de Valencia á su segundo hijo, César.

No podia dejar de recibir en dia de tanta grandeza señaladas muestras de amor paternal la encantadora Lucrecia. El duque de Milan y el cardenal Ascanio, ántes citado, propusieron al Papa, con objeto de afirmar mejor la alianza que los unia, el matrimonio de uno de sus parientes, Giovanni Sforza, conde de Cotognola, con la jóven prometida del conde de Averza. Aunque este opuso alguna resistencia, el matrimonio con Sforza quedó pronto resuelto y se verificó. En este tiempo Lucrecia no contaba aún catorce años. Dispúsose para ella un palacio, muy cerca del Vaticano, donde siguió siendo Adriana Madonna la primera dama de la jóven condesa y donde se le reunió muy pronto Julia Farnesio.

Era la diplomacia italiana de entónces una tela de Penélope, que diariamente se tegia y destegia. La alianza del Papa y los Sforzas se habia contraido en enemistad á la dinastía aragonesa de Nápoles. Asustados por esta coalicion y noticiosos de la proyectada expedicion de Cárlos VIII de Francia, los príncipes napolitanos fueron pródigos en promesas de alianza á Alejandro VI con objeto de apartarlo de la liga de sus enemigos, lo cual consiguieron, siendo primer fruto de esta nueva alianza el matrimonio de Giofreddo Borgia, hijo menor de Alejandro y Vanozza, con una hija de Alfonso. A Giofreddo le hicieron príncipe de Squilace.

El marido de Lucrecia, que seguia naturalmente con mucho interés todas las vicisitudes de la política del Papa, empezó á sentirse desasosegado respecto de su posicion y su seguridad.

En Setiembre de 1494 entró en el Piamonte Cárlos VIII. Su ejército se extendió como impetuoso é irresistible torrente por todo el patrimonio de la Iglesia. Fué tan rápido el avance de estas tropas, que sorprendieron á Adriana, á Julia Farnesio, tan querida del Papa, y á su hermana, cuando estas tres damas salian de visitar á Lucrecia en Pesaro. Este suceso causó profunda sensacion en Italia. Cárlos VIII no quiso llevar las cosas al extremo y puso en libertad á las tres damas.

Fué tan afortunado el Papa en las seducciones de que hizo

objeto á Carlos VIII, que en vez de cumplir estas terribles amenazas que se le atribuian, cayó de rodillas ante Alejandro, reconociéndole como cabeza visible de la Iglesia. Continuó Carlos su triunfante marcha hasta Nápoles, y tomó posesion del trono, cuando aconteció que sus aliados los Sforzas, celosos del éxito, habian desertado de sus filas y se habian reunido á la liga formada contra él por los príncipes de Italia, por lo cual hubo de retroceder á los Alpes. Este cambio de política en los Sforzas reconcilió por algun tiempo al marido de Lucrecia con el Papa.

Mas esta reconciliacion duró poco; pues creciendo visiblemente en poder la casa de Aragon despues de la retirada de los franceses y declinando tambien los Sforzas, Alejandro resolvió irrevocablemente poner un término al matrimonio de su hija con el conde de Cotognola. Se trató primero de que Sforza accediera de buen grado á romper esta union; pero no aviniéndose este, se empezó á tratar de asesinarlo, de lo cual quedó bien pronto enterado y retiróse de Roma. Segun dice un cronista de Pesaro, fué Lucrecia quien halló el medio de advertirle del riesgo que su vida corria. El Papa y su hijo César vieron con el mayor disgusto esta fuga. El asunto que con esta resolucion de Cotognola se habia complicado tanto, llegó por último á un término. Sforza, que no queria exasperar á su suegro y que sabia á ciencia cierta de cuánto era capaz su cuñado César, redújose por fin á consentir en el divorcio que se le propuso, y aunque habia tenido sucesion de un primer matrimonio y la tuvo de un tercero, hizo formal confesion de que el casamiento era nulo y la sentencia que le divorció de Lucrecia fué dada con arreglo á la voluntad de los más fuertes el 20 de Diciembre de 1497. Grande fué el escándalo que este divorcio produjo en toda Italia; pero no fue nada en comparacion del terrible y trágico suceso que aconteció algunos meses despues.

César Borgia, naturalmente ambicioso y fiero, habia visto crecer hasta lo increíble su ambicion y fiereza con motivo de la eleccion de su padre para el papado. Aborreca el traje talar y la profesion que como á hermano menor le habia tocado, y miraba á su hermano el duque de Gandía, lleno de honores

y dignidades, como un obstáculo en su camino, decidiéndose al cabo á librarse de él. No tardó en sobrevenir la ocasion que César esperaba para realizar este infame proyecto. En la noche del 4 de Junio de 1498, César Borgia y el duque de Gandía cenaron con su madre Vanozza y salieron juntos para volverse á casa, mas nunca se volvió á saber del duque. Tres dias despues encontróse al cadáver con nueve heridas; y que César fué el asesino es cosa que no admite sérias dudas.

El divorcio de Lucrecia, seguido tan cerca por el asesinato del duque de Gandía, produjo naturalmente una viva excitacion en Italia, siendo los Borgias asunto de todas las conversaciones y escándalo universal. Uno de los peores cargos que se han dirigido á Lucrecia y á su padre puede ser atribuido sin temor á Sforza. Algunos meses antes del divorcio á que fué impelido, lleno el conde de ira é indignacion, escribió al embajador de Ferrara que el Papa queria separarlo de su hija con objeto de reservarla mejor para sí. Esta terrible acusacion queda en gran parte refutada por la rapidez con que se arregló el segundo matrimonio de Lucrecia, y es cosa que consiente muy difícilmente la menor duda que el divorcio se proyectó y se obtuvo por causas políticas y con objeto de celebrar una alianza con la casa real aragonesa de Nápoles. Esta dinastía, que volvió al trono napolitano despues de la retirada de Carlos VIII, empezaba otra vez á vacilar, y aun antes del asesinato del duque de Gandía, el Papa habia estado meditando el modo de colocar á su hijo César en dicho trono. El crimen que removi6 el rival más próximo de César en el cariño de su padre hizo que mirara con mayor empeño los diversos objetos de su ambicion. Ningun cambio produjo en las disposiciones del Papa aquel horrendo delito, pues si bien sintió y lloró mucho al duque, nunca desplegó rigor ni resentimiento contra el fratricida. Así es que aun antes de que César dejase á una parte con cierta ficcion de decencia la púrpura cardenalia, ya habia propuesto el Papa al rey Federico que diese la mano de su hija á César. Ni el rey de Nápoles ni su hija pudieron vencer el inmenso horror que les inspiró esa proposicion, y se negaron á aceptarla. Mas algun sacrificio era preciso hacer á Alejandro VI, y así consintió el rey en el matrimonio

del duque de Biselli, hermano menor de doña Sancha, de quien ya hemos hablado, hijo natural de Alfonso II, con Lucrecia. Este matrimonio concertado en hora infeliz para el duque y para su joven esposa, fué solemnizado en el Vaticano el 4 de Julio de 1498. Lucrecia tenia á la sazón diez y ocho años, y uno ménos que ella su nuevo marido, que era hermoso conio Antinoo.

Duró este matrimonio algo más de dos años y terminó en 18 de Agosto de 1500 con el asesinato del joven é infortunado príncipe. Poco puede dudarse de que fué tambien el asesino en esta ocasion César Borgia; *is fecit cui prodest*, dice la antigua regla, y solo César Borgia podia sacar algun provecho de ese crimen. Su posicion respecto del rey de Nápoles habia variado considerablemente despues del matrimonio de Lucrecia. Al suceder Luis XII en el trono de Francia á Carlos VIII, habia abrazado con empeño sus proyectos de adquirir la corona de Nápoles, esa manzana de discordia que ha ensangrentado tantas páginas de la historia: habia contraido alianzas en este intento con varios príncipes de Italia, y especialmente con César Borgia, á quien invitó á su córte para ofrecerle el ducado de Valentinois y la mano de Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, celebrándose este matrimonio en 1499, y se habia comprometido á prestar eficaz ayuda á César en la conquista de la Romaña á cambio del concurso que César debia prestarle para apoderarse del trono de Nápoles, así como para derribar á los Sforzas de Milan.

Estos proyectos, que no tardaron en circular entre las personas que seguian con séria atencion el curso de la accidentada política de entónces, produjeron por el pronto la fuga de Ascanio Sforza, aquel cardenal que tanto influyó para la eleccion de Alejandro VI y la del joven marido de Lucrecia. Seis meses de embarazo tenia esta, á quien dejó en la ciudad. La desesperacion de Lucrecia fué muy grande, si hemos de creer una carta de aquel tiempo. Entregada continuamente al dolor y al llanto, maldecia sin duda la fatalidad que le arrebatava la compañía de su esposo. Su corazon se partia al verse abandonada por el único hombre á quien amó verdaderamente. Esa carta, la afliccion en que la pinta, la fácil explicacion que

tiene este afecto mútuo en dos jóvenes de la misma edad ó poco ménos, hermosos y ligados para toda la vida, hacen creer que fué el duque de Biselli el único marido á quien rindió su corazon, el único hombre que logró apoderarse de su alma y subyugarla fuertemente. Alfonso, que se habia retirado á Genziano, escribíale con grande urgencia para que se reuniera con él; pero la carta cayó en manos del Papa. Este, que habia enviado inútilmente un destacamento de caballería para perseguirlo, obligó á Lucrecia á que le escribiera rogándole que regresara, y deseando verse libre de los cargos y lamentaciones de su hija, la hizo regente de Spoleto á los diez y nueve años que entónces contaba, y la sacó de Roma. El desgraciado Alfonso, que amaba ardientemente á su esposa, no pudo negarse al cariñoso ruego de la carta de esta, y volvió á sus brazos. Se reunieron en Spoleto, y desde allí, atravesando á Nepi, ciudad de que tambien era Lucrecia regente, regresaron á Roma.

Se hubiera dicho que todo peligro habia desaparecido, pues gracias á la ausencia de César Borgia, fueron los primeros tiempos de esta nueva residencia en la gran ciudad, tranquilos y felices para los jóvenes esposos. Esta calma era aparente. Madurándose iban en tal guisa los proyectos políticos de César, que este infame aventurero consideró indispensable la muerte de su cuñado y aprestóse á dársela, con objeto de buscar luego para su desgraciada hermana un matrimonio que le trajera más utilidad. Ocupado durante algun tiempo en guerrear, trascurrieron algunos meses antes de la catástrofe. Esta vino á hacerse al cabo inevitable. No habia que pensar en otro divorcio como el que sacrificó la dignidad y el reposo del conde de Cotognola. Habia tenido Lucrecia un hijo de Alfonso y no era posible aducir el mismo pretesto de entónces. Una primera tentativa de asesinato hízose contra el joven príncipe en ocasion en que, estando Lucrecia acompañando á su padre en el Vaticano, fué Alfonso á verla y cayó sobre él un peloton de enmascarados que trataron de matarle con sus dagas al subir las gradas del palacio. Recibió varias heridas, mas pudo llegar á la presencia del Papa y de Lucrecia, que se desmayó al verle. El Papa no pudo reprimir la indignacion

que le produjo este horrible atentado, hizo que llevaran al príncipe á una habitacion del Vaticano y que le diera la absolucion un cardenal. Gracias á su juventud, á su robustez y al esquisito y cariñoso cuidado con que en tal estrecho le asistieron su esposa y doña Sancha, iba reponiéndose rápidamente el jóven duque, cuando cansado al fin de esperar, entró César Borgia en el cuarto del enfermo, á cosa de las nueve de la noche, logró, con un pretesto que le vino á las mientes, que se retiraran por algunos instantes Lucrecia y doña Sancha é hizo que fuese estrangulado el jóven é infortunado Alfonso, por Micheletto, aquel infame capitan y verdugo en que depositó siempre su confianza para tales empresas el aborrecible César.

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando ya se estaban entablado negociaciones para casar á Lucrecia con otro Alfonso, con Alfonso de Este, hijo y presunto heredero del duque Hércules, que reinaba en Ferrara y con cuyo concurso aspiraba César á consolidar su conquista y las que se prometia intentar en lo sucesivo.

Así el duque soberano de Ferrara como su hijo miraron con horror en un principio la union que les propusieron, y fué preciso acudir á todos los recursos de la más complicada diplomacia para lograr el intento. Mucho pudo para ello la influencia del rey de Francia, que fué el elemento decisivo, y al fin se firmó el contrato matrimonial. Un año hacia precisamente que fué asesinado el sin ventura duque de Biselli. Lucrecia no entró en Ferrara con toda la pompa á tan hermosa é ilustre novia debida, sino el 2 de Febrero de 1502. Ella tenia entonces veintidos años, y desde aquella fecha vivió constantemente en Ferrara. Todos los testimonios coinciden en presentarla libre de los vicios y crímenes de que algunos historiadores han querido constituirla en perfecta encarnacion, así antes como despues de ser duquesa reinante. No es este el período de su vida á que deben convertir su atencion los que aspiren á rehabilitarla ante el mundo, porque no corresponden á dicho tiempo los cargos terribles de que ha sido objeto y que son bien sabidos. Condénsanse estos en el período romano de la existencia de Lucrecia, cuando brillaba como



hija predilecta de Alejandro y hermosísima jóven, llena de vida, lozanía y poder en la pervertida Roma de los Borgias. ¿Es admisible que se conservara pura é inocente en medio de aquellas horrendas orgías, cuya descripción supera cuanto puede antojarse á la imaginación del narrador imparcial? Cuesta trabajo conceder que esto sucediera, y, sin embargo, fuerza es confesar que los defensores de la memoria de Lucrecia han sabido sacar de los datos y documentos que con notoria y admirable diligencia han reunido, mucho mejor resultado y más brillante que los modestísimos que la general desconfianza consideraba posibles.

Como hemos visto, Lucrecia fué separada en muy temprana edad de su madre y puesta al cuidado de Madonna Adriana hasta que cumplió trece años, edad en que contrajo matrimonio con Giovanni Sforza, después de lo cual puso casa en las cercanías del Vaticano, en el palacio Santa María in Porticu, donde la acompañó Adriana y permaneció á su lado como primera dama de honor. Julia Farnesio fué también á residir con ella, y poco tiempo después doña Sancha, la jóven y encantadora esposa de Gioffedo, trasladó á Roma su residencia, habitando un palacio situado en el barrio de Sant'Angelo. No es verosímil que tres interesantes y hermosas jóvenes viviesen como monjas en ciudad de tantas diversiones y regocijos. Resonaba por el contrario en esos palacios alegre música, convidando á los placeres de la danza. Sucediáanse mascaradas y festines y nada causaba tanto asombro como esas tres jóvenes cuando en espléndidas cabalgatas atravesaban las calles de Roma seguidas por lujosísima muchedumbre de caballeros italianos y españoles. Ni cabe duda de que anduvieran como cosa muy corriente y usual en esa sociedad los amores, sin que obstara el carácter ilícito que pudieran tener. La voz pública relataba que el duque de Gandía y César Borgia ardián en rabiosos celos por su cuñada doña Sancha. Nadie creerá que Lucrecia se mantuviera libre de toda flaqueza y exenta de toda falta en sociedad como aquella y en ciudad tan corrompida. Dícese que tuvo un hijo ilegítimo un año después de su separación de Juan Sforza. La cuestión no debe plantearse en este terreno. Lo que importa averiguar es si fué

efectivamente Lucrecia esa hermosa encarnacion de la maldad y el vicio que sus enemigos han entregado á la execracion de la posteridad. Lo que interesa es decidir si fué culpable, no solo de una conducta licenciosa y de asesinatos con daga y venenos, sino de crímenes tan repugnantes á la humana naturaleza que la pluma se resiste á consignarlos.

Puesta en estos términos la cuestion, debemos empezar por el recuerdo de que las acusaciones más monstruosas de que Lucrecia ha sido víctima, pertenecen al período de su residencia en Roma, y son sus principales autores el poeta Sannazaro, Pontano, Matarazzo, Marco Atilio Alexio, Pedro Mártir, Burkard, Maquiavelo y Guiciardini. Estos testimonios están en contradiccion flagrante con los testimonios auténticos que consignan las virtudes de que dió Lucrecia altas pruebas durante el período en que fué duquesa de Ferrara, que forman un conjunto tan imponente como los otros: tales son los de entrambos Strozzi, Bembo, Aldo Manucio, Ariosto y los cronistas de Ferrara.

Por otra parte, bueno es hacer constar que de todos los que se citan como autoridades para evidenciar la justicia de los cargos que contra Lucrecia se dirigen, solo Burkard residió en Roma en el período á que se refieren estas acusaciones. El más severo acusador de Lucrecia, Guiciardini, sacó sus cargos principalmente de las sátiras de Sannazaro y Pontano, y ámbos poetas vivian en Nápoles y eran completamente adictos á la dinastía aragonesa, que fué arruinada por los Borgias. Sin embargo, Burkard, no solo vivió en Roma, sino fué tambien maestro de ceremonias en la córte papal, y por consiguiente, testigo de muchas escenas que describia. No se ha escrito nunca nada más curioso que el diario de este prelado alsaciano. El crimen más atroz, el asesinato del duque de Gandía es referido por él con tanta calma como unas bodas ó un bautizo. Ninguna huella de alegría, de pena ó de horror vislúmbrase en su diario. De aquí que todo lo que dice haber visto con sus ojos debe ser creido, pues un hombre así fué probablemente tan incapaz de mentir como de odiar. Escritores católicos se han esforzado en destruir la autoridad de esta crónica de Burkard; pero el éxito de su empresa ha

sido desgraciado. Se ha dicho que está llena la crónica de interpolaciones y Burkard de mentiras; pero ámbas acusaciones son probablemente infundadas, y la verdad es que Burkard calló en su diario algunos de los peores crímenes de los Borgias, y numerosos incidentes que atestiguan la corrupcion de las costumbres en aquel tiempo. Consigna, sin embargo, una escena, que de ser cierta, colocaria á Lucrecia entre las criaturas más licenciosas. Describe Burkard en esas páginas una de las más infames orgías que hubo en aquel tiempo, y que se celebró en vísperas del matrimonio de Lucrecia con Alfonso de Este, orgía á que las mujeres y los hombres más perdidos de Roma acudieron por invitacion especial. Con arreglo á esta relacion de Burkard, parece que Lucrecia quiso despedirse de su licenciosa vida de Roma con una fiesta de familia en que las más viles abominaciones de los Borgias y de aquel tiempo se pusieron en práctica.

Se ha sospechado que este trozo es una interpolacion, mas aparentemente sin pruebas bastantes. La relacion de esa orgía puede encontrarse en otros escritores, en Matarazzo de Perugia, por ejemplo. Pero bueno es advertir que la historia de esta orgía tropieza con grandes inverosimilitudes: por cínicco y corrompido que se quiera pintarnos á Alejandro VI, es casi imposible imaginar que hubiese asistido á semejante orgía, en vísperas de un matrimonio que con tanto trabajo y tantos disgustos habia preparado, y ménos que hubiera dado á Lucrecia el permiso de acompañarle. Estaban en Roma á la sazón tres hermanos del novio con numeroso séquito. Allí estaban tambien los enviados de Ferrara y de Mántua, con instrucciones para comunicar á sus respectivos soberanos cuanto tuviera relacion con las próximas bodas. Algunos de sus despachos existen todavía, ofreciendo curiosos datos á la investigacion del erudito. Mas no aparece en ellos ni de ningun otro modo noticia alguna de la repugnante escena de que nos hablan Burkard y Matarazzo. Lo más probable parece que César Borgia dió un banquete algo escandaloso, que el suceso fué exagerado por el rumor popular, y que Burkard llevó á su diario lo que oyó de la voz pública. Queda siempre contra Lucrecia la sospecha de que el digno prelado alsaciano, que

debía conocerla bien, no juzgó inverosímil que concurriera como actriz ó como espectadora á tal escena.

De todas suertes, no es lo mismo admitir la posibilidad de que Lucrecia Borgia cayera en grandes inmoralidades mientras vivió en Roma, y acusarla de vicios contrarios á la naturaleza, presentándola al mismo tiempo como entregada por hábito al asesinato en sus peores formas. La balanza de las probabilidades se inclina á su favor en este punto. El observador imparcial se decide resueltamente á negar el fundamento de esas acusaciones. El dicho de que su padre sostuviera con ella relaciones de incestuoso amor, es debido á su ofendido y divorciado esposo Giovanni Sforza, y la acusacion de sus horribles amores con el duque de Gandía y César Borgia carece de autenticidad y descansa en fundamentos más vagos y más sospechosos todavía. En cuanto á los crímenes y asesinatos que le han sido imputados, ningun cargo se ha especificado nunca bastantemente. Se comprende, sin embargo, con facilidad que tanto el duque de Ferrara como su hijo vieran con repugnancia una conyugal union con una mujer de la casa de Borgia, y aunque no creyeran ninguno de los horribles escándalos de que se acusaba públicamente á Lucrecia, se esplica perfectamente que mirasen con horror toda alianza con los Borgias. Dos consideraciones vencieron la resistencia del duque reinante: la importancia de conservar las simpatías del rey de Francia y la utilidad de atraerse la amistad de César Borgia. Este audacísimo aventurero procedia rápidamente á la sazón en su empresa de fundar para sí un reino en la Italia central, por medio de la enérgica prosecucion de una política compuesta de intrigas, traicion, violencia, crímenes y talento militar. Cayeron ante él uno por uno los régulos de Forli, Faenza, Imola, Pesaro, Rimini y otros lugares. Unos tomaron abrigo en la fuga, otros fueron reducidos á prision, viviendo luego en el temor de morir bajo el puñal de un asesino ó siendo víctimas en efecto de viles asesinatos. Un jóven así era necesariamente valiosísimo aliado para cualquier príncipe de aquel tiempo. Las instancias de Luis XII y el persuasivo temor que César inspiraba decidieron al cabo al duque reinante de Ferrara, manifestando que no se opondria si el Papa acep-

taba sus condiciones. Estas eran tan exorbitantes, que Alejandro VI le llamaba *mercante*. Al fin las aceptó, y el matrimonio iba rápidamente á ser un hecho. Tan pronto como estuvo concertado, sintióse Lucrecia con mucha impaciencia por salir de Roma y dijo al enviado de Ferrara que le parecia una prision la ciudad. Esta impaciencia, estos sentimientos la honraban mucho; pero eran tambien naturales y políticos á un tiempo, pues adquirió la estimacion y la amistad del duque de Ferrara con el celo y el tacto que desplegó para arrancarle al Papa la aceptacion de todas las condiciones que aquel impuso y para abreviar el tiempo de su cumplimiento. Arreglado lo principal, partió de Ferrara la cabalgata de honor y preparóse en Roma la que debia acompañar á la princesa. Dispúsose con régia magnificencia el guarda-ropa de la novia y su tesoro de joyas. La llegada de la cabalgata de Ferrara, las fiestas que se sucedieron y la salida de Lucrecia para Roma, escoltada por las cabalgatas de honor que en Ferrara y en Roma se formaron, fueron el espectáculo más espléndido del pontificado de Alejandro y señalan el apogeo de la gloria de los Borgias. El dote de la novia consistia en 300.000 ducados de oro, sin contar los regalos que recibió de todas partes, ni la vagilla de plata que llevó y cuyo valor ascendia á 3.000 ducados. No se cuentan tampoco las joyas, la finísima ropa blanca ni las costosas guarniciones de caballos y mulas, pues todo esto ascendia á otros 100.000. Entre otras cosas llevaba Lucrecia un vestido bordado que valia 15.000 ducados, 200 camisas costosísimas, de las cuales valia cada una 100 ducados, costando 30 cada manga con su fleco de oro, etc.

La futura cuñada de Lucrecia, Isabel de Gonzaga, tenia en Roma un agente cuya principal ocupacion consistia en redactar con toda regularidad un verdadero diario de modas, con objeto de que aquella dama estuviese perfectamente enterada de todos los cambios que en los trajes se hacian. Pues este agente escribió á Mántua que un solo vestido de Lucrecia valia 20.000 ducados y que un solo sombrero habia sido tasado en 10.000. Se ha trabajado más en oro, escribia, durante seis meses en Roma y en Nápoles, que otras veces en dos años. Llevó además Lucrecia como dote dos plazas fortificadas,

Cento y Pieve, y la exención para Ferrara de tributos al Pontífice. El número de servidores y caballos que destinó el Papa para escolta de Lucrecia ascendía á más de 1.000, y no contamos los 200 carros que se llevó ni la escolta que vino de Ferrara.

La cabalgata ferraresa entró por fin á 25 de Diciembre. Recibiéronla en Ponte Molle los senadores y las autoridades con dos mil hombres á pie y á caballo, y algo más lejos la cabalgata de César Borgia con sus seis pajes, doscientos nobles á caballo, doscientos suizos á pié, y cuatro mil hombres de séquito. Despues de dos horas de arengas, se encaminaron todos al Vaticano, saludados por el cañon de Sant'Angelo. Allí los recibieron el Papa y Lucrecia. Aquella misma noche, el enviado de Ferrara, Giovanni Luca Pozzi, remitió un despacho á su soberano dándole cuenta de la impresion, que le habia producido Lucrecia. Este documento es de capital importancia entre aquellos que pueden servirnos para formar exacto juicio del carácter moral y el aspecto de la presunta esposa de Alfonso de Este. Despues de elogiar su discrecion y el encanto de sus conversaciones, el enviado escribe lo siguiente:

«Muestra perfecta gracia en cuanto hace, y una encantadora y natural modestia en su aspecto: es tambien una buena católica, muestra temor de Dios y declara su intencion de comulgar el dia de la Natividad de Nuestro Señor. Su belleza es suficiente por sí misma; pero sus graciosos movimientos, su aspecto y su modo de andar la acrecientan y hacen que parezca mayor. Muestra en suma poseer tales cualidades, que *no se debe ni se puede sospechar nada siniestro de ella.*»

Ésta última afirmacion es notable. Ningun embajador, sin instrucciones terminantes ó sin que corrieran muy siniestros rumores en el público acerca de ella, se habria aventurado á usar tal espresion de negativa alabanza, á decir, como hemos visto, *che di lei non si debba ne possa suspicare alcuna cosa sinistra.*

Para formar una idea del fausto con que dejó Lucrecia á Roma é hizo á cortas jornadas su viaje en el mes de Enero de 1502, es preciso evocar en el pensamiento la escena de la

coronacion en *El Profeta* de Meyerbeer ó alguna otra de las más soberbias procesiones de la moderna época, figurándonos á todos los personajes en briosos corceles. Era aquel tiempo el apogeo del Renacimiento, de ese memorable período en que el sentido artístico era general, y universales el amor al esplendor y á la ostentacion. Cuando Lucrecia salió por la *Porta del Popolo*, todos los cardenales, embajadores y magistrados de Roma acompañaronla hasta corta distancia. La novia cabalgaba en blanca hacanea enjaezada espléndidamente con oro. Su traje, guarnecido de armiño, era de reluciente seda encarnada. Un sombrero adornado con lujosa pluma cubria su hermosa cabeza. Un séquito de mil personas la acompañó en todo el camino; cabalgando á su lado los príncipes de Ferrara, hermanos del novio, y el cardenal Cosenza. César Borgia acompañó tambien á su hermana algun tiempo y volvió grupas hácia el Vaticano, con otro hermano del novio, el cardenal Hipólito.

La entrada de Lucrecia en Ferrara fué sin embargo la parte más imponente del soberbio espectáculo de estas bodas. Millares de forasteros acudieron á presenciar las solemnidades que se preparaban. Huéspedes numerosos de ilustre prosapia habian acudido tambien á la invitacion del soberano. El cortejo con que se verificó la entrada de Lucrecia se puso en movimiento á las dos de la tarde, y la noche cayó antes de que llegase al palacio de los Estes. Esta procesion fué magnífica. Los nobles de Ferrara, Urbino y Mantua, los distintos séquitos, Lucrecia en medio de todos radiante de hermosura y espléndidamente ataviada; todas aquellas córtes reunidas, todos aquellos personajes y aquellas tropas artísticamente distribuidas, debieron presentar á la verdad un maravilloso aspecto. La procesion, propiamente dicha, iba seguida de ochenta y seis mulas, que llevaban el equipaje y los tesoros de la novia.

Las fiestas del matrimonio duraron seis dias, alternando alegremente los banquetes, los bailes y las representaciones teatrales.

No pudo verificarse en mejor tiempo para Lucrecia este matrimonio, pues el Papa murió en Agosto del año siguien-

te, y ella tuvo así escasamente ocho meses para asegurar su nueva posición. No creemos necesario describir la inquietud con que la nueva duquesa miraba su porvenir cuando sobrevino la muerte de Alejandro VI, y recibió con esta noticia otras muy tristes de César, que le presentaban moribundo. Se comprende muy bien esa inquietud. Su primer esposo vivía aún; el nuevo Papa podía anular su divorcio; el duque de Ferrara y su hijo podían aprovechar esta ocasión que le ofrecían las desgracias de los Borgias para romper un matrimonio que habían acogido en un principio con alarma y disgusto tan profundos. La inquietud pasó pronto. Lucrecia había logrado apoderarse del corazón de su esposo, y su suegro no había cesado de ver en ella una persona querida.

Respecto de César Borgia no nos detendremos á relatar los sucesos infaustos que cayeron sobre él después de la muerte de Alejandro VI. Encerrado primero en el castillo de Sant' Angelo, desde el cual negoció con el cónclave, halagado en un principio por Julio II, que fué elegido después de Pio III, y olvidado cuando dejó Julio de utilizarle, entró al servicio de España, pero fué encarcelado por gestiones de la viuda de su desgraciado hermano el duque de Gandía. Logró por fin escaparse y reunirse con su cuñado el rey de Navarra. En una expedición de este príncipe murió César luchando bravamente. Uno de esos caprichos inconcebibles de la fortuna que desconciertan al historiador, quiso que tuviese muerte gloriosa quien tuvo vida tan miserable. Volvamos á Lucrecia. Afligíanla mucho estos desastres de su casa; lloró tal vez frecuentemente estas grandes desventuras, pero supo desplegar tanto ingenio y tanta amabilidad, que su posición no se resintió en modo alguno de aquellos infortunios. Intercedió por su hermano; pero es de suponer que pudieran más para lograr esta intercesión miras interesadas que un verdadero afecto, pues mal podía sentirlo por el asesino del único hombre á quien amó verdaderamente, del duque de Biselli, su segundo marido.

No se sabe nada de su adiós á su anciana madre y á su hijo legítimo Rodrigo Federico. Si algo de maternal amor había en su pecho, debían destrozarlo las noticias que recibía del aban-



dono en que aquel se encontró, pues después de ir á manos de un pariente lejano pasó á las de otro, hasta que murió en 1512. Del hijo natural que se le atribuye nada dice la historia. Con su madre tuvo correspondencia ocasionalmente. No necesitamos decir que las desgracias de los Borgias alarmaron grandemente á Vanozza. Acudió en demanda de auxilio á varias personas, y entre ellas á la duquesa de Ferrara. Por fortuna para Vanozza, los Papas que se sucedieron hasta su muerte, ocurrida en 1518, dejáronla en tranquila posesion de sus riquezas.

Lucrecia llegó á ser duquesa de Ferrara el 25 de Enero de 1505. Todas las relaciones están conformes en dar testimonio de la gracia, el tacto y el ingenio con que cumplió los deberes de su dignidad cuasi régia durante los catorce años en que reinó y hasta su muerte ocurrida á los treinta y nueve de edad, con motivo de un parto, á 28 de Junio de 1519. Su marido era un hombre rudo y de escasa cultura, descuidado en el vestir y sin gusto para las bellas artes, de aptitudes puramente prácticas. Lucrecia brillaba en cambio con todas las delicadezas y los encantos del gusto, la liberalidad y la finura, y los recuerdos de sus errores y faltas en Roma desaparecieron en esta nueva vida que ahora describimos. Las casas de Gonzaga y de Rovere, emparentadas con la de Este, olvidaron la antipatía con que vieron el enlace de Alfonso y admitieron á Lucrecia en su intimidad. Su córte era frecuentada por los nobles, los artistas y los hombres de estudio más distinguidos del Renacimiento, con quienes sostuvo amistosísimas relaciones de palabra y por escrito. Entre los hombres distinguidos que se atrajo de este modo figuraron Baltasar Castiglione, Aldo Manuccio, Bembo y los dos Strozzi. Su amistad con Bembo es la que más ruido ha hecho á consecuencia de las cartas y el rizo que tantos viajeros han visto en la biblioteca Ambrosiana de Milan. Es indudable que Lucrecia tuvo mucha intimidad con Bembo; pero puede creerse que la intimidad que existia entre ellos no traspasaba los límites que las costumbres de la época consentian entre un caballero distinguidísimo y literato con una culta y agradable princesa. El único fundamento que hay para creer que el rizo es de ella, consiste en que fué encontrado entre las cartas. No negaremos, sin embargo, la posibilidad

de que el corazón de Lucrecia sintiese un afecto más ardiente que la amistad por aquel hermoso y distinguido cortesano que formaba contraste con su adusto marido. De todos modos, es lo cierto que visitó á Bembo en cierta ocasión con motivo de una enfermedad que tuvo, y que le hizo muchos regalos. También es posible que los celos de Alfonso se despertaran al cabo y que esta fuese la causa de que Bembo abandonara la corte de Ferrara y se trasladara á la de Urbino.

Los dos Strozzi dedicaron también á la hermosa Lucrecia poesías amatorias, pero ajustadas á los límites que autorizaban entonces las costumbres. Sin embargo, la muerte del más joven, que fué asesinado en Ferrara en vísperas de su proyectado matrimonio con una hermosa dama, ha sido causa de que se sospeche de Lucrecia, no de otra suerte que algunos han acusado á su marido de haber decretado el crimen por celos. Faltan pruebas para lo uno y para lo otro.

Pero el gran poeta que cantó á Lucrecia en versos inmortales fué Ariosto, que estaba entonces al servicio del cardenal Hipólito de Este, cuñado de aquella. La creyó tal vez inocente de los horrendos crímenes de que fué acusada por la maledicencia; pero bueno es recordar que escribió con el mismo entusiasmo en honor del cardenal, que después de otros hechos igualmente inícuos, acabó por sacrificarle á él mismo.

Los últimos días de la vida de Lucrecia, que terminó prematuramente como ya hemos visto, fueron dedicados por completo á sus cuatro hijos y al alivio de las desgracias que trajeron sobre su pueblo el hambre y la guerra. Fué excesivamente devota en sus últimos tiempos. El duque de Mantua consignó en carta que escribió poco después de la muerte de Lucrecia, los ejercicios piadosos y las penitencias á que se consagró esta famosa mujer en ese ocaso de su vida. Dos días antes de morir dirigió al Papa una carta que se conserva y en la cual se recomienda en el tono más edificante á Su Santidad. Le refiere el laborioso parto que tanto quebrantó su salud y la llevaba á morir, manifiesta que tenía la convicción de que moriría algunas horas después, que dejaría el mundo después de haber recibido los santos sacramentos, que en tal momento ha pensado que debía suplicarle devotamente que su bendición

la garantizara algún alivio para su alma con los espirituales tesoros de su santidad, y le recomendaba por último á su marido y á sus hijos. Esta interesante carta está fechada en Ferrara á 22 de Junio de 1519 á las dos, y está firmada como sigue: *De Vuestra Santidad la humilde esclava, Lucretia da Este.*

No obstante que Dosso Dossi, Garófalo y otros artistas célebres que vivían y trabajaban en la costa de Ferrara retrataron á Lucrecia y que Ticiano la retrató también, no se conoce ningún retrato auténtico de tan hermosa mujer. Hay sin embargo dos medallas con ayuda de las cuales puede formarse una idea de su tipo. En ellas presenta su fisonomía un notable contraste con su reputación. El retrato en una de estas medallas nos muestra un rostro fino y expresivo, con una ingenuidad de expresión casi infantil: la nariz, aunque bien hecha, no es de forma clásica, la boca es pequeña y la barba ligeramente recogida, los ojos son grandes, con cejas bien marcadas, y doradas trenzas caen ampliamente sobre los hombros.

Aunque todas estas investigaciones históricas y esta crítica logren limpiar la reputación de Lucrecia Borgia de los peores crímenes y vicios que se le han imputado, es probable que siga siendo en la imaginación de las gentes una especie de encarnación femenina de la florida estravagancia, licencia y falta de creencias que caracterizaron el período del Renacimiento. La exuberancia del genio estético en todas las producciones que señalan esta época memorable tenían su contrapeso en los excesos de los sentidos y de la pasión. La vida europea, emancipada al fin del estrecho asceticismo de la Edad Media, palpataba de alegría física y espiritual. Estas manifestaciones de alegría por la emancipación no fueron á la verdad menos extraordinarias en los terrenos de la sensualidad y la pasión que en el dominio de la poesía, las artes y la religión. Los apetitos más groseros y la codicia llegaron á la licencia más desenfrenada. Aquel período, que fué en un sentido de eclipse moral, no fué menos escandaloso en la política, que llegó á incalificables extremos de doblez y traición.

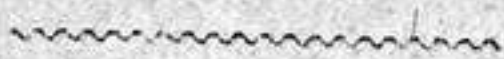
Nacida en familia como la suya y en los tiempos que alcan-

zó, no es maravilla que Lucrecia faltara, y aun pareceria más notable que apareciera con los dones de la moralidad. Es posible que Lucrecia sintiera buenos impulsos viciados por la educación que recibió, y como poseia tanta inteligencia y el deseo de agradar y de parecer amable, se comprende que sacada de la atmósfera que respiraba en Roma, advirtiese que el único modo de inspirar respeto y de colocarse en posición segura, era adquirir reputación de bondad y decoro en la corte y en el pueblo. Dejando esto á una parte, fuerza es confesar que supo adquirir una buena reputación en Ferrara, y una de las pruebas más poderosas nos la ofrece el biógrafo del caballero Bayardo, que la visitó poco tiempo después de la célebre batalla de Ravenna. *Me atrevo á decir, escribe, que ni en su tiempo ni mucho antes se ha encontrado más brillante (trionphante) princesa, pues era bella, buena, dulce y cortés para con todos.* No se puede dudar que tal fué la impresión que hizo en la mente del *buen caballero* la hermosa duquesa de Ferrara, y que el *leal servidor* que escribió sus altos hechos la recibió también de los labios de su señor.

Después de la muerte de Lucrecia, el único personaje de su raza que hizo ruido en el mundo fué D. Francisco de Borja, duque de Gandía, nieto del desgraciado D. Juan. Este don Francisco fué general de los jesuitas, murió en Roma en 1594 y ha sido canonizado por la Iglesia. Los descendientes de Lucrecia conservaron el ducado de Ferrara hasta la extinción de la línea en 1697. Su nieto Alfonso II fué el carcelero del Tasso, y él también ha compartido la reputación de sus progenitores.

R. M.

(*The Edinburgh Review.*)





## LA MÚSICA DRAMÁTICA.

En un artículo que hemos publicado sobre el desarrollo y decaimiento de la ópera, intentamos bosquejar rápidamente la discutida y ambigua cuestión de la fantasmagoría lírica, como se encuentra especialmente en las obras de los compositores italianos y franceses desde el tiempo de Rossini. Hicimos referencia á las obras y á los dichos de Gluck, Mozart, Beethoven, Cherubini y Weber, con el objeto de hacer comprender que aunque el escritor se burlaba de las puerilidades de la ópera, conoce perfectamente las muchas y grandes bellezas contenidas en la literatura lírica de los dos siglos últimos, y está dispuesto á apreciarlas en todo su valor. El resultado de esta ojeada crítica sobre el desenvolvimiento de la ópera ha sido el llegar á la conclusión de que las formas típicas de este arte (*Recitativo-secco, ária y bailable*) son completamente estériles, y han sido siempre un obstáculo insuperable para la realización de los más altos propósitos dramáticos; y ya ningún músico, que se tenga por tal, se atrevería á decir que esta esterilidad ha salido triunfante en muchas ocasiones, y que el espíritu y el génio de los grandes compositores puede vivir dentro de estos huesos calcinados. Una larga série de éxitos y fracasos ha dado á conocer el hecho de que por una combinación adecuada del arte trágico y del musical se han conseguido numerosos efectos de perfecta verdad dramática, y bellezas musicales de primer orden; pero que aún no ha sido recogida la cosecha de excelencias artísticas que la combinación de las dos artes ejecutada con criterio puede producir.

Se ha dejado marchar á la música descarriada; á expensas de la poesía dramática y de la mímica, y en manos de los compositores más populares de nuestros días, es cada vez más sensual y corrompida.

Intentaremos arrojar un poco de luz sobre la transformación de la ópera en un verdadero drama musical, como ha sido llevado á cabo en los últimos trabajos de Ricardo Wagner; y si el lector, que aún no ha tenido ocasión de asistir á las representaciones de *Tristan und Isolde*, *Die Meistersinger*, ó *Der Ring des Niebelungen*, juzga que el escritor demuestra suficientemente que en estas obras se han evitado todos los absurdos y trivialidades comunes á las óperas, y se lanza toda la corriente de la música instrumental beethoveniana por un cauce esencialmente dramático, no podrá ménos de convenir en que Wagner ha prestado al arte un servicio de inmensa importancia.

Examinándolo detenidamente, aparece claro que el punto culminante del sorprendente, rápido y extenso desarrollo de la música instrumental desde Sebastian Bach tiene su razón de ser en el grande interés con que se buscan medios y procedimientos para producir la emoción dramática, lo cual ha sido concedido á la música por sus relaciones con la escena. En realidad puede establecerse como axioma que el principio dramático es el *punctum saliens* de la mejor música moderna. En las grandes sinfonías de Beethoven, este principio dramático ha guiado al compositor, no solo en la invención de sus temas, todos los cuales tienen un carácter individual muy marcado, sino en la ejecución de cada parte, y hasta en el arreglo de toda la obra. El orden con que todas las partes de sus sinfonías se enlazan las unas á las otras, la sucesión de los principales temas en cada parte, su aproximación, su oposición y su armonía final, todo esto tiene de algun modo una significación dramática.

Todas las grandes sinfonías de Beethoven y los más de sus cuartetos y sonatas, puede decirse que representan un drama completo. Son, por decirlo así, trilogias ó tetralogias ordenadas, en las cuales no falta la última de todas, el sainete, que es el *scherzo*. Beethoven ha llegado hasta presentar un pro-

grama ó resúmen de los elementos dramáticos de sus obras; y Weber, Mendelssohn, Schumann, Berlioz Litzt en las más de sus mejores piezas instrumentales, han seguido el orden de descripciones y situaciones de algun poema. Mientras escuchamos la obertura del *Manfredo*, de Schumann, la *Sinfonía fantástica* de Berlioz ó *Una obertura de Fausto*, de Wagner, sentimos indudablemente que ciertas fases de la emocion estética—en suma, los pasajes que más conmueven en el *Fausto* de Goethe y en el *Manfredo* de Byron—reciben una expresion más adecuada en la música que en las palabras y en los versos de los mismos poetas. La esencia y la médula del asunto dramático, su aspecto puramente estético, se revelan aquí de un modo más directo é inmediato al sentimiento de la generalidad de los hombres.

Todos los hombres que poseen alguna fantasía se sienten inclinados, mientras escuchan una gran sinfonía, á figurarse situaciones dramáticas, escenas y caractéres. Añade á la vaga expresion de la música una forma concreta, del mismo modo que cuando se enuncia una idea general suele ponerse un ejemplo que la determine.

Ahora bien: los compositores cuentan siempre con estas dotes de imaginacion y desean su existencia. Expresan distintas emociones con los tonos, y nosotros las comprendemos instintivamente sin necesidad de verlas reflejadas en situaciones concretas. Es muy importante, sin embargo, á nuestro propósito actual, el reconocer el hecho de que la música beethoveniana se halla completamente empapada en el principio dramático, y que las situaciones dramáticas aparecen espontáneamente, mientras la estamos escuchando. En realidad, toda la cuestion gira sobre este punto; el espíritu sublime de la música beethoveniana, es el principio generador, el elemento que informa el drama ideal de que estamos tratando. El espíritu de la música determina la invencion del asunto dramático, el carácter de la accion, el desarrollo de las escenas y hasta la eleccion del metro. Influye en tan alto grado sobre la idea expresada, como la misma manera de expresarla.

Detengámonos un poco á explicar en qué sentido una frase

tan vaga como la de «espíritu de la música,» se encuentra usada aquí. Todas las artes, escepto la música, se dirigen, en primer lugar, á nuestras facultades intelectuales. Todas, en último término, obran sobre el sentimiento; pero es indispensable un prévio proceso intelectual antes de que puedan herir nuestros sentimientos.

Así, en la poesía épica y en la dramática, es presiso que nuestra inteligencia domine muchos detalles de tiempo, lugar y causa, antes de que podamos simpatizar con las bellezas y la accion que están ante nosotros. Cuando miramos un gran cuadro, tenemos que hacer forzosamente nuestras combinaciones lógicas, con los datos suministrados por los *contornos* y colores de la pintura, antes de que podamos comprender su verdadera significacion estética. Mas los primeros acordes de una sinfonía, nos introducen *in medias res*, las combinaciones melódicas y armónicas hablan inmediatamente, y la esencia de la armonía estética que la obra puede producir se nos revela con un *mínimum* de reflexion. La música está diciendo constantemente: *esto es*: todas las demás artes dicen: *esto significa*. La música es la que da el impulso á la pasion; las demás artes la sugieren. El espíritu de la música es orgiástico; el de las artes plásticas, contemplativo. La música es una pintura de voliciones, representa las emociones del modo más directo, y tiende á elevar cuantas cosas toca á una region ideal.

Volvamos ahora al elemento primario del drama musical y de cualquier otro drama: el asunto poético. Si los efectos de esta tendencia, exclusivamente ideal y estética, que hemos visto que era el espíritu de la música, no se agostaran en flor, la clase de asuntos dramáticos que tanto se han empleado en nuestras llamadas obras históricas, y que Fausto caracteriza como *eine haupt und Staats action mit trefflichen pragmatischen maximen* (una accion política y de Estado, deduciendo de ella elevadas máximas), debiera ser excluida para siempre.

Una relacion histórica presentada bajo la forma de drama musical, debiera ser pura y esencialmente humana; es decir, que los motivos de la accion deben hallarse libres de la mezcla de todos aquellos elementos que se desprenden exclusiva-



mente de puntos de vista históricos ó políticos. Es un hecho digno de observarse que ningun poeta dramático ha sido capaz nunca de inventar leyendas que puedan sostener la comparacion con los genuinos mitos y leyendas en cuanto al interés y á la armonía de los episodios. Comparemos la *Ifigenia* de Goethe con su *Tasso* ó *Clavigo*. Oponiendo un ejemplo de actualidad, comparemos la *Atalanta* de Mr. Swinburne con su *Chastelard*. La experiencia enseña que los poetas trágicos han alcanzado sus mejores éxitos con los asuntos tradicionales, legendarios ó místicos, los cuales llegaron ya formados á sus manos. Como las lenguas, estos asuntos siempre están sufriendo cambios y trasformaciones; de hecho son inagotables. Los mitos genuinos tienen la virtud de ser especie de núcleos, al rededor de los cuales se agrupan todos los elementos congénitos ó que con ellos guardan estrecha relacion. Tienen el poder de asimilarse todo lo que pertenece á su carácter y sentimiento peculiares. Todos los elementos que se ponen en contacto con ellos

"Doth suffer a sea-change  
Into something rich and strange." (1)

Wagner fué guiado casi inconscientemente por el espíritu de la música hácia los asuntos místicos y legendarios para sus obras dramáticas. Poseyendo como Goethe el raro don de contemplarse á sí mismo como otros le contemplan, ha sido capaz de dar una explicacion clara y racional de este y de otros de sus actos é intuiciones artísticas. Hé aquí algunos de sus pensamientos sobre el asunto de los mitos, sacados de uno de sus folletos:—«Ninguna pintura de la vida humana puede ser llamada verdaderamente poética, si todos los motivos de la accion comprensibles á la razon abstracta únicamente, no hacen lugar á los motivos de puro y humano sentimiento. Yo creo que los *Mitos*, ese poema primitivo y anónimo del pueblo que en todos los tiempos vemos recogido y tratado una y otra vez por los poetas de períodos cultos, constituyen el ideal del asunto poético, porque estas formas convencionales de las relaciones humanas explicables única-

---

(1) Tienen un reflujo de algo rico y extraño.

mente para la razon abstracta desaparecen casi enteramente; y en su lugar existe lo que siempre es comprensible, porque es puramente humano, y lo que se expresa en una forma tan concreta é inimitable que presta al mito genuino un carácter individual conmovedor.»

Y volviendo otra vez sobre el mismo tema dice:—«Abandoné para siempre el campo de la historia por el de la tradicion. Todos los detalles necesarios para la formacion y representacion de los asuntos históricos, todas las descripciones de distintas y lejanas épocas, que los modernos novelistas se entretienen en dibujar detalladamente, todo esto debe abandonarse. La leyenda, á cualquier tiempo ó nacion que pertenezca, tiene la gran ventaja de que no contiene nada de aquel tiempo y de aquella nacion que no sea puramente humano, y lo reproduce en una forma peculiar y fecunda que lo hace perfectamente inteligible. Una balada ó un refran popular nos da instantáneamente conocimiento claro de su carácter. La situacion característica así como el tono legendario, sumerjen al espíritu en ese estado de sueño por el que se llega á una perfecta claridad y se percibe una nueva relacion entre los fenómenos del mundo, relacion que no puede percibir despierta la inteligencia.»

Mientras construye un drama bajo la guía constante de sus intuiciones musicales, Wagner cuenta siempre, por supuesto, con la infinita capacidad del arte para retratar las pasiones; pero no se cuida para nada de las formas peculiares de la música, esto es, de los *recitados*, *arias*, etc., que la ópera contiene. Divide su pieza en unas cuantas y decisivas escenas, en cada una de las cuales la accion resulta de las emociones de las *dramatis personæ*, y cuyas emociones la música con su forma particular de que ya hemos hablado (*esto es*) expresa de un modo más perfecto.

Cada frase de la emocion sentida en una escena se halla enlazada estrechamente á las emociones de la siguiente; así que la série de estas frases y el ser engendradas una por otra constituye la unidad de expresion en el drama.

Juzga Wagner que la aliteracion en los versos, teniendo presente su tersura ordinaria y su animacion rítmica, con-

vienen mejor á los acentos fuertes y á los ritmos bien marcados de nuestra música, que los versos rimados. En Alemania todavía son corrientes en la conversacion ordinaria un gran número de aliteraciones con el idioma inglés; por ejemplo, *Stocks* y *Stones*, *Weal* y *Wol*, *Kith* y *Kin*, *Wax* y *Wane*; pero como la cuestion de los versos, especialmente de las aliteraciones, ha sido tratada con gran amplitud en el *Monthly Musical Record* de Julio de 1874, vale más remitir á este periódico al lector que desee conocer mejor el asunto. Acerca del uso que hacen Wagner y sus discípulos de la orquesta, el articulista ha emitido ya su parecer en Noviembre de 1873.

Hasta aquí hemos tratado únicamente del aspecto poético del drama. Vamos á examinar ahora su aspecto musical. No parece necesario repetir que la série de tonos dispersos que conciertan siempre con el hilo de alguna *intriga*, la cual constituye la ópera ordinaria, se rechaza por completo. Wagner construye todo su drama con un número relativo de temas musicales. Cada una de las fases de la emocion, las cuales—como ya se ha dicho—regulan la division de las escenas, se expresa por uno de estos temas, los cuales, para volver á nuestra analogía, son como la idea general á que sirve de ejemplo la pintura y la accion de las escenas. El tejido musical que resulta de las varias combinaciones de los principales temas, y las continuas trasformaciones de estos avanzan simultáneamente con el desenvolvimiento de la accion en la escena. Wagner hace uso de sus frases melódicas por medio de una especie de sistema memotécnico; se escuchan, ya en la escena, ya en la orquesta, siempre que aparecen las pasiones ó los sentimientos á que son correlativas; y la sistemática constancia con que se introducen, hace posible para el compositor indicar las relaciones poéticas y psicológicas cuya expresion no pudo verificarse en el curso de la accion dramática. La repeticion de estas melodías anuncia los sentimientos que no pueden ser expresados por los personajes dramáticos; sirven para revelarnos los secretos más íntimos y conmovedores de las *dramatis personæ*. En sus últimas obras la melodía vocal de Wagner es distinta de todo lo que se ha

oido hasta ahora en música. Independiente de la orquesta corre á través de los versos aliterativos, de los cuales no es más que una declamacion melódica. Siendo notable generalmente por su gran animacion rítmica, es capaz al mismo tiempo de desarrollarse en un canto lírico inspirado y extenso siempre que la situacion dramática lo exige. Se halla continuamente flotando sobre las ondulaciones sonoras de una sinfonía orquestal. Hemos atribuido á las sinfonías y á las sonatas de Beethoven la facultad de presentar todas las formas de las situaciones dramáticas; en el drama de Wagner la accion puede ser considerada como la realizacion de este extraño subjetivismo inherente á la música instrumental. Es casi imposible expresar con palabras todo el efecto de un procedimiento musical semejante. Pero como Wagner ha intentado este *tour de force* más de una vez, por medio de símiles, podemos citar uno, aunque ha sido ya citado antes, que se aplica al *Tristan* y á los *Nibelungen*, y no al *Tannhaeuser*, *Lohengrin*, ó á alguna otra de sus primeras producciones.

«Los detalles infinitamente ramificados que forman el tejido musical que se extiende por todo el drama deben ser apreciados, no solo por el inteligente, sino tambien por el más lego en la materia, tan pronto como su pensamiento esté dispuesto para recibir la impresion. El efecto que sobre él produzcan será en un principio algo semejante al que produce un hermoso bosque sobre el que penetra en su recinto en una tarde de verano. La peculiaridad de esta impresion consiste en percibir la conmovedora elocuencia del silencio. El que visita la selva, suponiendo que acaba de dejar el ruido de la ciudad, sobrecogido por la impresion total se detiene á concertar sus pensamientos, y entonces, ensanchándose las facultades de su alma, distingue cada vez más claramente, dotado de mayor finura en sus sentidos, los múltiples ruidos de la floresta. Reconoce en estos ruidos, los cuales le llenan y por último le dominan, la grande y única melodía de la selva, esa melodía que desde un principio le habia conmovido con religiosa impresion. Es lo mismo que si en una bella noche de verano sumergiese su mirada en el azul profundo del firmamento. Cuanto más contemplara el espectáculo, mejor se le aparece-

rian los innumerables ejércitos de estrellas, brillando distintas, claras, infinitas. Esta melodía le rodearía en todas partes, pero no sería capaz de repetirla. Para escucharla otra vez es preciso volver al bosque, y en una tarde de verano.»

Con los primeros acordes del prelude orquestal, se transporta uno á una esfera ideal que solo puede alcanzarse por medio de esta clase de música. Al levantarse el telon empieza á desplegarse una série de pinturas dramáticas, las cuales por la perfeccion de sus líneas y la brillantez del colorido, por la intensidad de la expresion, no tienen paralelo en el arte dramático, al ménos en cuanto el drama ha sido ligado á la música. Por el auxilio divino de la música, el autor dramático puede hablar con una plenitud y una intensidad que elevan su obra á la categoría de una verdadera revelacion. Aquí el poeta llega casi á ser lo que ha sido en la antigüedad, un profeta y un inspirado. Por ningun otro medio artístico han logrado los hombres expresar las pasiones humanas de un modo tan completo y con una perfeccion tan plástica. Esto lo puede atestiguar el articulista por experiencia propia despues de haber presenciado las *correctas* representaciones de *Tristan und Isalde* y *Die Meistersinger von Nuernberg* en Munich, y sobre todo despues de la pasmosa impresion que le ha producido la *Nibelungen Tetralogy*, cuyos primeros ensayos acaban de tener lugar en Bayreuth. Las ejecuciones correctas desgraciadamente son raras. No basta que los artistas sean buenos cantantes; deben ser tambien buenos actores. Deben comenzar por aprender sus papeles como si fueran á representar un drama sin música; y el estudio musical no debe comenzar hasta que el significado psicológico del papel se comprenda y la declamacion se halle perfectamente ensayada; y sobre todo, es necesario un director que simpatice con la obra y la comprenda hasta en sus más íntimos detalles. Una representacion correcta revela la inmensa ventaja que lleva el músico al poeta dramático; porque mientras los efectos del recitado dramático se dejan necesariamente al discernimiento del actor, el arte musical consigue fijar positivamente cada acento y cada inflexion.

Así, sostenido por la música, un cantante de medianas do-

tes puede realizar efectos dramáticos tan elevados y tan intensos, que estén fuera del alcance de un actor de verdadero génio, que no sea cantante.

Nos conduciría demasiado léjos el examinar en qué relacion se encuentra el drama musical con el ordinario, si es una forma de arte más ámplia ó más estrecha, si aunque su principio sea bueno tiene malas consecuencias como la ópera ha tenido hasta aquí, y otras cosas semejantes. Mas en cuanto al arte de la música en particular, podemos estar seguros de que sus obras más acabadas pertenecerán en lo futuro al drama musical. En varios períodos de la historia del arte, los hombres de génio han sentido un impulso irresistible hácia algun fin particular que estuviera en union con la principal corriente de la cultura de su tiempo. Así, antes, y en la época de Palestrina, los más grandes músicos dedicaban sus esfuerzos al ritual de la Iglesia católica. Beethoven y sus predecesores y sucesores inmediatos los dirigieron casi exclusivamente hácia el desenvolvimiento de las formas más ámplias de la música instrumental (más ó ménos conscientemente, como hemos visto, bajo el aliciente de un principio dramático). Para lo porvenir, desde que Wagner ha establecido de una vez su forma, los hombres de elevadas aspiraciones trabajarán muy probablemente en el drama musical. Esta forma del arte es la que refleja el espíritu de la vida moderna, lo mismo que el drama griego reflejaba el espíritu nacional de la antigua Grecia. Parece que nos volvemos ahora despues de haber paseado alrededor de un inmenso círculo á aquel punto de partida, en el que bajo la guia del espíritu de la música, todas las artes contribuyeron á crear la tragedia griega. Nadie piensa en decir que las varias y bellas formas de música instrumental que ahora existen, sinfonías, sonatas, tríos, cuartetos, etc., dejarán de cultivarse. Pero podemos estar convencidos de que la ambicion musical de los hombres más eminentes se dirigirá á sobresalir en el drama, mejor que á escribir música de concierto ó de salon, ó arreglar tonos agradables para los fútiles cantos de pájaro de la ópera antigua.

EDWARD DANNREUTHER.

(*Macmillan's Magazine.*)

---

---

## TEORÍA GENERAL DE LA SENSIBILIDAD. <sup>(1)</sup>

---

Todo sér, animal, vegetal ó mineral, sufre la influencia de cuanto le rodea; toda alteracion en la constitucion del medio ambiente, produce en él una alteracion correspondiente que llamamos *impresion*. A la causa de la impresion, le damos el nombre de *excitacion*. Si el sér es *sensible*, un fenómeno *psíquico*, la *sensacion*, responde, mientras la alteracion dura, al fenómeno *psíquico* de la impresion: siente en sí la modificacion que experimenta, y solo él puede saber en qué consiste su sensacion, que es incomunicable, es un hecho *interno*; la impresion, por el contrario, puede ser conocida de todos, es un hecho *externo*. Si además, el sér es *consciente*, si está dotado de inteligencia, tiene *percepciones*, es decir, que refiere, en general, su sensacion á algun objeto *distinto de él*, ó por lo ménos concebido como tal, y que atribuye á este objeto una cualidad, la de procurar una sensacion determinada.

físico

Así, cuando la temperatura del medio se eleva, todos los cuerpos se *calientan*, los séres sensibles *tienen calor*, los séres inteligentes se dirán: *hace calor*.

Estas definiciones, provisionales por ahora, se precisarán á medida que se avance en este estudio.

Para que la percepcion sea posible, debe distinguir el animal, en la sensacion que experimenta, lo que emana de él, y lo que viene del exterior: la sensacion es en efecto el producto

---

(1) Análisis de la importante Memoria dirigida á la Academia real de ciencias de Bélgica, por M. J. Delbœuf, proferor de la Universidad de Lieja.

de dos factores, el animal y la causa agente. Para que pueda hacer este análisis, es necesario que posea en cierta medida la facultad de darse sensaciones á sí mismo, de variar, como en las experiencias de laboratorio, las circunstancias en que se producen. Para esto, basta que el animal posea la facultad de *moverse* (usando esta palabra en su acepción más general), y que al mismo tiempo tenga el *sentimiento del esfuerzo* que realiza cuando se mueve; es preciso, en una palabra, que se halle dotado de *movilidad* (1).

Un animal que siempre que abre los ojos vé los mismos objetos y en la misma situación con relación á él, debe creer que forman parte de su sér. Pero si un día, esperando verlos en el mismo puesto, los encuentra cambiados de lugar ó de aspecto, y si este cambio se ha verificado independientemente de su voluntad, se ve obligado á admitir que proviene de una causa distinta de él mismo. El niño no oye cada vez que lo desea la voz amada de su madre, y de aquí deduce que es distinto de ella; pero es indudable que si siempre respondiera inmediatamente á su deseo, debería creer oírse á sí mismo. Tiene, pues, percepciones, porque distingue en lo que experimenta cosas que están bajo su dependencia y cosas que no lo están; y no ha podido verificar esta distinción, sino teniendo objetos bajo su dependencia, pudiendo producir ciertos efectos, ó para espresarlo en términos generales, pudiendo mover objetos (ó moverse), concibiendo por supuesto que los mueve (ó se mueve).

Se ve por tanto que la *movilidad*, entendida en la acepción que aquí se atribuye á esta palabra, es el carácter propio del animal, y que nada impide conceder á las plantas la *sensibilidad* (2).

Ahora parecerá que debiera definirse la *sensibilidad*; esto sin embargo, es actualmente imposible por razones científicas

(1) Empleamos esta expresión en un sentido más estricto que el que se le atribuye generalmente.

(2) Ciertos hechos revelados en la sensitiva y en las plantas carnívoras, servirán, en caso necesario, para afirmar esta opinión. Para más detalles sobre la movilidad, véase un artículo que publiqué en la *Revue de Belgique* (Julio 1874) sobre la *psicología como ciencia natural*.



y lógicas. En efecto, semejante definición exige que se distinga lo insensible de lo sensible, y que se diga qué tiene de más lo sensible que lo insensible. Para ello habría que encontrarse en una de estas tres condiciones: 1.º Ó sería preciso que pudiese crearse lo sensible por un procedimiento de análisis ó de síntesis, y en este caso el enunciado del procedimiento haría las veces de definición: así el oxígeno se define; el gas que se dirige al polo positivo de la pila cuando se descompone el agua por la electricidad. Ahora bien; ¿quién ignora que este es el sueño por realizar de la Edad Media? 2.º Ó bien sería menester observar la transformación de lo insensible en sensible, y entonces podría conducir á la definición, la descripción fiel de las circunstancias en que se produjera este fenómeno. Pero, hasta el día, la doctrina de la generación espontánea no ha sido aún recibida en la ciencia, siendo, por el contrario, rechazada de todos los dominios donde procuraba implantarse. 3.º Ó sería necesario, en fin, que la noción de lo sensible naciera después de la noción de lo insensible, y la enumeración de los atributos que vienen á agregarse en el espíritu á los de lo insensible, podría servir de definición nominal, si no real. Pero no sucede así: el niño comienza por mirar todos los seres que le rodean, como semejantes á él, es decir, como seres corporales, sensibles é inteligentes; solo por la abstracción llega á la idea de seres corporales y vivos, pero no inteligentes; una abstracción subsiguiente le produce la idea de seres simplemente corporales ó insensibles; del mismo modo, más tarde y por un procedimiento análogo, concebirá seres sensibles é inteligentes, pero incorpóreos; después, en fin, un ser pura inteligencia.

Nosotros en realidad no podemos darnos cuenta de la existencia de un ser insensible: nos hallamos pues reducidos á no tratar de definir la sensibilidad. Afortunadamente, los seres á quienes este trabajo se dirige son sensibles, y poseyendo esa facultad, comprenden perfectamente en qué consiste. Para estudiar con fruto un fenómeno complejo, es necesario descomponerlo en sus fenómenos simples. Si se representa la naturaleza de estos por *A, B, C.....*, y si *a, b, c.....* designan las cantidades respectivas de *A, B, C.....* que componen el fe-

nómeno complejo, la fórmula  $aA + bB + cC \dots$  puede servir para expresar un fenómeno cualquiera (1).

Las fórmulas de la sensibilidad no son más que casos particulares de esta fórmula general.

Yo entiendo por *estado sensible* la manera de ser actual de la sensibilidad. Esta manera de ser se compone de un conjunto de estados que llamo *simples*; estos estados son producto de la acción aislada de una causa única exterior, presión, luz, sonido, electricidad, etc. Comprendida esta definición, es evidente que la referida fórmula puede servir para representar el estado sensible en general, y que se obtendrán los estados particulares haciendo pasar á  $a, b, c \dots$  por todos los valores posibles.

La fórmula presenta tantos casos diferentes como términos es susceptible de contener; pero basta distinguir en ella dos casos, según que contenga un solo término ó que contenga muchos. De aquí la distinción entre *sensibilidad simple* y *sensibilidad compuesta*.

## I.

### LA SENSIBILIDAD SIMPLE.

*Estado de la cuestión.*—Designaremos por  $pP$  el término único de la fórmula de la sensibilidad simple para distinguirlo de cualquiera de los términos  $aA$  por ejemplo, de la sensibilidad compuesta. Hay que observar, en efecto, que el símbolo  $A$  no tiene significación más que en cuanto se opone á los símbolos  $B, C \dots$ ; pero desde el momento que la causa es única no puede hablarse de su cualidad. Si un sér se hallara constituido de manera que careciese de sensaciones auditivas, no podría decirse que son *auditivas*, serian sensaciones y nada más. Los estados sensibles de un sér dotado de

---

(1) No es necesario atribuir á esta fórmula un riguroso sentido matemático; es como si para dar la fórmula de una cesta de fruta que contuviese peras, uvas y nueces, me sirviera de la expresión  $pP + uU + nN$ , en que  $p, u,$  y  $n$  representan números.

sensibilidad simple, están pues dados por las variaciones de  $p$ ; nos es indiferente la naturaleza  $P$  de sus sensaciones, y no hay para qué hablemos de ella.

En rigor, hay un estado sensible diferente para cada valor de  $p$ ; pero no por eso hay sensación. La sensación, como se verá, no se produce hasta el momento en que  $p$  sufre una variación, y no dura más que un tiempo determinado. Además, tampoco corresponde una sensación á cada variación; siendo para ello preciso que la variación tenga cierta importancia. Pero no es necesario, *por el momento*, hacer esta distinción; se admitirá, en consecuencia, que á toda variación de  $p$  corresponde una sensación  $s$ .

Las variaciones de  $p$  son debidas á las variaciones de la *fuerza* del medio ambiente, fuerza que designaremos por  $p'$ . Es, en efecto, necesario representarse el sér sensible como dotado de un movimiento (atómico, molecular, ó de traslación) ó de una fuerza  $p$ , que se modifique bajo la acción del movimiento ó de la fuerza del medio ambiente. La excitación proviene de la falta de equilibrio entre  $p$  y  $p'$ . Como la impresión es una función de la excitación, y la sensación es á su vez una función de la impresión, se deduce que el problema se halla referido á investigación de la relación que une á  $sp$  y  $p'$ .

Weber primero y después Fechner, han buscado la relación que une la sensación á la excitación. Observemos solamente que ámbos entienden por excitación la causa agente exterior, es decir, la diferencia  $p' - p$  que nosotros representaremos por  $E$ . La experiencia ha dado á conocer una notable ley: para que la sensación reciba un acrecimiento perceptible, es preciso que la excitación reciba un acrecimiento proporcional siempre á la excitación primitiva. Formulada esta ley matemáticamente, se enuncia en la siguiente forma: la sensación crece del mismo modo que el logaritmo de la excitación, ó adoptando una notación algebraica:

$$s = \log. E. \quad (a)$$

Esta ley deja bastante que desear bajo muchos aspectos. Así en el terreno matemático, conduce á las consecuencias siguientes: que para una excitación igual á 1, la sensación es nula; que para una excitación menor que 1, la sensación es

negativa; y que en tercer lugar, es igual al infinito negativo cuando la excitacion es nula. La esperiencia, por otra parte, no comprueba esta ley más que de una manera aproximada: si se preparan tres tintas graduadas de modo que el contraste entre la más clara y la intermedia sea igual al que existe entre esta y la más oscura, la igualdad de contraste desaparece desde el momento que aumenta ó disminuye la luz. Además, la ley es inaplicable en los límites extremos. No dá tampoco cuenta de nuestra facultad de formar juicio acerca de la intensidad de una causa exterior, por ejemplo, la luz que nos parece intensa ó débil, aparte de todo término de comparacion. Por último, es incompleta bajo el aspecto fisiológico; porque no tiene en cuenta el estado del órgano, estado que el ejercicio viene á modificar: al salir de un subterráneo, la luz de una bujía deslumbra; si se pasa de una gran claridad á una semi-oscuridad, nada se distingue en el primer momento.

Era pues necesario modificar la ley de Weber, y yo lo hice en un trabajo anterior (1), añadiendo á la excitacion exterior física la excitacion interior fisiológica. De suerte que, representando la primera por  $\delta$  y la segunda por  $c$ , he obtenido la fórmula:

$$s = \log. \frac{c + \delta}{c} \quad (b)$$

Cuya traduccion al lenguaje vulgar, es: para que los crecimientos en la sensacion sean iguales, los crecimientos en la excitacion deben seguir una progresion geométrica ascendente.

Esta correccion ha hecho desaparecer las dificultades matemáticas segun lo han confirmado delicadas experiencias, referidas únicamente, es cierto, á las sensaciones luminosas.

En cuanto á la dificultad fisiológica concerniente al estado del órgano, yo la eludia por medio de una hipótesis. Yo admitia que el órgano tenia á su disposicion una cierta masa  $m$  de sensibilidad, masa que la excitacion venia á agotar (por supuesto, cuando la cantidad sustraída excedia al poder repara-

(1) *Etude psychophysique* investigaciones teóricas y experimentales sobre la medida de las sensaciones, especialmente las sensaciones de luz y de fatiga. (1873.)

dor del órgano). Representando por  $f$  el sentimiento de fatiga que acompaña al agotamiento, planteé *á priori* la fórmula:

$$f = \log. \frac{m}{m-\delta}; \quad (c)$$

de la cual, hé aquí la significacion en lenguaje vulgar: para que la fatiga reciba acrecimientos iguales, los acrecimientos de excitacion deben seguir una progresion geométrica decreciente.

He llevado á cabo numerosas experiencias para comprobar esta fórmula, y aunque el método que he seguido no me haya producido resultados concluyentes, puede decirse, sin embargo, que la confirman más bien que la contradicen.

De la combinacion de estas dos fórmulas se desprende una consecuencia importante, y es que cuando la excitacion tiene una intensidad igual á  $\frac{m-c}{2}$ , está la sensacion en su máximo de pureza; este resultado se debe á que antes de ese valor, la importancia de la excitacion fisiológica  $c$  crece cada vez con mayor rapidez, y que pasando de él viene la fatiga á romper la sensacion y acaba por disfrazarla completamente hasta el punto de reemplazarla por el dolor.

*Nuevo exámen de la cuestion.*—No obstante, distaban mucho de encontrarse resueltas todas las dificultades teóricas y experimentales. Sometiendo el problema á un exámen más detenido, me he apercebido de que las fórmulas se aplican bastante bien á las sensaciones de luz, de sonido, etc., pero que no se prestan á las sensaciones de temperatura.

Yo habia primero razonado en la hipótesis de que la excitacion fisiológica  $c$  era constante, pero no tardé en ver que era variable: creí en seguida que sus variaciones se encerraban en límites estrechos, mas despues hube de reconocer que eran bastante considerables; no obstante, persistí en la idea de que  $c$  era pequeña con relacion á  $\delta$ . Pero estas consideraciones que pueden justificarse cuando se trata de la vista, del oido, es decir, cuando  $c$  representa la cantidad de luz, de sonido, producida por la excitacion fisiológica, cantidad que podria mirarse como muy débil, no son ya admisibles cuando se trata de temperatura. En efecto, el calor de la piel es consi-

derable con relacion á las ligeras diferencias de calor que podemos percibir, y es evidente además que nosotros nos acomodamos en cierto grado á todas las temperaturas comprendidas entre ciertos límites, y que  $c$ , que es próximamente igual á 18 grados, puede bajar á 10 ó subir á 30.

¿Qué son, en fin, el calor y el frio? ¿Son por ventura agentes distintos? ¿Es preciso admitir un agente que se llame *calor* y un agente que se llame *frio*? ¿O bien, es necesario hacer á  $\delta$  ya positivo, ya negativo? Pero aun admitiendo semejantes derogaciones en la teoría general que sirve de base á las fórmulas, no se vencen algunas otras dificultades. Así, una temperatura determinada puede producirme calor ó frio, segun que me haya habituado á una temperatura más fria ó más cálida. Pero por otra parte, en materia de calor ó frio se produce un fenómeno que no aparece de un modo tan visible cuando se trata de otros agentes; en el primer momento, es siempre cuando la sensacion es más viva, no tardando en debilitarse y en desaparecer despues. Por último, la sensacion se encuentra en su máximun de fuerza, ó en otros términos, la sensibilidad para la temperatura es la mayor, cuando el calor se aproxima al calor normal de la piel; ¿y cómo conciliar este hecho con el resultado de las fórmulas que coloca este máximun hácia la temperatura  $\frac{m-c}{2}$ ? Precisa pues remover toda la teoría.

Si en la fórmula (b) se reemplaza á  $c$  por  $T_0$  temperatura de la piel, y á  $\delta$  por  $T - T_0$ , representando  $T$  la temperatura del medio ambiente, se obtiene:

$$s = \log. \frac{T}{T_0}$$

El segundo miembro de esta igualdad es positivo ó negativo segun que  $T$  sea mayor ó menor que  $T_0$ ; este doble signo corresponde á las sensaciones de calor y de frio. Cuando  $T$  es igual á  $T_0$ , la sensacion es nula, porque el logaritmo de la unidad es cero. Sea cualquiera la temperatura  $T$ , el cuerpo acaba por acomodarse á ella, lo que puede expresarse diciendo que  $T_0$  se hace igual á  $T$  (1). El equilibrio entre la tempera-

(1) Esto no es rigurosamente exacto; la sensacion de calor ó de frio es

tura del cuerpo y la del medio se establece según las leyes conocidas; esta circunstancia explica por qué la sensación es más viva en su comienzo, y vá debilitándose hasta extinguirse. En fin, la facultad que tenemos de acomodarnos al calor y al frío no es ilimitada; el frío ó el calor pueden ser bastante intensos para producir nuestra desorganización. Existe, pues, una temperatura que nos es natural, que nos conviene más que otra alguna; y tan pronto como de ella nos separamos á causa de la del medio ambiente, tendemos á volver á ella. Toda separación produce en nosotros *tension*, y el sentimiento que corresponde á la tensión es la fatiga, el disgusto ó el dolor. Cuando, por el contrario, nos dirigimos hácia nuestra temperatura natural, descansamos y experimentamos satisfacción, placer. Si  $A$  es el máximun de tensión que pudiéramos soportar (en otros términos, si  $A$  es la cantidad de *flexibilidad*, de facultad de acomodamiento que poseemos, sea en un sentido, sea en el otro, es decir, hácia el calor ó el frío), representando por  $D$  la tensión que corresponde á una sensación  $s$ , el sentimiento de fatiga que acompaña necesariamente á la sensación se encontrará expresado por la fórmula:

$$f = \log. \frac{A}{A-D} \quad (d)$$

que no es más que la fórmula (c) trasformada.

Esta teoría tan racional de las sensaciones de temperatura, es la de la sensibilidad simple.

*Las tres leyes de la sensación.*—La ciencia actual ha referido todas las fuerzas de la naturaleza al movimiento, y ha hecho ver que las diversas especies de movimiento pueden convertirse las unas en las otras; así, el movimiento de traslación puede convertirse en movimiento molecular (el trabajo en calor) y *vice-versa*. Toda fuerza capaz de producir un trabajo puede evaluarse en fuerza de caída; es decir, ser medida por el trabajo que produciría la unidad de masa cayendo desde cierta elevación. Cuando dos fuerzas no se hallan equilibradas, puede decirse que la mayor cae sobre la menor y el equi-

---

nula cuando es constante la pérdida de calor para el cuerpo; pero la naturaleza del razonamiento no se opone á que me exprese como lo hago.

librio se establece por la caída misma. Así, de dos estanques á distinto nivel puestos en comunicacion, el más bajo se llena á expensas del más elevado.

Esto supuesto, sea  $p$  la fuerza (ó el movimiento) del sér sensible y  $p'$  la del medio ambiente; vemos que si en la fórmula (b) se sustituye á  $c$  por  $p$  y á  $\delta$  por  $p'-p$ , se transforma en la siguiente:

$$s = \log. \frac{p'}{p}$$

Esta fórmula, que creo destinada á reemplazar á la de Weber, hace desde luego constar, en completa conformidad con los hechos, que nuestros sentidos son instrumentos diferenciales; que la sensacion no existe más que en tanto cuanto hay diferencia entre  $p$  y  $p'$ , y que se debe por consiguiente á un fenómeno análogo á una ruptura de equilibrio: y despues, que la excitacion no debe ya representarse por  $p'-p$ , sino por  $\log. \frac{p'}{p}$  con lo que la sensacion es proporcional á la causa que la provoca.

Dicho esto, enunciemos las leyes de la sensacion.

PRIMERA LEY. Ley de la *degradacion* de la sensacion. El equilibrio tiende, en efecto, á establecerse entre  $p$  y  $p'$ , á consecuencia de que la fuerza mayor transmite una parte de su movimiento á la menor, y la sensacion va por tanto debilitándose. Si consideramos á  $p'$  como constante (el razonamiento permanece el mismo cuando se hace la suposicion inversa) y se pregunta desde cuándo la cantidad  $p$  que comenzó siendo  $p_0$  se ha convertido en  $p$ , se encuentra por medio de un pequeño cálculo que no se reproduce aquí:

$$t = \log. \frac{p' - p_0}{p' - p} \quad (f)$$

En la fraccion del segundo miembro el numerador es constante, y el denominador disminuye á medida que  $p$  se acerca á  $p'$ , de donde resulta, como consecuencia, que la velocidad de restablecimiento del equilibrio disminuye á medida que este se restablece. En rigor, el equilibrio no se restablece jamás, pues la impresion deja un rastro que nunca desaparece completamente.



SEGUNDA LEY. Ley de la *intensidad* de la sensación. Si cuando  $p$  llega á ser igual á  $p'$  y que por consiguiente la sensación se ha anulado, se hace la fuerza externa igual á  $p''$ , se produce una nueva sensación;  $s' = \frac{p''}{p'}$ : y suponiendo  $s' = s$  se tiene:  $\frac{p'}{p} = \frac{p''}{p'}$  lo que implica la ley de Weber. Si del mismo modo se supone  $s = s' = s''$ , lo que hace  $\frac{p'}{p} = \frac{p''}{p'} = \frac{p'''}{p''}$  se obtiene la ley tal como la formulé anteriormente (fórmula *b*). Finalmente, si cuando  $p$  ha llegado á igualarse á  $p''$  se introduce en la fuerza exterior una alteración que la restituya á su primitivo valor  $p'$ , se tiene:  $s = \log. \frac{p'}{p''}$ , y del mismo modo, continuando su reducción se tendrá:  $s = \log. \frac{p}{p'}$ , después:  $s = \log. \frac{\pi}{p}$ , y así sucesivamente, sensaciones todas en sentido contrario, todas sensaciones *negativas*. Se obtienen, pues, sensaciones negativas, cuando la caída tiene lugar del sér sensible sobre el medio ambiente. Las sensaciones negativas obedecen á las mismas leyes que las *positivas*.

TERCERA LEY. Ley de la *tension*. La facultad que posee el sér sensible de equilibrarse con el exterior, no es ilimitada. Así no puede separarse indefinidamente á una cuerda de violín de su posición natural; existe un punto pasado el cual se rompe. Hay, pues, para el sér sensible, como para todo cuerpo, un equilibrio natural y un equilibrio de tensión; cuando esta es excesiva, el cuerpo se desorganiza. El equilibrio natural tiene lugar cuando  $p'$  es igual á  $\frac{p^{\text{máx.}} + p^{\text{mín.}}}{2}$ , cantidad que reemplaza al valor  $\frac{m-c}{2}$  de que antes he hablado. A medida que  $p'$  se separa de este valor, el sér sensible se encuentra solicitado en un sentido ó en el otro, y experimenta un sentimiento de fatiga ó malestar; cuando por el contrario vuelve á acercarse á su estado de equilibrio natural, experimenta un sentimiento de descanso y placer. Así, Sócrates sintió satisfacción cuando le quitaron las cadenas

que oprimian sus miembros. La discusión de la fórmula (d) conduce á estos resultados. Reemplazando en ella á  $D$  por  $T$ , se obtiene:

$$f = \log. \frac{A}{A-T}. \quad (g)$$

Pero tambien se habitúa uno en cierto modo á la fatiga; verdad es que la facultad de acomodamiento se encuentra por ello disminuida en la misma medida; de suerte que al cabo de cierto tiempo

$$f = \log. \frac{A'}{A'} = 0,$$

fórmula en que  $A' = A - T$ .

De manera que si la  $A'$  del denominador llega á aumentar por disminuir la tensión  $T$ , se obtendrá para valor de  $f$  una cantidad negativa, que expresará un sentimiento opuesto.

*Del equilibrio estático y del equilibrio natural.*—La primera ley, la de la degradación, se halla conforme con hechos de observación cotidiana, pero su fórmula matemática no ha sido comprobada por la experiencia. Únicamente la segunda ley, la de la intensidad, ha sido establecida experimentalmente por Weber, Fechner y por mí mismo, para diversos órdenes de sensaciones. La tercera ley, en fin, la de la tensión, se apoya tambien sobre la observación y, en parte, sobre los experimentos; solo que estos experimentos no son bastante concluyentes.

La primera ley está fundada en las nociones de *equilibrio estático y equilibrio dinámico*. Cuando una fuerza solicita á un cuerpo, cuando, por ejemplo una locomotora pone á un tren en movimiento, durante cierto tiempo el cuerpo resiste, y mientras dura la resistencia, se dice que existe equilibrio dinámico. Cuando la resistencia se halla completamente vencida, cuando el cuerpo ha acabado por obedecer enteramente á la fuerza, y en nuestro ejemplo, por consiguiente, cuando el tren ha adquirido toda la velocidad de que es susceptible, entonces hay equilibrio estático y el cuerpo impulsa tanto cuanto es impulsado.

Lo mismo sucede con el sér sensible solicitado por una fuerza exterior: experimenta una sensación mientras hay re-

sistencia ó esfuerzo de su parte, y deja de experimentarla desde el instante en que llega al estado de equilibrio estático.

Estas consideraciones son perfectamente aplicables á los sentidos de la temperatura y de la presión, y después de alguna reflexión se comprende que se aplican también á los sentidos del olfato y del gusto; de tal modo nos habituamos á los olores que acabamos por no sentirlos; esto sucede á los químicos, á los anatómicos, á los farmacéuticos; cuando dura algún tiempo la descomposición de los líquidos en la boca, no los gustamos. Un pez de agua dulce que entre en el mar, sentirá probablemente el gusto de la sal; pero si prolonga allí su permanencia, acabará indudablemente por no volver á apercibirse de él. No es tan fácil hacer admitir que debe suceder lo mismo tratándose del oído y de la vista. Ahora bien; nosotros no oímos los ruidos, siquiera sean intermitentes, á que estamos acostumbrados; así, habiendo ido á pasar algunos días de vacaciones á una casa situada á orillas de una cascada, me sucedió, al finalizar mi residencia allí, no conseguir, á pesar de mis esfuerzos, oír durante la noche el ruido de la caída del agua; creí que había dejado de caer, y solo me convencí de mi error asomándome á la ventana para verla. En cuanto á la vista, muchas razones se oponen á que llegue jamás á acomodarse á una luz dada; primero la gran movilidad de los ojos, y los párpados después; pero yo no dudo que un ojo sin párpado, rodeado de una superficie de claridad uniforme, carecería de sensación hasta el momento en que llegara á producirse una diferencia de claridad.

La tercera ley está fundada en las nociones de *equilibrio de tensión y equilibrio natural*. Fácilmente se comprende qué es el equilibrio natural de temperatura y de presión. Tampoco es difícil hacer comprender cuándo hay equilibrio natural de luz: esto sucede cuando la luz fatiga menos la vista, cuando le es más favorable, cuando le permite apercibir las diferencias más pequeñas. Así es indispensable una luz determinada, la luz de un cielo muy puro, para apercibir en ciertas fotografías de los Alpes las ligeras ondulaciones de la nieve sobre las elevadas cimas. Nosotros mismos, cuando leemos ó escribimos por la noche, encontramos la luz de la lámpara de-

masiado viva ó demasiado débil; en el primer caso sentimos un efecto de deslumbramiento; en el segundo, un efecto al cual doy el nombre de ofuscacion.

Si se trata del sonido, aparecen las distinciones más marcadas para nosotros en las tonalidades é intensidades medias.

Y lo mismo ocurre probablemente respecto del gusto y el olfato; debe existir una composicion de los líquidos que bañan las membranas mucosas, más favorable á su ejercicio que cualquier otra.

Se deduce como consecuencia de esto, que un estado determinado del medio ambiente puede provocar dos géneros de sensaciones opuestas segun el estado anterior. Al entrar en un medio de temperatura dada, nuestra impresion de calor ó de frio dependerá de la temperatura del medio de donde salimos; una luz es débil ó brillante, segun el grado de claridad de la que se abandona, etc.

En fin, la tension puede ser bastante fuerte para ocasionar la ruptura del organismo.

A toda sensacion acompaña pues un sentimiento de placer ó disgusto, segun que la causa que la provoca aproxima ó aleja al sér sensible de su equilibrio natural. Cuando se tiene calor es agradable el fresco; si la luz nos deslumbra, la disminucion de claridad nos sirve de alivio, y, por el contrario, cuando se está sumido en una penosa oscuridad, se aspira á la claridad del dia. Insisto en mi *Memoria* sobre el cuidado que debe tenerse al discutir esta clase de cuestiones, de distinguir el lenguaje de la sensacion del lenguaje del sentimiento. El sentimiento puede ser tan fuerte, que llegue á absorber toda nuestra facultad de sentir, que disfrace, por decirlo así, la sensacion; entonces la tension se aproxima á la ruptura (1).

*Analogías entre las leyes de la sensacion y ciertas leyes físicas.*—La primera ley, la de la degradacion de la sensacion, prueba que es menester buscar la causa de toda sensacion en

---

(1) La necesidad de la muerte se explica por medio de consideraciones deducidas de estos principios. Una cuerda de violin sometida á una tension que se dirige ya á la izquierda, ya á la derecha, acaba por romperse.

una ruptura de equilibrio, y bajo este aspecto es comparable á la ley de enfriamiento de Newton.

La segunda ley, la de la intensidad de la sensación, es análoga así en su espíritu como en su fórmula á la ley que expresa el trabajo necesario para producir la compresion de un gas (de temperatura constante). En efecto, sea  $p$  la presión de un gas; el trabajo  $t$  necesario para darle la presión  $p'$ , está expresado por la fórmula  $t = \log. \frac{p'}{p}$ ; ó bien, siendo  $v$  su volúmen y

$v'$  el volúmen que se le quiere dar, el trabajo tendrá por

expresion  $t = \log. \frac{v}{v'}$ . Así, mientras más comprimido está un

gas, es más difícil producir en él una compresion mayor; ó en otros términos, el trabajo necesario para disminuir su volúmen en cantidades iguales, crece cada vez más rápidamente á medida que el volúmen se reduce. De esto puede deducirse que la sensación es proporcional al trabajo necesario para producir la impresion. La causa de la sensación es pues probablemente este mismo trabajo.

En fin, la tercera ley debe ser semejante si no idéntica á la ley, aún desconocida, que rige la resistencia de las fuerzas moleculares á las acciones que tienden á destruirlas. Es sabido que estas fuerzas disminuyen rápidamente cuando la distancia de las moléculas aumenta, y son destruidas cuando esta distancia llega á un cierto límite. Se puede pues comparar el organismo á un cuerpo elástico, cuyas moléculas son en cierta medida susceptibles de disponerse de otro modo; pero que abandonadas á sí mismas, vuelven á su posición de equilibrio.

*Medida de la sensibilidad y causas de la insensibilidad.*—

Hasta ahora se ha admitido que á todo cambio de estado sensible correspondia una sensación; ya sabemos que no es así. No todas las modificaciones del estado sensible llegan á la conciencia; es necesario para que esto se verifique que el cambio tenga cierta importancia. En otros términos, las causas infinitamente pequeñas no producen sensaciones *distintas*. Considerado bajo este punto de vista, puede decirse que la sensi

bilidad es tanto mayor, cuanto menor es el cambio que da lugar á una sensacion. Así, la sensibilidad para la luz es mayor que la sensibilidad para el ruido. En efecto, para juzgar que dos claridades son diferentes, basta que una de ellas exceda á la otra en una centésima; mas para enunciar un juicio análogo acerca de dos sonidos, la diferencia tiene que llegar á un tercio.

Pero no es esto todo: el medio ambiente puede sufrir alteraciones de que es absolutamente incapaz de apercibirse el sér sensible. Así, nuestra sensibilidad no puede apreciar si un trozo de acero está imantado ó no.

Esta insensibilidad puede provenir de cuatro causas. Primera: la poca *amplitud* de las variaciones en la intensidad del agente exterior: así, si la temperatura permaneciera próximamente constante, no tendríamos de seguro sensaciones de calor ó frio. Segunda: la *lentitud* de las variaciones; en este caso, el sér sensible se aviene por decirlo así al cambio á medida que se produce, y de este modo jamás llega la relacion  $\frac{p'}{p}$  á tener un valor suficientemente distinto de la unidad. Tercera: la *demasiada flexibilidad* del sér sensible, es decir, su excesiva facilidad de acomodamiento. En el fondo obra esta causa del mismo modo que la precedente: es claro que si el cuerpo se acomoda instantáneamente al nuevo estado, la misma relacion  $\frac{p'}{p}$  no tiene tiempo para diferir de la unidad; esta es la razon por qué al subir una montaña, no se siente el cambio de la presion atmosférica. Cuarta: la *falta de flexibilidad*. Esta es la causa más importante por razon del papel que la hago representar en lo que sigue: he aquí su alcance en dos palabras. La excitacion exterior es las más veces un movimiento vibratorio; si se encuentra con elementos sensibles cuyo movimiento vibratorio natural está poco en armonía con el suyo, no llega á ponerlos en movimiento continuo, se producen interferencias, y en vez de movimiento hay reposo. Así, un campanero torpe no conseguirá tocar una campana á vuelo, porque tirará muchas veces en momento inoportuno, con lo que detendrá el movimiento que antes imprimió. Para que

se distinga la sensacion, es pues necesario que el movimiento externo encuentre elementos que tengan por su misma naturaleza un movimiento armónico, ó que sean susceptibles de adquirirlo. Los órganos de los sentidos no son más que series ó agrupaciones de semejantes elementos.

Existe, por último, una quinta causa, la ausencia de órganos de los sentidos, cuya influencia se comprenderá leyendo el capítulo siguiente.

## II.

### EL ORGANISMO SIMPLE.

*Organismo homogéneo.*—Hasta aquí hemos estudiado la sensibilidad de una manera abstracta en sus leyes: vamos ahora á considerarla en accion, en sus manifestaciones entre los seres sensibles. Para esto debe tomarse por punto de partida la idea del sér sensible más elemental que pueda concebirse: este sér elemental, es el sér homogéneo, perfectamente esférico, sin parte diferenciada. Hablando con propiedad, el organismo homogéneo no es un organismo. Si suponemos esa masa sensible colocada en un medio homogéneo, ó lo que viene á ser lo mismo, en un medio que varíe uniforme y concéntricamente alrededor de la masa, esta podrá experimentar un sentimiento de tension más ó ménos marcado, segun que el estado del medio ambiente la separe más ó ménos de su equilibrio natural, pero esto es todo: no tendrá sensacion, porque como pronto veremos, no puede sentir el *cambio*, no sintiendo más que su estado *presente*: no tendrá percepcion mientras el medio ambiente permanezca homogéneo, puesto que, cuando se mueve, nada cambia en su derredor. Podemos fácilmente darnos cuenta de semejante existencia imaginando que todas las acciones externas se refieran á una presion del mismo género que la atmosférica, y que nuestra sensibilidad se reduzca á la facultad de sentir la presion. En tal caso nos encontrariamos simplemente en un estado de indiferencia ó de malestar.

*Organismo con órgano de sentido adventicio.*—No sucede lo mismo desde el momento que el medio ambiente es heterogéneo y que su centro de acción no coincide ya con el centro de la masa sensible: porque esta será modificada desde luego en el punto de su superficie dirigido hacia el foco activo. Para representar el hecho, podemos figurarnos que la sensibilidad se halle reducida á la facultad de sentir el calor, y que todas las fuerzas del medio son caloríficas: desde luego se sentirá calentada la parte vuelta hacia el origen del calor. Este lado será durante algunos instantes el único asiento de la sensibilidad, puesto que en él se verificará, ántes que en todos los demás, la ruptura de equilibrio; será órgano, pero órgano *adventicio* y *momentáneo* de sensación. Y como tan pronto será llamado un lado como otro á desempeñar esta función, puede decirse en tésis general que *el cuerpo del animal será un campo perpetuo de órganos momentáneos de sensación.*

Unicamente con la condición de que la sustancia sensible sea diferenciada, es como puede haber sensación, y por consiguiente sentidos; porque entonces el animal percibe, no ya solo el presente, sino á la vez el presente en el órgano, y el pasado en el resto del cuerpo no sometido aún á la acción del foco: la *comparación* es desde entonces, no solo posible, sino inmanente y constitutiva. El órgano hace pues por su presencia que el presente se una al pasado; es la cadena de la *asociación* de las impresiones, y la condición de la *individualidad psíquica permanente* del animal.

Por otra parte, en el órgano es donde siente el animal un comienzo de tensión ó de alivio; él es quien le advierte, ántes de experimentar el *efecto general*, si el medio le proporcionará disgusto ó placer. La función del órgano está pues íntimamente unida á lo que llaman *instinto de conservación*. Así, cuando estando en un baño se deja correr, sea el agua caliente sea la fría, el punto del cuerpo más cercano á los surtidores es el que nos previene á tiempo para que no nos dejemos abrasar ó helar.

En fin, como se vé también, el órgano es un *instrumento temporal de experiencia*. Merced á la confianza que tengo en



su instantánea formacion, yo podria, por ejemplo, encontrándome sumergido en aguas donde concurrieran indistintamente surtidores calientes ó frios, explorar el medio en que me encuentro y detenerme á tiempo en un camino peligroso; ora la mano, ora el pié, ora el costado, servirán de instrumentos de experiencia, y cada cual una vez terminado su cometido, resignará en otro sus funciones.

*Organismo con órgano de sentido permanente.*—Débese pues la sensacion, á una accion diferenciada sobre la sustancia sensible. Hasta ahora esta diferenciacion es adventicia y nace de una diferenciacion externa. Supongamos que por cualquier motivo una parte del cuerpo sea más amenudo llamada á servir de órgano de sentido adventicio; esta parte se convertirá en órgano de sentido *permanente*, es decir, que se encontrará dotada á título perpetuo de una sensibilidad más delicada y diferenciará en el sér la accion del exterior, aun la no diferenciada. Así, si un punto de mi cuerpo fuese particularmente sensible al calor, suponiendo que se eleve ó baje la temperatura del baño en que estoy sumergido, inmediatamente sentiré el cambio por el órgano, aun cuando el cambio hubiera sido perfectamente uniforme. El órgano permanente es, pues, una *causa subjetiva de diferenciacion*.

Como el órgano adventicio, pone al sér sensible en disposicion de explorar el medio en que se halla; pero como constantemente desempeña este cometido, las experiencias pasadas constituyen su educacion y le hacen más hábil para las futuras. El órgano permanente es, pues, el *lazo de asociacion de las experiencias*, el *origen del perfeccionamiento intelectual del animal*, el *gérmen primero de la evolucion de la especie*. El órgano adventicio era un centinela que daba el ¡Quién vive!; el órgano permanente es un explorador que marcha delante, sondea el terreno, vá á asegurarse de la presencia de un botin ó de un enemigo y viene á dar cuenta á su jefe del resultado de su exploracion.

¿Cómo se realiza esta trasformacion del adventicio en permanente? Anteriormente se ha dicho que el agente exterior puede considerarse como animado de un movimiento vibratorio que viene á contrariar el de las moléculas sensibles. Para

que haya sensacion es preciso que estas opongan cierta resistencia antes de ceder al exterior; ó en otros términos, es preciso que no se dejen penetrar por él instantáneamente á la manera del hierro dulce que se imanta inmediatamente bajo la accion de una corriente eléctrica. Esta resistencia proviene de cierta ineptitud por parte de las moléculas para vibrar en armonía con el exterior. Vencida la resistencia, ha habido allí fuerzas moleculares, si no destruidas, debilitadas por lo ménos, y en virtud de la primera ley de la sensacion, quedará un rastro más ó ménos profundo de esta debilidad. Indudablemente, si la misma actividad exterior no viene á actuar nuevamente sobre las mismas moléculas, estas tienden á recobrar su movimiento natural; pero será muy distinto si sufren muy repetidamente la misma accion: en este caso perderán poco á poco su aptitud para recobrar su movimiento natural y se identificarán cada vez más con el que se les ha impreso, hasta el punto de hacérseles natural á su vez y de obedecer más tarde á la menor causa que las impulse.

*Funcion y formacion de los órganos de sentido.*—Puede establecerse que todo órgano de sentido se halla comprendido en la definicion siguiente: es un sitio del cuerpo dotado de una sensibilidad delicada y que por consiguiente diferencia la accion del exterior sobre el organismo. Tratándose de temperatura, no parece que tengamos un termo-órgano, si se me permite la palabra; el termo-órgano es adventicio. Pero cuando se trata de presion, aparte de los órganos adventicios que instantáneamente se forman, como cuando sopla el viento, por ejemplo (en cuyo caso es órgano el lugar del cuerpo que lo recibe), tenemos órganos permanentes, tales como la piel de las partes salientes del cuerpo y especialmente la del dorso de la mano en que se siente vivamente la más ligera presion. Y en efecto, para asegurarnos de que llueve estendemos el dorso de la mano hácia el cielo. Las puntas de los dedos, así como la palma de la mano, gozan tambien bajo este aspecto de una exquisita sensibilidad; por eso cuando marchamos en la oscuridad llevamos las manos delante ó adelantamos el pie con precaucion para que nos adviertan los obstáculos.

¿Pero no hay, se dirá, órganos de sentido, tales como los

del gusto, del oído, del olfato, de la vista, á los cuales no es aplicable esta definicion, atendiendo á que los sentidos de que son instrumento no parecen en manera alguna pertenecer al resto del cuerpo?

Desde luego se deduce de lo que precede que todo cambio en la intensidad de la accion exterior lleva necesariamente consigo una modificacion del estado sensible, solo que puede no ir acompañada de una sensacion apreciable en virtud de alguna de las cuatro causas antes enunciadas. Pero debe admitirse que este cambio puede ser bastante considerable é introducirse bastante bruscamente para que la modificacion interna dé lugar á una sensacion, por supuesto si la modificacion es diferenciada por un órgano de sentido adventicio ó permanente.

La observacion confirma en este sentido la teoría. Así, cuando una pesada carreta conmueve en su marcha el suelo y los edificios, los cuerpos sienten las trepidaciones; si resuena una gran campana, la mano sentirá al tocarla las vibraciones del metal; pero esas mismas vibraciones, trasmitidas al aire, no son ya perceptibles sino por el oído. El oído es, pues, un lugar sensible á vibraciones que el resto del cuerpo no siente con bastante viveza. Si encontrándome en un baño echan sal en él, probablemente no me apercibiré de esta adicion á menos que tenga en cualquier parte una herida; ahora bien, la faringe hace el papel de esta herida supuesta. El olfato llena una funcion análoga; y los ojos mismos tienen el encargo de distinguir diferencias de claridad á las cuales el resto del cuerpo es, por decirlo así, de todo punto insensible. Pero no debe creerse que los seres ciegos nada absolutamente experimenten cuando pasan de la oscuridad á la luz y *vice-versa*; los animales privados de ojos que viven en la oscuridad, saben muy bien evitar la claridad del dia.

El órgano de sentido tiene, pues, esencialmente por funcion advertirnos de los cambios que se producen en el medio ambiente, sintiéndolos cuando aún son débiles, ó lejanos, ó limitados. El oído me previene de la llegada de la carreta antes que mi cuerpo sienta la trepidacion del suelo ó reciba de ella un golpe; la vista me dá á conocer desde lejos la presencia de

los cuerpos; el olfato es un precursor del paladar, y el paladar mismo experimenta en pequeñas porciones las sustancias alimenticias.

Estas consideraciones explican la posición de los órganos de sentido en el cuerpo. Así, en un animal inmóvil se hallarán en general situados hacia los puntos más expuestos á los choques; si ha de tener un ojo, el lado dirigido hacia la luz será el que se encuentre dotado de él. Si el animal es móvil y se mueve con preferencia en una dirección determinada, los órganos se hallarán acumulados hacia la cabeza. Y como el medio en que vive no presenta en general diferencias sino en sentido vertical á causa de la oposición de la tierra y el cielo, se explica así el predominio de su aspecto bilateralmente simétrico. Si se mueve, en fin, conforme á muchos ejes, los órganos de sentido estarán situados en radios de estos ejes. Por eso el órgano del gusto se halla en general situado á la entrada de las vías digestivas y el del olfato á la entrada de las vías respiratorias. Por eso, en fin, y al mismo tiempo por las leyes de selección natural en virtud de las cuales es llamado á sobrevivir el más apto, se explica el hecho de hallarse los órganos destinados especialmente á presentir los choques, comunmente situados á la extremidad de brazos, antenas ó pedúnculos cualesquiera.

### III.

#### LA SENSIBILIDAD Y EL ORGANISMO COMPUESTOS.

*De la calidad de la sensación.*—La fórmula de la sensibilidad compuesta comprende muchos términos; pero el problema se halla en principio resuelto desde el momento que se determinan los caracteres de una fórmula de dos términos: la adición de muchos números no ofrece más dificultades que la adición de dos. Examinemos, pues, los estados sensibles expresados por la fórmula  $aA + bB$ . Como ya digimos al empezar el capítulo primero, además del elemento cuantitativo designado por  $a$  y  $b$ , hay que tener ahora en cuenta el ele-

mento cualitativo simbolizado en  $A$  y  $B$ . No es difícil la aplicación á este caso de los principios que acabamos de desarrollar. Para que el agente exterior de calidad  $B$  produzca una modificación *sentida* en el sér ya afectado por el agente de calidad  $A$ , es en primer término necesario, que esta modificación sea bastante importante para destacarse de una manera distinta sobre el fondo sensible representado por  $aA + bB$ , es decir, es menester que la diferencia entre  $b$  y  $b'$  sea suficientemente grande; es necesario, en segundo lugar, que exista al lado del órgano (adventicio ó permanente) correspondiente á  $A$ , un órgano adventicio ó permanente, propio para percibir de una manera diferenciada los cambios en las intensidades sucesivas de  $B$ .

La formación de este segundo órgano se explica del mismo modo que la del primero, así como su transformación de adventicio en permanente.

*De la especialidad de los órganos de sentido.*—Pero si se ha mostrado de qué modo provoca la cualidad del agente exterior en el organismo la formación de un órgano correspondiente á esta cualidad, falta hacer ver cómo se *especifica* el órgano de manera que no vuelva á ser capaz de dar más que una especie de sensación, cualquiera que sea la causa que venga á conmoverlo. Es sabido que el órgano visual produce siempre sensaciones de luz, ya experimente un choque, ya se le exprima, se le estire ó se le electrice. Esto sucede hasta el punto de que, soldando el nervio acústico al nervio óptico, los ojos verían el trueno y los oídos oirían el relámpago.

Imaginemos, para fijar las ideas, que una onda sonora cuyas moléculas ejecutan mil vibraciones por segundo, venga á herir al sér sensible: sabemos que para que haya sensación es necesario, entre otras condiciones, que encuentre en el sér sensible moléculas susceptibles de adquirir el mismo movimiento vibratorio, sin lo cual su acción se resolverá en interferencias; pero entre las moléculas del cuerpo, unas supongo que tienen un movimiento natural de 1.000 vibraciones por segundo, otras de 950 en adelante, y otras de 700. Se comprende lo que ocurrirá: la onda conmoverá á las de la primera especie, no llegará á poner á las últimas en movimiento con-

tinuo, porque la vibracion comenzada será inmediatamente detenida por la vibracion siguiente; en fin, las segundas empezarán á vibrar aunque con cierta dificultad, porque su oposicion al movimiento exterior no será bastante á detenerle. La onda, pues, se propagará en el organismo sensible, segun la línea á que Herbert-Spencer ha dado el nombre de «línea de menor resistencia.» Las resistencias vencidas son en parte rotas (primera ley), de suerte que la onda se propaga cada vez más fácilmente á lo largo de esta línea, y que la línea misma concluye por adquirir naturalmente el movimiento vibratorio desde que la primera molécula se halla en oscilacion. Por eso una cuerda de violin templada de cierto modo no puede producir más que un sonido. Y por una razon análoga los instrumentos de música se mejoran con el tiempo si se encuentran en manos de artistas hábiles; pero se deterioran, por el contrario, cuando los que habitualmente los usan carecen de oído.

Entendido esto, no es difícil imaginarse con qué condiciones podriamos poseer nuevos sentidos, por ejemplo, el sentido magnético y el sentido polar. Bastaria que un punto de nuestro cuerpo se mostrase especialmente sensible á la presencia del iman, y que otro punto (animado de un movimiento análogo al del giroscopio ó del péndulo Foucault) produjese un estado diferenciado cuando nos dirigiésemos, sea á lo largo de un meridiano, sea á lo largo de un paralelo. Estos órganos, que la naturaleza nos ha rehusado, podemos crearlos artificialmente: un pedazo de hierro colocado en la mano, una aguja imantada que gire libremente sobre un eje, suplen al sentido magnético y al sentido polar que nos faltan.

Esto contribuye á afirmar la comparacion hecha entre los instrumentos de física y nuestros sentidos. ¿Qué son los termómetros, los barómetros, las brújulas de inclinacion y de declinacion, sino órganos de sentido suplementarios? ¿Qué son nuestras balanzas, nuestros telescopios y microscopios, nuestros espectroscopios, sino medios de exaltar la sensibilidad de los sentidos de la presion y de la vista? Y cuando el telégrafo nos dá á conocer instantáneamente la temperatura, la presion, el estado magnético, la direccion del viento en todos los

puntos del globo, ¿no es como si hubiéramos llegado á colocar nuestros sentidos á la extremidad de antenas ó brazos inmensos, que nos permitiesen sondear el espacio donde se forjan las tempestades?

*Análisis y clasificaciones de los sentidos.*—Se deduce de lo anterior, que tenemos tantos órganos de sensacion y por consecuencia tantos sentidos, cuantas fibras hay dotadas de un movimiento específico propio. Así puede decirse que tenemos cuatro ó cinco órganos del gusto, puesto que las fibras que gustan lo dulce no son las que gustan lo amargo, lo ácido, lo salado ó los alcoholes. Tenemos tres y acaso un número mayor de órganos visuales, puesto que, segun lo prueba la afeccion conocida con el nombre de daltonismo, el órgano que distingue el verde no distingue el rojo ni el violado. Tenemos tantos órganos auditivos cuantas fibras elásticas existen dotadas de especial aptitud para adquirir cierto movimiento vibratorio. En fin, el olfato mismo, vista la multiplicidad de sensaciones diversas que nos produce, debe componerse á lo ménos de dos sentidos simples cuyas impresiones entren en combinaciones de variedad infinita.

En cuanto á las lagunas que nuestros sentidos dejan entre sí, se encuentran llenas por esa sensibilidad vaga, indeterminada, que hace que nos sintamos afectados por lo tempestuoso del tiempo, las emanaciones palúdicas y las mil influencias atmosféricas de que no podemos librarnos. Este fondo sensible se compone de un vasto sistema de interferencias.

En resúmen, nuestros sentidos se clasifican bajo tres rúbricas:

1.º Sentidos *generales* esparcidos por toda la superficie del cuerpo y funcionando únicamente por mediacion de órganos adventicios. Tal es en nosotros el sentido de la temperatura.

2.º Sentidos *especiales* funcionando únicamente con ayuda de órganos permanentes, como la vista, el oido, el olfato. Las fuerzas que conmueven estos órganos no ejercen sobre el resto de la sustancia sensible más que una imperceptible accion.

3.º Sentidos *mixtos* desigualmente distribuidos por la

superficie del cuerpo, teniendo á su servicio órganos permanentes, pero dando tambien lugar á la formacion de órganos adventicios. Tal es el tacto en el hombre y acaso el gusto en los peces.

#### IV.

##### DEL CONOCIMIENTO DEL EXTERIOR.

Esta segunda parte de mi trabajo es mucho más breve, pues solo trato de tocar los puntos extrictamente necesarios para la completa inteligencia de la primera. Ir más léjos me hubiera acaso llevado fuera del dominio rigurosamente científico.

De las cualidades que todo sér consciente atribuye al objeto, unas aparecen como relativas á su sensibilidad, por ejemplo, la luz, el sonido, el gusto, el olor, etc.; las otras como independientes de su manera de sentir, tales son la movilidad, la duracion, la situacion, la forma, etc. A las primeras las llamo *estéticas* y á las segundas *cinemáticas*. Ya hemos visto cuál es el origen de nuestra idea acerca de los atributos estéticos del objeto; me falta mostrar de dónde nos viene la de los atributos cinemáticos. Estos atributos se nos revelan merced á la movilidad.

Para simplificar el razonamiento no consideremos en el universo más que un solo corpúsculo material, y supongamos que obre únicamente por contacto sobre el sér sensible. En el punto de contacto ejerce cierta presion: nosotros admitimos que por el momento el animal no sienta esta presion y que esté en consecuencia identificado con el corpúsculo. El animal, dotado de movimiento, llega á comprimir más el corpúsculo (la suposicion inversa de que lo comprimiera ménos daria lugar al mismo análisis), siente una presion y sabe al mismo tiempo que su sensacion ha venido á consecuencia de su esfuerzo. Pero el corpúsculo por su parte se ha puesto en movimiento, y este movimiento es la resultante tanto de su configuracion como de la fuerza del animal y de la naturaleza



de los obstáculos que encuentre en su camino. En el primer instante el animal ha sentido una impresion hasta cierto punto voluntaria; pero en el segundo, tendiendo el corpúsculo á desprenderse despues del impulso recibido, el animal siente una disminucion involuntaria de presion. La comparacion entre los efectos voluntarios y los mismos efectos involuntarios es la que le dá la idea de lo exterior. Si el corpúsculo es una presa que se halla tambien dotada de movimiento, observará el animal que puede, mediante su esfuerzo, mantener el contacto, pero que este esfuerzo se encuentra dirigido, mandado por otra cosa. El razonamiento seria el mismo, si se admitiera que el corpúsculo fuese un foco de calor, moviéndose á cierta distancia del sér sensible, ó bien un foco sonoro ó luminoso.

El animal adquirirá así la nocion del movimiento continuo, y de ella se derivan las de duracion, de tiempo, de velocidad, de distancia, de direccion, de situacion, de espacio y de forma.

No es posible entrar aquí en todos los detalles de la deducion. Podrán bastar las definiciones (1). La *duracion* es el movimiento abstracto. El *tiempo* es un movimiento uniforme tomado por unidad. La *velocidad*, la relacion entre el movimiento y el tiempo. La *distancia* se mide por la cantidad de movimiento necesaria para recorrerla. La *direccion* depende del sentido del movimiento con relacion al cuerpo. La *situacion* ó el *lugar* está dado por la direccion y la distancia. El *espacio* es la síntesis de todos los lugares posibles. Y la *forma* es una síntesis de distancias y direcciones.

Como se ve, todas estas nociones pueden aplicarse á un objeto exterior cualquiera, y todo animal, por más elemental que sea, las posee en mayor ó menor grado de precision. Pero al mismo tiempo se observará el papel que ha venido á representar en su adquisicion el órgano (adventicio ó permanente) afectado por el contacto del corpúsculo, ó por el foco calorífico, sonoro ó luminoso. Sin él el animal se hallaria

---

(1) La mayor parte de estas definiciones están justificadas en nuestro *Ensayo de lógica científica*.

completamente desconcertado y no podría seguir el objeto; gracias á él puede *orientarse*. El órgano le *dirige*, es un piloto que le guía, que le hace evitar los escollos y le conduce al puerto.

Terminado su cometido, el órgano, si es adventicio, desaparece, y la experiencia, momentáneamente adquirida, se pierde para el porvenir. Pero si el órgano es permanente, hay una orientación permanente del animal, tiene este un *eje natural* que pasa, por ejemplo, por el órgano y el centro de gravedad. Desde entonces posee, á título perpétuo, una regla y un compás para apreciar la posición y la forma de los objetos y puede adquirir una experiencia que no le abandone jamás; es perfectible en el sentido de que puede formar cada vez con más prontitud su juicio acerca de la posición de los cuerpos ó de la ruta que siguen.

La precisión del juicio depende de dos cosas: de la precisión del órgano y de la perfección de la movilidad, es decir, de la facultad de apreciar las diferencias de esfuerzo. Así, si tratáramos por ejemplo de juzgar la dirección del viento, un tubo largo y estrecho, cuyo fondo únicamente fuese sensible al viento y que pudiésemos mover á nuestro alrededor, sería un instrumento más preciso seguramente que la piel del rostro; pero ofrecería el inconveniente de no ser apropiado á la investigación. Del mismo modo un astrónomo que sigue una estrella con el extremo de su telescopio, no podría encontrarla una vez perdida, sin el auxilio de un investigador. El órgano director por excelencia sería, pues, una superficie dirigida hácia todos los puntos del espacio, y presentando uno ó muchos lugares fáciles de encontrar donde la sensibilidad se hallara en su máximun. Tales son entre nosotros la piel (para el tacto) y la retina. En esta, la sensibilidad irradia alrededor de la mancha amarilla y va degradándose á lo largo de cada radio; de suerte que hiriendo un punto luminoso la retina en un lugar determinado, ya sé lo que es preciso hacer para trasladar su imagen sobre la mancha amarilla.

*Del esfuerzo.*—El esfuerzo tiene por causa una resistencia; pero como ya se ha dicho, una vez vencida la resistencia, el mismo resultado se obtiene con menor esfuerzo, y en fin de

cuenta viene á hacerse tan débil el esfuerzo, que ya no se percibe. El movimiento, *consciente* primero (porque *sentimiento del esfuerzo* y *conciencia* son para mí términos idénticos), se convierte en *habitual*, despues en *instintivo*, cuando el hábito se trasmite por generacion (1); más tarde, en fin, en reflejado ó *automático*. El movimiento es consciente ó voluntario cuando se sabe *cómo* y *por qué se hace*; habitual, cuando se hace *sin saber cómo*; instintivo, cuando se hace *sin saber por qué*; y automático cuando se hace *sin saberlo*. Los movimientos primero conscientes, se convierten pues en inconscientes insensiblemente, y esto por una polarizacion cada vez más completa de las moléculas sensibles que ofrecen cada vez ménos resistencia á la accion exterior. Esto es lo que explica la admirable finalidad de los actos instintivos y mecánicos: siendo primitivamente voluntarios y apropiados al objeto, no han hecho más que adquirir en un grado cada vez mayor esta apropiacion que se ha  *fijado* así en el organismo. El carácter *específico* del individuo se compone del conjunto de los caractéres fijados y sustraídos por tanto de su voluntad. Así se justifica, en cierto sentido, la frase de Huxley: «Los animales son máquinas, pero máquinas conscientes.»

Conclusion: la inteligencia progresa hácia el instinto y el automatismo. El automatismo es el último término del perfeccionamiento de la inteligencia: así el mejor obrero es el que puede hacer su obra sin pensar en ella. Pero es preciso no echar en olvido que el automatismo es inmóvil, lo mismo que el instinto; y que la inteligencia que prepara nuevos elementos destinados á fijarse á su vez, es el instrumento indispensable del progreso.

---

(1) Al adoptar esta definicion del instinto, me separo de Darwin; mas no lo he llegado á hacer sin experimentar ántes muchas vacilaciones, porque la autoridad de un hombre como él es de grandísimo peso. Algun dia diré cómo, en mi opinion, podría explicarse el origen de los instintos de los neutros entre las hormigas y las abejas.

## V.

## DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

*El sentido del tacto.*—Quédanos un último punto por dilucidar: ¿Qué conocimiento puede tener el animal de sí mismo? La solución de esta cuestión se encuentre en el análisis del sentido del tacto y de sus relaciones con la movilidad.

El sentido del tacto es esencialmente el sentido de la presión; y es fundamental, porque toda acción exterior se refiere á una presión. Así, no puede concebirse un ser sensible que no posea este sentido, por más que se pueda mentalmente suprimirle todos los demás: admitir que no tenga sentido del tacto, es lo mismo que suponer que pueda ser aplastado hasta su completa destrucción sin apercibirse de ello.

Hallándose el sentido del tacto distribuido por toda la superficie del cuerpo, está continuamente servido por órganos adventicios que se forman al producirse el contacto: y pudiendo el animal por medio de ciertos movimientos aumentar ó disminuir la presión, acaba por saber qué es necesario hacer para evitar la molestia ó procurarse un placer, cada vez que se siente tocado en alguna parte. Tal es la localización de las impresiones, resultado del ejercicio. Esta localización es más rápida cuando el animal puede tocarse á sí mismo, sobre todo si los órganos del tacto son aparatos dotados de una movilidad delicada, como nuestros brazos.

Hé aquí cómo sabemos dónde están nuestros ojos, nuestras orejas, y en general todas las partes de nuestro cuerpo. Este conocimiento es tanto más perfecto cuanto más amenudo se toca la parte en cuestión. De aquí nace que la facultad localizadora se encuentre especialmente acumulada en las partes que se tocan á sí mismas, en los pliegues, las caras internas de los miembros, la palma de la mano; y sin duda por la razón contraria se halla la facultad reducida á su mínimun en el dorso. Así pasando por el dorso dos puntas de compás, pueden hallarse distantes 2 ó 3 centímetros, sin que la sensación deje de ser simple.

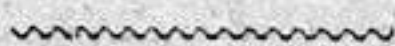
El hábito de la localización explica las sensaciones subjetivas, tales como las que se tienen durante el sueño, la fiebre ó el delirio: la modificación subjetiva es referida al órgano que produce ordinariamente modificaciones de la misma naturaleza.

De aquí esta definición del *yo*. El animal considera que es *él* todo aquello que le procura siempre idéntica sensación cuando su voluntad es la misma. El zoófito fijado sobre una piedra en la cavidad de una roca, y que encuentra siempre los mismos objetos cuando extiende sus tentáculos, debe creer que estos objetos forman parte de él mismo. Si nosotros viniésemos al mundo con vestiduras que nunca hubieran de abandonarnos, las consideraríamos como parte de nosotros mismos, con igual título que los cabellos y la barba.

La función del tacto es exclusivamente tal como la acabo de detallar; pero á veces se le atribuyen funciones que no desempeña. Se dice, por ejemplo, que nos dá las nociones de lo duro y de lo blando, de lo fluido, de lo viscoso y de lo sólido, de lo terso y de lo áspero. Esto es un error, que proviene de ser el tacto un precioso auxiliar de la movilidad: nosotros juzgamos de la cualidad del objeto, ó según el esfuerzo que tenemos que hacer para obtener por él cierta presión, ó según la velocidad con que le atravesamos cuando hacemos un esfuerzo determinado, ó bien según la resistencia que presenta al deslizar, por ejemplo, los dedos por su superficie. Estas son pseudo-sensaciones táctiles.

Tal es el conjunto de la teoría de la sensibilidad. Hé aquí cómo justifico mi tesis fundamental de que, una vez dada la sensibilidad bajo su forma más simple, emprende necesariamente su evolución hácia formas cada vez más complicadas.

M. J. DELBŒUF.



---

# VIDA DE KANT (1)

---

## I.

Parece necesario en la historia de la filosofía que en ciertas épocas se detengan los espíritus á contemplar las grandes figuras consagradas por los tiempos, como si por vez primera fueran descubiertas, y conquistar de esta suerte un punto comun de partida. Entre todos los pensadores modernos que han precedido á Kant, acaso no exista uno que no haya ejercido esta especie de atraccion entre ciertas tendencias contemporáneas. Quizá tambien ha llegado ya el momento de profundizar en Kant una filosofía que sólo muy pocos han sabido comprender.

Mas en lo que sigue no nos ocuparemos de la filosofía de Kant, sino de su persona, y de esta trazaremos el retrato por las particularidades de su vida y de su carácter, sirviéndonos de las poquísimas fuentes que para el efecto existen.

Entre todas estas, las más importantes son los cortos escritos que se publicaron el año en que murió Kant, redactados por personas que le conocian y hasta le trataron durante muchos años. Son, generalmente, de discípulos fieles, de los pocos que vivian en el mismo círculo que nuestro filósofo, y que fueron más tarde sus amigos íntimos. Uno de estos escritos tiene un valor especial. En 1792, uno de los discípulos más asíduos de Kant, Borowski, escribió un resumen biográfico de la vida de su maestro; él quiso leer este escrito en la *Sociedad alemana* de Koenisberg, y antes de hacerlo, se lo envió á Kant para obtener su consentimiento y para que hiciera las rectificaciones que creyera oportuno. Consintió Kant en examinarlo, pero le prohibió terminantemente que hiciera

---

(1) Kuno Fischer, autor de este trabajo, es una de las figuras más distinguidas y más simpáticas que se destacan en la moderna Alemania. Nació en 1824; es hoy profesor y rector de la Universidad de Heidelberg. Además de este trabajo contamos con otros de no ménos importancia y valor.

uso alguno de su escrito antes de su muerte, y suplicó al autor que evitase su lectura en la *Sociedad alemana*. Le remitió el trabajo con observaciones y notas de su propia mano, y en la carta con que se lo enviaba, le decia con tanta modestia como prudencia, que no le era agradable el honor que se le queria hacer, porque siempre habia tenido una repugnancia natural á todo lo que tuviera visos de pompa, y porque, de ordinario, el elogio provoca la censura. Esto escribia Kant en una época en que ya estaba su gloria asegurada. Los apuntes biográficos que hizo Borowski alcanzan sólo al año 1792, son incompletos, pobres de detalles, y en la apreciacion del filósofo hay estrechez, á pesar de las alabanzas que á manos llenas le tributa. Sin embargo, siempre tendrán mucha importancia por haber sido examinados y corregidos por Kant (1). Hay otros dos escritos que se publicaron en el mismo año y que sirven de complemento al trabajo anterior. Jachmann fué discípulo y amanuense de Kant en el período más glorioso de su vida, de 1784 á 1794, en el tiempo justamente en que Kant se ocupaba en perfeccionar y acabar el edificio de su doctrina. Las cartas que Jachmann publicó despues de la muerte de Kant, más bien que una biografía, son una *característica*. Por último, los años posteriores de Kant nos han sido referidos por Wasianski, su discípulo en 1773, más tarde su amanuense, y desde 1790, amigo de la casa y el que cuidaba de los asuntos económicos del filósofo cuando los años imposibilitaron á este (2). Las noticias más completas sobre la vida de Kant las dá Schubert en su biografía del filósofo.

## II.

### EPOCA DE KANT.

No tiene la vida de Kant brillo alguno exterior, escepcion hecha de la gloria, que no buscaba, pero que por la importancia de su obra no podia evitar y que vió elevarse á su mayor esplendor. Tal vez no se ha visto nunca reputacion tan extraordinaria unida á vida tan sencilla, tan modesta y silenciosa. La vida de Kant, por su calma uniforme, presenta cierto contraste con la inmensa estension de su celebridad y con la altura á que su fama llegaba. Carece su vida por completo

(1) Darstellung des Lebens und Characters Inmanuel Kant's von L. C. Borowski.—1804.

(2) Inmanuel Kant geschildert in Briefen an einen Freund. J. B. Jachmann, 1804.— Inmanuel Kant von Wasianski.—1804.

de esa grandiosidad que seduce á la imaginacion del vulgo; no es grande en el exterior ni por su destino. Bajo este aspecto no deja de ser interesante compararla con la de sus predecesores. ¡Qué contraste entre Kant y Bacon! Las más altas dignidades del Estado, los honores y las riquezas las une ese primer fundador de la filosofía moderna á un amor desenfrenado por el fausto y la opulencia, que estravía al Lord Canciller, le arrastra á las acciones más vergonzosas y le atrae al fin una sentencia deshonrosa. Kant, que nunca quiso ser más que un profesor de universidad, siempre fué en ideas y conducta la misma simplicidad, la probidad personificada. Su vida no ofrece tampoco nada de los terribles contrastes que consumieron la juventud de Descartes; no necesitaba de aquella agitacion exterior, de los deseos frenéticos de movimiento y de viajes, que tanto preocuparon al filósofo francés en la primera época de su vida y que no pocas le arrastraron á la extravagancia y las aventuras. Reconcentrada en sí misma la vida de Kant, avanza con paso lento y seguro, con completa regularidad y con un recojimiento siempre creciente. Este carácter parece, en todos sus rasgos, formado para solo encontrar su centro en sí propio, y ciertamente que tal debia ser el carácter de la filosofía del conocimiento de sí mismo. Y así como el espíritu en Kant constantemente se dirige hácia este punto único, que fuera de él no puede encontrar, así tambien su vida exterior, quiero decir, su vida local, obedece á la misma concentracion. Está su vida adscrita, por decirlo así, á la gleba. En este respecto puede compararse á Kant con Sócrates, sujeto en Atenas por la absorcion en que el estudio de sí mismo le sumia. Ha vivido Kant cerca de ochenta años y solo salió de su provincia y pueblo natal durante el tiempo en que fué preceptor. Su vida, únicamente consagrada á la meditacion filosófica, puede ser puesta al lado de la de Spinoza, aunque carece de las persecuciones violentas y terribles que hicieron de la vida del filósofo judío una soledad, un desierto, que le ha dado para siempre el sello de una grandeza trágica. Es verdad que no estuvo la vida de Kant exenta de contrariedades ni de persecuciones; pero acaecieron tarde y fueron débiles, no obstante la maldad que las dictaba; nunca tampoco pudieron detener la ya cumplida obra ni causar á su autor peligros de importancia. Eso fué solo un incidente enojoso, bien pronto alejado por circunstancias favorables y cuyas peores consecuencias recayeron sobre los que le habian originado. Por último, comparada esa vida con la del primer filósofo alemán de los que precedieron al fundador de la filosofía crítica, con Leibnitz, no ofrece aquella la general y múltiple actividad que desplegaba Leibnitz en todas las direcciones; nada de



aquel brillo exterior, de esos honores mundanos que Leibnitz amaba, y nada, en fin, de la ambicion que los hace buscar.

La filosofía moderna, fruto del espíritu del protestantismo aleman, se naturalizó con Leibnitz en Alemania. Leibnitz la introdujo, por su persona, en aquel Estado cuyo poder y mision consistian, desde la paz de Westfalia, en proteger al protestantismo y fomentar su progreso. Bajo cierto aspecto permaneció Leibnitz á ese mismo Estado. El encontró, en efecto, en la córte del rey de Prusia un recibimiento hospitalario; la primera reina de Prusia le profesó gran amistad y tomó un gran interés por él y por sus lecciones; él fundó la Academia de Berlin. En una universidad prusiana enseñó Wolf su filosofía, la primera que se expresó en aleman. Fué Prusia el país en que esta filosofía obtuvo la doble dicha de ser expulsada por un rey y llamada por otro. Con Kant entró la filosofía alemana en el corazon de los Estados prusianos. La vejez de Leibnitz pudo todavía templarse al sol naciente de la monarquía prusiana. Wolf tuvo su más brillante período cuando reinaba Federico-Guillermo I, que le expulsó de Halle. Bajo Federico el Grande, que llamó al desterrado, paldice sucesivamente la estrella de esta filosofía. La vida de Kant se prolonga durante ochenta años de la historia prusiana; él presenció cuatro cambios de reinados, y esos gobiernos tan diversos ejercieron cada uno á su manera una influencia particular sobre la vida y la suerte de nuestra filósofo. Su juventud y su educacion ocurren bajo Federico Guillermo I; ella tambien estaba impregnada de un espíritu severo de economía doméstica, que desde el trono se extendia á todas las clases de la sociedad. Aquel pietismo que expulsó á Wolf de Halle poseia en Koenisberg una escuela donde Kant fué educado. En el año del advenimiento de Federico II, tornó Wolf á Halle, y entró Kant en la universidad. Su carrera académica, el desenvolvimiento progresivo de su filosofía, su enseñanza y la aparicion de la filosofía crítica pertenecen al siglo del gran rey y forman uno de los rasgos más importantes y gloriosos del cuadro de esta época. La guerra de los siete años es el primer obstáculo con que nuestro filósofo tropieza, y la paz que le sucede vé madurar los primeros frutos de la filosofía crítica. Al acabar el siglo de Federico, la obra está ya fundada sobre sólidas bases. Bajo el reinado siguiente, presa de los enemigos de las luces, sobreviene—¡signos del tiempo!—el ataque dirigido contra Kant; ataque que no puede ahogar la obra cumplida, pero que cae sobre su autor, encorbado por el honroso peso de setenta años. Y, empero, tuvo aún el anciano la ventura de respirar en los tiempos mejores de Federico-Guillermo III.

## III.

## EDUCACION.

1.—*Familia y escuela.*

Manuel Kant nació el 22 de Abril de 1724 en Koenisberg, siendo el cuarto hijo de una honrada familia de artesanos, de regular aunque no insignificante fortuna. Eran sus padres oriundos de Escocia; de suerte que estaba Kant ligado por parentesco nacional con David Hume, de quien precisamente recibió el primer impulso para sus imperecederas elucubraciones filosóficas. Su padre, sillero, usaba todavía en su firma la ortografía escocesa, *Cant*. Nuestro filósofo cambió la primera letra para evitar una falsa pronunciación, *Zant*. Del mismo modo que en otros hombres célebres se ha observado que reciben principalmente de la madre las influencias que más persisten, así también Kant, que tenía por su madre el más vivo afecto, recibió de ella desde sus primeros años una influencia decisiva y parece que ella tuvo siempre por él una gran predilección. Hasta decía Kant haber heredado sus mismas facciones, y aún en sus últimos tiempos hablaba siempre de su excelente madre con el más profundo enternecimiento. «Nunca olvidaré á mi madre»—decía en el seno de la confianza—«ella es la que ha sembrado y fomentado en mi pecho el primer germen del bien; ella abrió mi corazón á las impresiones de la naturaleza; despertó mi inteligencia; la desarrolló, y sus enseñanzas han tenido sobre toda mi vida una influencia duradera y saludable.»

Los padres de Kant, y particularmente la madre, estaban entregados al pietismo que entónces imperaba y que tan poco se parece al que entre nosotros existe. Aun estando en contradicción con la creencia obstinada de la letra, buscaba aquel pietismo la salud del hombre, no en las exteriores manifestaciones, sino en la edificación interior, en la interior pureza y en la piedad del espíritu.

Esta dirección, que naturalmente no excluye la rigidez de la creencia, era la que propagaba en Koenisberg el Dr. Franz Albert Schultz, que vino á esta ciudad en 1731 de predicador y miembro del consistorio, que fué elegido profesor de teología al año siguiente, y que más tarde se encargó de la dirección del colegio de Federico (*collegium Fridericianum*). Este hombre ejerció, de acuerdo con el sentido del príncipe reinante, una influencia duradera sobre todas las escuelas prusianas. En él

puso la madre de Kant toda su confianza. Ella le consultaba para la educación de su hijo, y seguía con tanto más gusto sus consejos, como que Schultz indicaba la carrera teológica para él. Así, á los diez años, fué enviado Kant al colegio de Federico, dirigido por su protector, y donde imperaba desde su creación el espíritu del pietismo.

Una singular coincidencia ha confiado la educación de los innovadores de la filosofía moderna á poderes que más tarde han combatido ellos con la mayor energía. Bacon fué educado por escolásticos; Descartes por jesuitas; Spinoza por los rabinos, y Kant por los pietistas. Sin embargo, Kant no tuvo que sufrir la influencia de los pietistas; las estrechas miras de la intransigencia pietista le fueron completamente extrañas y no pudieron introducirse en el ánimo del escolar. Lo que tiene el pietismo de malsano y contrario á la razón y lo que á los espíritus débiles suele comunicar, no hallaba en Kant simpatía alguna. Pero en un aspecto ejerció el pietismo sincero cierta influencia saludable sobre su espíritu, á saber: en la severidad moral de sus sentimientos y en la rigidez de su conciencia, cosas que siempre pedía y que él mismo practicaba. Tampoco ha negado el reconocimiento que al pietismo tenía por lo que toca á la energía moral. Porque la perfecta y rigurosa pureza de los sentimientos fueron siempre el último fin, el único y el más elevado de sus doctrinas filosóficas sobre la moral. Esa disposición al rigorismo moral que en Kant observamos, fué alimentada y desarrollada, sin duda alguna, por su educación pietista. El mismo Schultz reunía en su persona el espíritu estrecho del pietismo y un carácter severo, moral y generoso; éste rodeaba del mayor cuidado al discípulo que le confiaron, y era para Kant y sus padres, un padre, un bienhechor. Kant, hasta en la edad más avanzada, habló siempre de él con el más vivo reconocimiento, y su deseo predilecto era levantar al maestro y bienhechor de su juventud un monumento público.

Los siete años de escuela (1733-1740), no ofrecen nada de particular. El era todo lo contrario de un genio precoz. No era la escuela el escenario donde podían manifestarse con brillo y lucimiento sus facultades extraordinarias. De estructura débil y delicada, de pecho estrecho y hundido y de no muy bien hecha figura, debía Kant ante todo obtener por un esfuerzo enérgico de la voluntad el sentimiento de su propio valor y flexibilidad intelectual. Tenía principalmente que combatir con dos obstáculos físicos: la timidez y la falta de memoria, defectos que bastan para ocultar las mejores disposiciones de un niño. Kant no pudo, hasta cierto punto, liberarse nunca de esta timidez innata. Y es que además estaba

sostenida por su modestia. Al mismo tiempo se observaba en él desde muy temprana edad una rápida presencia de espíritu, que le servía de mucho en los pequeños peligros que existen en la vida de un jóven. Era tímido, pero no miedoso. Ya se podría prever que tendría voluntad é inteligencia de sobra para vencer los enojosos obstáculos que la naturaleza habia colocado en su camino. A medida que avanzaba en la carrera escolar, sus facultades se hacian más notorias, y demostraba mayor celo en el estudio. En cuanto á la enseñanza que se le daba, iba muy bien en los estudios clásicos, particularmente en el latin, que lo aprendía con Heidernich, y muy mal en matemáticas y filosofía. Hasta tal punto era mala esta última parte, que Kant se inclinó con grandísima predileccion á los estudios clásicos, y nadie hubiera adivinado en él al futuro filósofo. Se entregó sobre todo á la lectura de los autores latinos, y esto constituía para él un ejercicio de estilo y de memoria. Aprendió á escribir correctamente el latin; hasta tal punto, que supo más tarde expresar en el latin escolástico las más árduas cuestiones de metafísica. Su memoria se llenó tanto de los escritos de los poetas romanos, que hasta en su vejez recitaba de memoria los trozos más escojidos, en particular el poema de Lucrecio. Entonces pensaba Kant dedicarse por completo á la filología. Ya se veía él hecho un filólogo futuro escribiendo libros en latin, con el nombre de *Cantius* en la portada. El celo por el estudio de los autores latinos, el proyecto de hacer de esto su única ocupacion, lo compartía Kant con dos condiscípulos; uno de los cuales realizó en efecto, y con éxito, esos planes de la juventud: este fué David Ruhnken, de Stoepe, que en el mundo filológico ha hecho célebre el nombre de Ruhnkenius. El otro discípulo era Martin Kunde, de Koenisberg, cuyo talento ahogaron las necesidades materiales, y vivió siempre en muy triste situacion hasta que al fin murió de rector en la escuela de Rastemburg. Los tres jóvenes rivalizaban en sus estudios filológicos; juntos leían á sus autores predilectos y en comun formaban sus planes para el porvenir. Muchos años despues, Ruhnken y Kant eran ya profesores célebres; el uno en Leyda, el otro en Koenisberg. En 1771, Ruhnken escribió á Kant una epístola clásica donde recordaba á su antiguo amigo los años de la juventud y el colegio. Federico Ruhnken solo sabia entonces del filósofo Kant lo que oía decir y alguna que otra crítica sobre sus obras. Unicamente sabia que Kant se ocupaba de *filosofía inglesa*, á la cual estimaba en mucho. Encargaba á Kant que escribiera sus obras en latin para que los ingleses é irlandeses pudieran leerlas; que esto debía serle fácil al que en la escuela escribia con tanto primor esta len-

gua. Es de creer que Kant fuera contado, cuando estaba en las clases superiores con Ruhnken, entre los mejores alumnos; este al ménos es el recuerdo que en su amigo habia dejado. Así le decia en esa carta: «*Erat tum ea de ingenio tuo opinio, ut omnes prædicarent, posse te, si studio nihil intermisso contenderes, ad id, quod in litteris summum est, pervenire.*» Acaso haya exajerado un poco la retórica latina. Al comienzo de la carta, el primer recuerdo de la juventud está consagrado á los maestros pietistas, que parecen al filólogo clásico una mala aventura, de la cual los dos amigos han sacado el mejor partido posible: «*anni triginta sunt lapsi, cum uterque tetrica illa quidem, sed utili nec poenitenda fanaticorum disciplina continebamur.*»

Las ciencias filosóficas y matemáticas no contaban en la escuela con ningun Heydenreich, y el estudio de estos ramos fué infructuoso. Siempre que Kant recordaba aquellos estudios, decia á su amigo Kunde que sus antiguos profesores de filosofía, no solo no desarrollaban en él la llama de esta ciencia, sino que más bien estuvieron á punto de apagarla por completo.

## 2.—*Los estudios académicos.*

En la Universidad sucedió precisamente lo contrario. Aquellas ciencias que estaban más descuidadas en el colegio Federico, tenian en la universidad sus mejores representantes. Daba lecciones de filosofía y matemáticas el todavía joven é ilustre Martin Knutzen; de física, Gotfried Teske. Aquí entró nuestro Kant en un nuevo mundo, que en adelante habia de ser su verdadera pátria. La chispa que la escuela no pudo encender se convirtió aquí en brillante llama que con su fulgor iluminaria más tarde como reluciente astro al mundo del pensamiento. El que mayor influencia ejerció sobre Kant fué Knutzen, el cual le introdujo en el estudio de las matemáticas y de la filosofía, le hizo conocer las obras de Newton, le sirvió de amigo y de maestro y le ayudó con sus consejos.

Primeramente se inscribió Kant en la facultad de teología, y desde la escuela estaba destinado á hacer estos estudios. Con suma puntualidad y aplicacion siguió sus cursos, especialmente los de dogmática de Schultz, el antiguo director del colegio, y predicó algunas veces en las iglesias comarcanas. Habia, pues, concluido sus estudios teológicos cuando abandonó por completo esta carrera. Por diferentes motivos debió tomar esa resolucion. El más capital sin duda fué la preferencia que tuvo por las ciencias matemáticas y filosóficas; el se-

gundo motivo que influyó contra la teología puede ser muy bien que lo hallara en esa misma ciencia, y sobre todo en el sentido pietista que tenía y que ahora en la universidad se revelaba mejor que en el colegio, y donde le parecía más refractaria como dogmática que lo que le era como moral y disciplina, manifestándose de esta suerte al futuro pastor como el yugo por el cual tendría que pasar para entrar en su carrera eclesiástica. Fácil es suponer cuán insoportable hubiera sido semejante imposición á un hombre como Kant, y con qué placer para evitar ese yugo renunciaria á la carrera teológica. Esperaba Kant siendo teólogo obtener en Koenisberg una plaza de sustituto; lo deseaba para permanecer en la ciudad universitaria y proseguir sus estudios científicos. Ese puesto era ordinariamente el primer paso en la carrera teológica, y el que precedía á todas las posiciones gerárquicas. No consiguió Kant el puesto y fué preferido para tan insignificante empleo un opositor aún más insignificante. Quizá fué este el último y decisivo motivo que para siempre le alejó de la carrera teológica.

### 3.—*La enseñanza privada.*

Kant no podía vivir en esta situación mucho tiempo en Koenisberg. Lo poquísimo que sacaba de algunas lecciones particulares y todo lo que en el porvenir pudiera sacar, no alcanzaba para cubrir las necesidades de su vida; y como con la muerte de su padre (1747) empeoró su situación económica, no quedaba á Kant otro recurso que salir de Koenisberg y asegurar su sustento entrando de profesor privado en el seno de alguna familia. En este puesto esperaba aprovechar en sus estudios científicos todo el tiempo que le quedara, y tal vez también ahorrar dinero suficiente para seguir más tarde su verdadera vocación. Su objeto era la carrera académica. Para empezar, además de la preparación científica, necesitaba Kant otra preparación económica que acaso le exigiera mayor tiempo que la primera. Brillantes trabajos habían probado ya su capacidad científica. En el momento en que termina Kant el período académico de su vida y en que se dispone á comenzar la del preceptorado, escribió su primera disertación: «Pensamientos sobre la verdadera evolución de las fuerzas vivas en la Naturaleza,» donde intentó resolver con sus propias fuerzas uno de los problemas más difíciles y profundos de la filosofía de la naturaleza. Imprimió á su costa este escrito, ayudado por un pariente materno. (Aquí sólo estudiamos la vida exterior del filósofo y ha de sernos permitido que no entremos en lo que al contenido de aquel escrito respecta.) Con aquel trabajo

selló Kant el curso de su vida académica y dió el primer paso en su nueva carrera.

Por espacio de nueve años (1746-1755) fué Kant preceptor de tres familias distintas. Primero en casa de un predicador *reformador* de los alrededores de Gumbinnen; despues en casa del caballero de Hulsen, de Arensdorf, en Mohremgen; y por último, en casa del conde Kayserling, de Rautenburg, que pasaba en Koenisberg la mayor parte del año. Estos nueve años constituyen en la vida de Kant un período de calma, y carecemos de pormenores de ella. Kant mismo confesaba que valia mucho más su teoría pedagógica que la práctica, ó, como en otros términos expresaba esta contradiccion, que los mejores principios formaban los peores preceptores. Por lo demás, parece que supo tener gran tacto y habilidad en la difícil posicion de preceptor en una casa particular, porque de sobra nos lo prueban el cariño y adhesion que se creó en el corazon de sus discípulos y el aprecio de sus padres. Con la familia Hulsen y Kayserling estuvo siempre relacionado, y con la última, en particular, mantuvo relaciones muy íntimas. Algun tiempo despues le fué entregado como pensionista, en su casa, uno de los jóvenes Hulsen, y tambien se notó que el primer propietario prusiano que libró á sus aldeanos de la servidumbre, fué precisamente el discípulo de Kant.

#### IV.

##### LOS EMPLEOS ACADÉMICOS.

##### 1.—*Carrera y habilitacion.*

En 1755 llegó por fin el momento de aspirar á los grados académicos, época por cierto desfavorable bajo el punto de vista científico, porque sobrevino esto un año ántes de la guerra de los siete años. El 12 de Junio de 1755 fué Kant nombrado doctor despues de una disertacion sobre el fuego, que fué de la aprobacion completa de su antiguo profesor Teske, y hecho *privat docent* de la universidad de Koenisberg, despues de otra disertacion pública hecha el 27 de Setiembre del mismo año sobre los principios de los conocimientos metafísicos. Con arreglo á una real orden de 1749 no podia nadie ser admitido al profesorado extraordinario sin haber sostenido ántes tres discusiones sobre una disertacion impresa. Llenó Kant este requisito con una discusion sobre la monadología física. Estaban, pues, franqueados los primeros grados de la carrera académica. Hasta ahora habia subido

Kant merced á sus propios esfuerzos, y muy de prisa por cierto. Pero de hoy en adelante necesitaba el apoyo de la suerte y de las circunstancias, y éstas le fueron tan desfavorables que solo adelantaba en su carrera con una extremada lentitud. Quince años estuvo Kant de *privat docent* ántes de obtener la merced de entrar en la universidad como profesor ordinario.

Debemos indicar aquí los obstáculos que se interpusieron en su camino, y que tan lento hicieron el progreso de su carrera académica. Apenas terminó Kant su tercera disertacion, se presentó para el profesorado extraordinario de matemáticas y filosofía. Con motivo de la muerte de su profesor Knutzen estaba esta clase vacante desde 1751. La guerra era inminente en estos momentos, y habia decidido el gobierno prusiano no conceder ninguna cátedra extraordinaria. Su nombramiento fracasó esta vez. Dos años más tarde, en 1758, vacó tambien la cátedra ordinaria de lógica y metafísica, y era menester proveerla á pesar de la guerra. Pretendió Kant la clase con otro *privat docent*, llamado Buck. A principios del mismo año habian invadido los rusos la provincia de Prusia; el 22 de Enero entraron en Koenisberg. Toda la administracion de la provincia, la civil y la militar y la distribucion, por consiguiente, de los puestos académicos estaban en manos de un general ruso. Apoyaba la candidatura de Kant su antiguo profesor Schultz, cuya conducta en esta ocasion es bastante característica. La benevolencia que prestaba á su antiguo discípulo luchaba en su ánimo con las sospechas que le inspiraba el desertor de la teología. Era Schultz un wolfiano ortodoxo y en la tésis de recepcion se habia mostrado Kant contrario á Wolf en cuestiones muy capitales. Tenia, pues, Schultz más de una razon para permanecer indeciso. Pero queria convencerse ante todo en lo que toca á la fé. Hizo llamar á Kant, y apenas hubo entrado en su cuarto, le preguntó: «¿Teneis en vuestro corazon el temor de Dios?»—Indudablemente tenia la pregunta más trascendencia que la que le supone Borowski creyendo que fué sencillamente un medio para hacer que callara Kant. No fué Kant más afortunado en esta ocasion. El general ruso le excluyó y dió la cátedra á su rival.

Al fin de la guerra fueron mejorando los tiempos. Pedro III subió al trono á principios de 1762; hízose la paz entre Prusia y Rusia; la hostilidad se convirtió en alianza; devolviéronse las provincias conquistadas, y volvió la universidad de Koenisberg á ser regida por la administracion prusiana. Así por sus lecciones como por sus escritos, uno de los cuales acababa de ser premiado por la Academia de Berlin, se habia atraído Kant la atencion del gobierno pru-



siano. Se dijo que le darian la primera cátedra vacante. En Julio de 1762 vacó, en efecto, una clase; pero—nuevo contratiempo—la clase era de *poesía*. Kant no podia naturalmente pretender ese puesto, que entre otras funciones, imponia al propietario la obligacion de juzgar todas las poesías de circunstancias; y de hacer las oficiales para las grandes solemnidades, navidad, coronaciones, natalicios, etc. La guerra habia concluido, y era indispensable proveer la vacante; el gobierno se fijó en Kant. El ministro encargado de la administracion de las universidades escribió al *curatorium* de Koenisberg pidiéndole informes sobre cierto *magister* de aquel lugar, llamado Manuel Kant, que ya el gobierno conocia por algunos escritos suyos que demostraban un profundo saber, y preguntando si tenia las dotes necesarias y el deseo de ser profesor de poesía. No aceptó Kant el empleo, y se recomendó para otra ocasion. Respondió el ministro «que seria colocado el *magister* M. Kant tan pronto como hubiera una ocasion, para honor y utilidad de la Academia de Koenisberg.»

Se presentó esa ocasion al año siguiente, aunque sin ser todavía una cátedra, sino el modesto puesto de subbibliotecario del palacio real, con el sueldo no ménos modesto de 62 thalers anuales. Por órden del gabinete, fecha 14 Febrero de 1766, fué otorgado este puesto «al hábil *magister* Kant, célebre por sus escritos científicos.» Este fué su primer empleo oficial. Tenia á la sazón 42 años.

Por último, despues de quince años de esperar, despues de tantos infructuosos esfuerzos, llegaba Kant al puesto que tan merecido tenia. En Noviembre de 1769 recibió el nombramiento para la universidad de Erlangen de profesor ordinario en la materia á que se habia consagrado; en Enero del año siguiente le ofreció la misma clase la de Jena. Como no se le ofrecia nada en Koenisberg, se disponia ya á aceptar la proposicion de Erlangen. Casi habia cerrado sus compromisos, cuando se le ofreció en Koenisberg la perspectiva de la cátedra de matemáticas. Buck, aquel que obtuvo del general ruso la clase de lógica y metafísica, pasó á aquella cátedra y fué nombrado Kant profesor de la que dejaba vacante, en Marzo de 1770, consiguiendo al fin la clase que en vano pretendió doce años atrás. El 20 de Agosto de 1770 inauguró su profesorado con la tesis: «de la forma y de los principios del mundo sensible é inteligible.» El que respondió en esta ocasion fué Marcus Herz, uno de sus más distinguidos discípulos. En esta disertacion están contenidos los principios de la filosofía crítica. Kant habia hallado ya su nuevo camino, y en este escrito penetraba en él defendiendo las bases de una filosofía

completamente nueva. Así, el año de 1770 constituye en su vida un momento muy importante, y hace época, así por su vida exterior, como por el desenvolvimiento científico de su espíritu.

Sin ningun otro título honorífico ocupó Kant hasta su muerte esta cátedra, cuyos deberes cumplió con escrupulosa puntualidad todo el tiempo que le fué posible. En 1772 se desprendió del cargo de bibliotecario, que á más de serle molesto, le robaba un tiempo precioso, y se entregó por completo á sus lecciones y estudios. Durante esta docena de años estuvo constantemente preocupado con la gran idea de una trasformacion completa de la filosofía. Progresaba con gran lentitud en la facultad. Sólo los cuatro primeros miembros de ésta tenían asiento en el Senado académico. En 1780 alcanzó Kant el cuarto lugar en la facultad, y la entrada por consiguiente en el Senado. En el verano de 1786 fué por vez primera rector de la Universidad, y como tal tuvo que hablar en nombre de la *Albertina* (1) al rey Federico Guillermo II que acababa de subir al trono, y que se encontraba en Koenisberg para recibir el homenaje de esta ciudad. Apunta Borowski en su manuscrito que Kant fué muy distinguido en esta ocasion, especialmente por el ministro Herzberg. Nosotros, por nuestra parte, decimos que Kant, que no buscaba tales honores, borró esas líneas en el manuscrito. En el verano de 1788 fué rector por segunda vez, y antes de 1792 *senior* de toda la facultad y tambien de toda la Academia (2).

## 2.—Profesorado.

Hemos indicado las condiciones exteriores de su posicion oficial. Debemos ahora tratar de cómo llenó sus funciones, de la extension y naturaleza de sus lecciones académicas. En el invierno de 1755 al 56 dió Kant su primera clase. Borowski asistió á la apertura del curso. «Vivia entonces—nos dice este—con el profesor Kypke, en la ciudad nueva. Un número increíble de estudiantes ocupaba por completo la vasta sala que allí habia, el vestíbulo, y se extendia hasta las escaleras. Esto parecia embarazarle. No teniendo el hábito de estas cosas, casi perdió el dominio de sí mismo, hablaba más bajo que de costumbre y se corregia frecuentemente. Pero esto hacia crecer nuestra admiracion por aquel hombre que

(1) Nombre de la universidad de Koenisberg.

(2) Para saber el estado de su posicion económica basta el hecho de que al advenimiento de Federico Guillermo II recibió el aumento de 220 thalers y que tuvo desde entonces 620 thalers anuales.

creíamos todos de un vastísimo saber, y que, sin temor verdadero, se presentaba ante nosotros con tan grande modestia. En las lecciones siguientes ya no sucedió lo mismo, y no solo fueron profundas sus explicaciones, sino también fáciles y amenas.» Todos los que le oyeron coinciden en decir que sus lecciones eran interesantísimas, de grandísima doctrina, y que cuando el objeto que trataba lo requería, les imprimía grandísimo vuelo y elevación. El fin que Kant seguía en sus explicaciones era el del profesor, y sobre todo del profesor de filosofía. Antes que propagar ideas propias, excitaba en sus discípulos el estímulo y los inclinaba al propio pensamiento. Mil veces dijo él, desde lo alto de su cátedra, que no se viniera allí á aprender *filosofía*, sino á *filosofar*. No era su objeto transmitir resultados adquiridos, sino que delante de sus mismos oyentes procedía á la investigación, les hacía seguir la operación científica y brotar á sus ojos las concepciones justas, despertando de esta suerte en ellos la actividad del pensamiento, y á la vez encadenando la atención y el espíritu de los que le escuchaban. Es lógico que no sirvieran para todas las cabezas semejantes lecciones, que solo se atrajeran las inteligencias algo elevadas y que se alejaran los espíritus mediocres, probablemente los más numerosos. Tampoco le gustaban los que escribían, y no quería oyentes que por completo se entregaran á su palabra. A causa del constante cuidado de provocar la meditación en sus oyentes, y de preferir que la verdad brotara del espíritu de los otros á publicarla él mismo, puede decirse que nunca fué Kant *dogmático* en su clase, ni aún como profesor de filosofía.

Hacia sus cursos, según costumbre, por manuales impresos, que, así á sus discípulos como á él, fueron muy útiles por el gran número de cursos que dió. No se sujetaba, sin embargo, al manual, ni se rebajó á convertir sus cursos en meras explicaciones de los párrafos impresos. Empleaba en él también aquella espontaneidad que quería surgiese en el ánimo de sus oyentes. Sin traba alguna, se entregaba por completo al libre curso de sus pensamientos, y cuando estos le arrastraban demasiado lejos del tema dado, cortaba de repente el hilo con un: «así sucesivamente,» ó «etcétera,» y cogía de nuevo el asunto con un «*in summa, señores.*» Pero lo que sobre todo cautivaba á sus oyentes, aun á los más incapaces de pensar por sí mismos, era, además de aquella libertad en sus explicaciones y de sus maneras llenas de animación, las aplicaciones interesantes, graciosas y á veces poéticas que hacía cuando, para hacer más claras sus lecciones, buscaba ejemplos y comparaciones en los poetas, viajeros ó historiadores. Dada esta manera de tratar las cuestiones, cualquier

interrupcion del cuidado que tenia que observar, le era en extremo desagradable. La cosa más insignificante, si no estaba habituado á ella, por ejemplo, una singularidad en el traje de un estudiante, bastaba para turbarle. Cuenta Jachmann un rasgo de este género, muy característico y á la vez muy cómico. Dice que tenia Kant costumbre de fijar sus ojos, para recojerse en sí mismo cuando hablaba, en uno de sus oyentes más cercanos, como si á él fueran dirigidas todas sus demostraciones. Estaba un dia cerca de él un estudiante á quien faltaba en la levita un boton: Kant advirtió este hueco. Sin cesar caia involuntariamente su mirada en el sitio del boton, como si contemplara algun defecto de la naturaleza; todo el curso de la leccion se le notó excesivamente turbado.

El círculo obligado de su enseñanza comprendia las asignaturas que habia profesado: matemáticas, física, lógica y metafísica, y además derecho natural, moral, teología natural, geografía física y antropología. Los manuales de que se servia eran: en matemáticas y física, los de Wolf y Eberhard; en lógica; el de Baumeister, despues el de Meier, y en metafísica, el de Baumster al principio, despues el de Baumgarten.

Desde 1760 empezó á estender el campo de sus lecciones á fin de hacer más atractivos los estudios académicos y de propagar los adelantos de las ciencias. Para los teólogos daba el curso de filosofía de la religion ó teología natural, para otros antropología y geografía física. Desde que publicó en 1763 y 1764 su disertacion sobre «la única base posible para la demostracion de la existencia de Dios» y sus «observaciones sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime,» entraron estas materias en sus esplicaciones bajo el nombre de «Crítica de las pruebas de la existencia de Dios» y «Tratado de lo bello y de lo sublime.»

Con el más riguroso celo llenó Kant durante cuarenta años sus deberes académicos. Despues vinieron los obstáculos: primero, el conflicto que tuvo con el gobierno; segundo, su avanzada edad. En 1794 interrumpió su curso de teología racional, causa del conflicto con el gobierno. En el verano de 1795 suspendió todas sus lecciones particulares, y solo continuó con las públicas de lógica y metafísica. Por último, en el otoño de 1797 terminó para siempre sus cursos académicos.

Hacia sus cursos en las horas diarias, rigurosamente determinadas, como en general acostumbraba en la distribucion de su tiempo. Cuatro veces por semana daba sus lecciones, de siete á nueve de la mañana, dos veces, de ocho á diez, y además el sábado de siete á ocho las repeticiones. Tuvo siempre estas horas con la mayor puntualidad. Asegura Jachmann

que en los nueve años que estuvo oyendo á Kant no se acuerda de una sola vez que faltara á sus clases, ni que se haya hecho esperar un cuarto de hora.

Bien se comprende que en el curso de cuarenta años poco á poco se fueran apagando sus fuerzas oratorias, mucho más si se recuerda que no le acompañaban las físicas, y sobre todo la debilidad de voz que siempre tuvo. Mientras influían en el ánimo de los oyentes, la vivacidad de las lecciones, el nombre del maestro y la novedad del asunto, parece como si la misma debilidad de aquel órgano fuera una causa más para atraerse la atención de aquellos oyentes. Con el tiempo era lógico que perdieran sus lecciones la vivacidad que antes tenían. En los primeros años podía Kant influir poderosamente, y hasta arrastrar á los más impresionables, sobre todo cuando valiéndose de Pope y Haller, sus poetas favoritos, se entregaba á los trasportes de su fantasía. Una de estas lecciones debió ser la que enamoró en tal grado á un oyente, que éste reprodujo todos los pensamientos en una composición poética, que al otro día por la mañana enviaron á Kant. Gustó tanto la poesía al filósofo, que no pudo dejar de leerla en la clase. El oyente poeta era Herder, que á la sazón (1762-1764) estudiaba en Koenisberg, y seguía los cursos de Kant. Recordando más tarde Herder en sus cartas sobre el progreso de la humanidad los tiempos de su juventud académica, trazó el retrato de su antiguo maestro con los más vivos y entusiastas colores. El pasaje que dedica á la memoria de Kant le hace más honor que la desentonada y errónea polémica que más tarde sostuvo contra la filosofía crítica. «Yo tuve la dicha—dice él—de conocer á un filósofo, que fué mi maestro. En los años más florecientes de su vida tenía la jovialidad de un mancebo y creo que siempre la tuvo hasta en su edad madura. Su ancha frente, que indicaba la fuerza del pensamiento, era morada de permanente jovialidad; salía de sus labios la palabra más abundante en pensamientos; disponía á su antojo del chiste, del humor y de la broma, de suerte que sus lecciones, á la par que científicas, eran el entretenimiento más agradable. Con el mismo interés examinaba á Leibnitz, Wolf, Baumgarten, Crusius, Hume, estudiaba las leyes de Newton, de Keplero y otros físicos; daba entrada á los escritos de Rousseau, *Emilio* y la *Eloisa*, que entonces acababan de publicarse, así como también á cuantos descubrimientos científicos ocurrían, viniendo á parar siempre en el conocimiento imparcial de la naturaleza y en el valor moral del hombre. La historia de la humanidad, de los pueblos, de la naturaleza, de las ciencias naturales y la experiencia eran siempre las fuentes de que se

valia para dar animacion á sus explicaciones: nada digno de ser sabido le era indiferente; buscando siempre la verdad y su propagacion, no conocia kábalas, ni sectas, ni prejuicios, ni personal vanidad. Animaba y hasta obligaba á sus oyentes á pensar por propia cuenta. Ignoraba lo que era el despotismo. Ese hombre, que con el mayor respeto, que con el más vivo agradecimiento nombro, es *Manuel Kant*: tengo ante mis ojos su agradable imágen.» (1)

Treinta años más tarde vino Fichte á Koenisberg para oír á Kant. Despues de asistir á su clase escribió Fichte en su diario: «He oído á Kant y tampoco me ha satisfecho. Su explicacion es soporífera.» Habia llegado Fichte á Koenisberg con una idea tan exagerada de Kant, que el Kant real no correspondia á ella. No es esto una censura para Kant, todo lo contrario. Podrá ser tan justo el juicio de Fichte como el de Herder. Las explicaciones que Herder oyó son treinta años anteriores á la que oyó Fichte.

Los cursos más concurridos de Kant eran los de antropología y de geografía física, dedicados á la generalidad de las gentes cultas.

En ellos queria Kant propagar este género de conocimientos útiles é importantes sobre el mundo y la naturaleza humana, que él poseia en gran cantidad. El estudio asídúo de los pueblos y de los hombres era para él una especie de recreo á la vez que le servia de complemento á sus investigaciones filosóficas. Mas desde todas partes se dirigia siempre su pensamiento hácia un objeto único, al cual afluián como á su punto céntrico: *la naturaleza humana*. Para conocer á la naturaleza humana como tal, anterior é independiente de toda esperiencia, es necesario el sentido especulativo que la filosofía crítica ha creado. Para conocer á la naturaleza humana tal como la esperiencia la presenta, como dentro del mundo aparece, es necesario un conocimiento profundo y extenso de la esperiencia del mundo. Kant, que nunca habia viajado, no podia obtener ese conocimiento por propias observaciones. Así, reemplazó los viajes con la lectura asídúa y detenida de las narraciones de viajeros. Al lado de una excelente memoria poseia una gran fuerza de imaginacion que le permitia representar las cosas en todos sus detalles y conservarlas con tal claridad que parecia tenerlas delante de sus ojos. Hablaba con tal exactitud é interés de las particularidades de un país ó de una ciudad, que más de una vez se le hubiera tomado por un *touriste*. En una ocasion describia el puente de Westminster de Lóndres, su forma, dimensiones y medida con

(1) Herder's, Werke Philosophie und Geschichte. Bd. XIV.

tanta claridad y vida, que un inglés que le estaba oyendo le tomó por un arquitecto que habria vivido muchos años en Londres. Del mismo modo hablaba otra vez de Italia, como si hubiera conocido á ese país por larga y propia esperiencia.

De todo esto se comprende el interés que debian tener sus lecciones sobre geografía física, animadas por tal riqueza de conocimientos y por imaginacion tan extraordinaria. Así, concurrían á estos cursos, no solo jóvenes estudiantes, sino tambien un gran número de personas de edad madura y de las más diversas profesiones. Y estaba tan estendida la reputacion de estas lecciones, que desde puntos muy lejanos se mandaban á pedir los extractos. Entre estos lejanos lectores de Kant se encontraba el ministro prusiano von Zedlitz, que siguiendo á las inspiraciones del rey Federico favorecia el progreso, y particularmente la filosofía kantiana. Un año despues de haber inaugurado Kant su profesorado ordinario, fué puesto von Zedlitz al frente del departamento eclesiástico y encargado de la alta inspeccion de la enseñanza prusiana. Tenia encargo de dejar el campo más libre á las opiniones, particularmente las científicas, y cuidar al mismo tiempo de que doctrinas rancias y manuales antiguos y fuera de uso, no perjudicaran á la instruccion pública. Animado de este espíritu escribió el ministro en Diciembre de 1775 á la universidad de Koenisberg, prohibiendo á los profesores hacer sus cursos y esplicaciones sobre manuales anticuados. La enseñanza debia ser filosófica y no debia esplicarse más la filosofía de Crusius. Entre honrosas escepciones se hacia especial mencion de Kant y Reusch, á quienes se designaba como modelos para los otros profesores. Los crusianos intransigentes como Weymann y Wlochatus recibieron aviso de esplicar sobre otros asuntos. Sin duda alguna en esta órden—muy oportuna desde luego—hay algo de imperativo, como de por sí lo producía el racionalismo ilustrado de la época: en ella se ordena á los profesores que cesen de ser estrechos en sus miras.

Zedlitz tenia de Kant altísima opinion. En 1778 le escribia: «estoy asistiendo ahora á vuestro curso de geografía física, mi estimado profesor Kant, y lo ménos que puedo hacer es enviaros mi agradecimiento. Esto tal vez os admire, efecto de las ochenta millas que nos separan; pero yo tambien debo confesaros que estoy en la situacion del estudiante que ó está muy lejos del profesor, ó no está habituado á su pronunciacion, porque el manuscrito que estoy leyendo está escrito de una manera muy incorrecta y confusa. Sin embargo, por lo que he logrado descifrar, se han aumentado extraordinariamente mis deseos de leer lo restante.»

Al quedar vacante en el mismo año la cátedra de filosofía

en Halle por la muerte de Meier, ofreció el ministro á Kant la primera cátedra de filosofía de Prusia en las más brillantes condiciones. Ni el gran sueldo, ni la perspectiva de un mayor auditorio, ni el título que para él tenia dispuesto el ministro fueron bastante para alejarle de su querido Koenisberg.

## V.

### LA NUEVA DOCTRINA, DESARROLLO DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA.

Hallábase Kant á la sazón ocupado en la preparacion de su obra capital. Lo que él ya habia descubierto y presentado con completa claridad en su disertacion inaugural, era el gérmen del nuevo sistema filosófico. Con lentitud y seguridad, como lo requería la dificultad del asunto y la profundidad de Kant, avanzaba hácia su término este grandioso trabajo intelectual. Era, además, tan vasto el campo de estas nuevas investigaciones que cada paso que le aproximaba hácia su fin, parecia más bien alejarlo. Kant por lo ménos creyó terminar su trabajo mucho antes. Las cartas que en esta época escribia á Marcus Herz, de Berlin, nos dan algunos datos sobre los retrasos que su obra experimentaba. Al mismo tiempo son esas cartas las únicas que nos dan algunos detalles sobre la elaboracion de la filosofía crítica.

La idea de una nueva filosofía estaba presente al espíritu de Kant con toda claridad desde 1770. Sabia que se necesitaba una crítica de la razon pura en su relacion con los conocimientos teóricos y los prácticos. Ya en Febrero de 1772 escribia él á Herz: «Estoy haciendo una exposicion, una crítica de la razon pura que contiene la naturaleza del conocimiento teórico y práctico (en tanto que es meramente intelectual), cuya primera parte, que contiene las fuentes de la metafísica, su método y límites, para fundar más tarde los principios puros de la moral, publicaré de aquí á tres meses» (1). La obra toda debia abarcar en sus dos partes lo que despues apareció en las tres críticas separadas: de la razon pura, de la razon práctica y del juicio. Kant pensaba entonces poder concluir en tres meses la crítica de la razon pura y publicarla.

En Junio del mismo año escribia á Herz que en esos momentos estaba ocupado en una obra sobre los *límites de la*

(1) J. Kant's Briefe, herausgegeben von Schubert. Saemtliche Werke. XI. Abth. I. J. 2S.



*sensibilidad y de la razón*. Estas dos partes son, pues, las investigaciones que comprendía más tarde la crítica de la razón pura en sus doctrinas elementales (como estética y lógica trascendentales). Sin embargo, él observó bien pronto que no solo ha de estar fundado el conocimiento, sino que debe ser exactamente limitado, y que para la completa solución de la cuestión crítica era también necesario «una disciplina, un canon, una arquitectónica de la razón pura,» en una palabra, lo que más tarde llamaba *método* la crítica de la razón pura. «No pienso»—escribía Kant en Noviembre de 1776—«concluir este trabajo antes de pascuas, y creo más bien que le dedicaré una parte del verano próximo.» Al mismo tiempo se quejaba de su salud siempre quebrantada.

Sobre el sistema de la nueva filosofía y sobre la idea del todo, no tenía ya Kant duda alguna. Mas antes de toda deducción sistemática, era preciso producir las bases por medio de la misma indagación crítica. Esta crítica de la filosofía estaba llena de dificultades, sobre todo para la forma de exposición que debía ser conveniente y comprensible para todo el mundo. Así escribía Kant en Agosto de 1777 que esta crítica era como una piedra en medio del camino de su trabajo sistemático, que toda su ocupación consistía entonces en apartarla á un lado, y que para el invierno esperaba haberlo conseguido por completo. El trabajo avanzaba. Sin embargo, tampoco estuvo concluida en el verano del año siguiente. No estaba la dificultad en el número de pliegos, sino en el mismo asunto. «Yo espero,» decía en una carta de este año, «que encontrareis justificada la causa de la tardanza en la naturaleza de la cosa y del proyecto mismo.» En otra carta de Agosto de 1778 habla él de su obra como de un «Manual de Metafísica» en que incesantemente trabaja. En ese mismo año tomaron también sus lecciones de metafísica otro carácter distinto. Hablando Kant en esa carta de las explicaciones, dice que se separan mucho de las anteriores y de las ideas generalmente admitidas.

Al fin, el 1.º de Mayo de 1781 escribía Kant: «En estas ferias de pascua saldrá un libro mio con el título de *Crítica de la Razón pura*. Se imprime en la casa de Hartknoch, de Halle. El libro contiene el resultado de las múltiples investigaciones que comenzaron por los conceptos que discutimos juntos bajo el nombre de *mundi sensibilis et intelligibilis*. Para mí tiene una gran importancia someter la suma de todos mis esfuerzos al juicio del hombre profundo que se dignaba interesarse por mis ideas y que las comprendía con tanta penetración.»

La aparición de esta obra constituye en la historia de la filosofía la época crítica. Habían pasado diez años desde que Kant anunciaba publicarla á los tres meses, y sólo tres desde que

decía que iba á contener sólo algunos pliegos. Pero estos pocos pliegos se convirtieron en un abultado volúmen. Esta obra es una de las más difíciles que se han publicado, y al mismo tiempo, lo que es todavía más raro, una de las más acabadas y meditadas. Pero al mismo tiempo que por esta obra se rejuvenece por completo la filosofía y se abre una nueva era para ella su autor, de cincuenta y siete años de edad, pone los pies en las puertas de la vejez. De naturaleza débil, de constitucion enfermiza y de extremada sensibilidad necesitaba ahora de toda la fuerza de su voluntad y de todo el tiempo que le quedaba para educar aquel hijo tan retardado. Las nuevas bases están dadas, y sobre ellas hay que levantar la nueva doctrina. Kant consagra cada vez más sus fuerzas á esta obra, y la mira como objeto de su vida. Economiza el tiempo más que nunca, porque avanzan los años y le queda todavía mucho por hacer, siendo él quien únicamente puede hacerlo. Visita con ménos frecuencia, escribe muy pocas cartas, á veces se pasa un año para contestarlas; todo su tiempo de trabajo lo absorben sus ocupaciones oficiales y filosóficas.

## 2.—*Las obras posteriores.*

En la *Crítica de la Razon pura* se indicaban claramente los problemas que debían ser resueltos. Ante todo era necesario comprender bien la misma investigacion kantiana, el espíritu de la filosofía crítica y su punto de vista completamente nuevo. El primer juicio que de la obra se publicó entonces y por persona competente, nos hace ver cuán lejos estaban de su justa interpretacion las primeras inteligencias de la época. Garve, que se hallaba en los baños de Pymont, recibió la *Crítica de la Razon pura* entre otros libros nuevos. Al poco tiempo daba cuenta de ella en los *Anuncios científicos de Goettingen*, y ponía la doctrina de Kant al lado del idealismo dogmático de Berkeley. Y cuenta que Kant habia tomado un punto de vista tan alejado y distinto del idealismo como del realismo de la época dogmática y de toda direccion dogmática ó escéptica. Se creyó, empero, que la *Crítica* estaba demasiado cerca del idealismo de Berkeley y del escepticismo de Hume.

Kant no podia tolerar una interpretacion tan estraviada, y para hacer ver los puntos que principalmente debían hacerle distinguir de Berkeley y Hume, y facilitar al mismo tiempo la mejor interpretacion de su obra, escribió en 1783 sus «Prolegómenos de toda metafísica futura.» Con este fin tambien modificó algunos puntos esenciales en la segunda edi-

cion de la *Crítica de la Razon pura*, y entre las dos ediciones ha establecido *diferencias*, cuya importancia para el carácter é inteligencia de la filosofía crítica hicieron observar, primero Jacobi y despues Schopenhauer. Mas no nos ocuparemos aquí del desarrollo filosófico de Kant, sino en cuanto esto se relaciona con su vida exterior.

Las primeras cuestiones que la crítica presenta se refieren al modo de fijar los principios para el conocimiento de los fenómenos sensibles, para la conducta moral, para el gusto y la consideracion teleológica de las cosas en general. Se trataba en primer lugar de establecer las bases metafísicas de las ciencias naturales y de la moral. Kant resolvió este problema en los diez años de la crítica. En 1785 publicó las «Bases de la metafísica de las costumbres;» en 1786 los «Principios metafísicos de las ciencias físicas;» en 1788 la «Crítica de la razon práctica,» y, por último, en 1790 quedó terminada en sus principales lineamientos toda la obra crítica, con la publicacion de la «Crítica del Juicio.» Con esto quedó establecida toda la doctrina de la filosofía moderna, y el último decenio que resta de siglo fué tambien el último de actividad científica para nuestro filósofo.

Despues de haber sido descubiertos la facultad y límites de la razon humana á la luz de la nueva filosofía crítica, y despues de haber sido desarrollado todo lo que de la sola razon se deriva, faltaba todavía exponer á esta nueva ciencia de la razon en sus relaciones con todo lo que en nuestra vida espiritual no se deriva únicamente de la razon pura. Era necesario establecer una diferencia entre lo *racional* y lo *positivo*. Toda la claridad y exactitud que habia puesto Kant en su arte crítica para lo racional, debia mostrarse tambien en su oposicion con lo positivo. Esta oposicion habia sido concebida en la filosofía de Kant con mucha mayor profundidad que en la filosofía racionalista, pareciendo así aproximarse la futura conciliacion. En el punto de vista completamente nuevo de Kant, y fundado en lo más íntimo de la naturaleza humana, pueden existir y ser aceptados elementos tales de las creencias positivas, que la filosofía anterior, que hizo exclusion de todas ellas, solo supo negar. Pero eran, sin embargo, inevitables la lucha y la oposicion. En primer lugar, encontró Kant delante de él, y en primera línea, á la fé bajo la forma de religion positiva; en segunda, al derecho bajo la forma del estado positivo, históricamente dado, y, por último, á las ciencias positivas, personificadas en lo que se llamaba Facultades superiores, por oposicion á la facultad de filosofía. Su último hecho crítico fué exponer y conciliar esta lucha de facultades. Sus doctrinas sobre la religion y el Es-

tado fueron la vanguardia que inició la batalla general. Y aquí, en el choque con la religion positiva, tropezó Kant, como era de esperar, con los más pertinaces enemigos que halló fuera de la ciencia.

KUNO FISCHER.

*(Terminará en el próximo número.)*

---

## LAS LÁGRIMAS.

---

(ORIGINAL DE BAUERNFELD.)

Que has llorado me dicen hoy tus ojos.  
 ¿Qué te atormenta, dulce criatura?  
 ¿Qué es lo que dá motivo á tu tristura?  
 ¿Cuál es la causa, dí, de tus enojos?

Ora rias ó llores sin consuelo,  
 siempre bella serás cual los querubes,  
 que el cielo, aunque lo cubran pardas nubes,  
 nunca puede dejar de ser el cielo.

Traduccion de A. CHARRO-HIDALGO.

---

## EL PINO DEL NORTE.

---

(ORIGINAL DE E. HEINE.)

Un pino solitario,  
 sobre árida colina,  
 levántase en la helada  
 region septentrional;  
 cubierto su ramaje  
 del manto de la nieve,  
 que extiende en la campiña  
 su lúgubre caudal,  
 y en su tristeza sueña  
 con la gentil palmera  
 que en el lejano Oriente,  
 bajo el ardiente sol,  
 se mece silenciosa  
 y gime solitaria,  
 sobre escarpada roca  
 de un suelo abrasador.

Traduccion de E. LOPEZ IRIARTE.

---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Dar cuenta sumaria, pero exacta y razonada, de las principales manifestaciones de la vida intelectual de España, ya examinando los libros más importantes que se publiquen, ora reseñando los debates y trabajos de todo género de las Academias y Ateneos, ya, en fin, dando idea de las producciones que aparezcan en nuestros teatros, es el objeto de estas revistas críticas, que han de ser, según esto, una sumaria, pero fidelísima crónica del movimiento intelectual de España.

En este país—donde, no resuelta todavía la célebre cuestión planteada por Larra acerca de *si no se lee porque no se escribe ó no se escribe porque no se lee*, apenas se publican al año media docena de obras y se representan otras tantas producciones dramáticas que merezcan especial mención—la tarea que nos imponemos no deja de ofrecer serias y casi insuperables dificultades. En Francia, Inglaterra ó Alemania el obstáculo mayor que encuentra el crítico es el exceso de original, y lo que más perplejidad le produce es *l'embarras du choix*; aquí la dificultad estriba precisamente en lo contrario, y véase cómo distintas y aun opuestas causas pueden producir los mismos efectos.

En cualquiera de los países que hemos citado, las prensas arrojan diariamente multitud de producciones sobre todos los ramos del saber humano; numerosas Asociaciones científicas y literarias, oficiales ó libres, sostienen la vitalidad intelectual con multiplicados debates, cátedras y conferencias; Congresos y Asambleas de todo género ventilan los más árdulos problemas de la ciencia; los teatros ofrecen constantemente producciones nuevas y dignas de estima; en suma, una actividad verdaderamente asombrosa suministra abundantísimos materiales á los que se dedican á trabajos de la índole del presente.

Aquí, por el contrario, la actividad intelectual apenas se manifiesta. La vida del espíritu se halla reconcentrada en Madrid y unas cuantas capitales de provincia, y aun en estos puntos solo se manifiesta en algunas, muy pocas, publicaciones verdaderamente notables, y en los debates de algunos centros científicos y literarios. En Madrid solo se halla vida intelectual en el Ateneo, en la Academia de Jurisprudencia y en la Sociedad española de Historia natural, pues las Academias oficiales duermen el sueño de los justos, del cual solo despiertan el día de la inauguración anual de sus tareas ó de la recepción de algún individuo. A los trabajos de estas corporaciones, á las escasas publicaciones que hemos mencionado y á algunas producciones dramáticas se reduce ¡triste es decirlo! la vida intelectual de nuestra patria.

¡Y aun si esta actividad se desplegara en todas direcciones! Pero al paso que en el extranjero se cultivan por igual todos los ramos del saber humano, en España únicamente logran favor las bellas letras y la filosofía, yaciendo las ciencias experimentales en lamentable atraso. Cuando la Europa culta se preocupa ante todo de los árdulos problemas que suscitan estas ciencias; cuan-

do diarios y peregrinos descubrimientos enriquecen al tesoro riquísimo de este ramo del saber; cuando la naturaleza se deja arrancar sus más recónditos secretos, España apenas contribuye á este movimiento portentoso. Regístrese el catálogo de las publicaciones españolas, y difícilmente se hallará alguna que á ciencias naturales se refiera, y caso de hallarse, no competirá de seguro con las notabilísimas que aparecen en el extranjero. La generalidad de nuestros científicos da escasas pruebas de actividad, y, lo que es más triste, si algo hacen, muéstranse apegados á rancias doctrinas y á añejas y anti-científicas preocupaciones.

Hay, sin embargo, algunas señales de que en plazo no muy remoto cese este deplorable estado de cosas. La *Sociedad española de Historia natural*, debida á iniciativa individual y privada del apoyo del gobierno, ha iniciado una série de trabajos, que podrán ser comienzo de futuros progresos, y el Ateneo de Madrid, siempre solícito por la cultura patria, ha abierto un palenque en que luchan con éxito los partidarios de las novísimas direcciones de la ciencia experimental. Algo es esto, sin duda; pero ¡qué poco en comparacion del grandioso espectáculo que ofrecen Inglaterra y Alemania!

Mayor grado de vitalidad alcanzan las ciencias filosóficas. Años hace que un varon insigne, cuyo nombre no puede pronunciarse sin respeto, trajo á España el espíritu de la filosofía germánica, y dió nueva vida á nuestro pensamiento. A la sombra de la escuela fundada por aquel ingenio esclarecido se desarrolló el espíritu filosófico, rompiendo los lazos en que le sujetaran tantos siglos de opresion y fanatismo, y hoy nuevas direcciones y nuevas escuelas se disputan el estadio científico, con no escaso provecho de la pública cultura. Focos de este movimiento fueron la universidad y el Ateneo de Madrid; ya no lo es la primera por causas que no son de este lugar, pero en el segundo se conserva todavía la tradicion filosófica de los últimos años, y en su recinto resuenan, vigorosos y potentes, los acentos inspirados del pensamiento libre.

Pero lo que entre nosotros prepondera es la bella literatura, y justo es decir que si no atraviesa hoy uno de sus más prósperos períodos, tampoco se halla en grave decadencia. Un importante fenómeno se obra en ella, y es el desarrollo progresivo de la novela, género hasta el presente muy descuidado y abatido entre nosotros. En la actualidad contamos con novelistas que pueden sostener dignamente la competencia con los extranjeros, siendo de notar que ninguno de ellos imita los extravíos de los franceses, ni se complace en narrar inverosímiles aventuras ó sostener perniciosas teorías. Fernan Caballero, Valera, Alarcon y Perez Galdós figuran á la cabeza de los cultivadores de este género, y prueba no muy lejana del grado de perfeccion que alcanzan se encuentra en *El escándalo*, de Alarcon; en *Las ilusiones del doctor Faustino*, de Valera, y en los amenos *Episodios nacionales*, de Galdós, de cuya segunda série se ha publicado recientemente el primero, bajo el título *El equipaje del rey José*.

La poesía lírica, aunque falta de rumbo fijo, y muy apegada todavía á añejos ideales y al culto exclusivo de la forma, tampoco deja de ofrecer de vez en cuando producciones notables, y prueba de ello han sido en el presente año los *Gritos del combate*, del esclarecido ingenio D. Gaspar Nuñez de Arce, uno de nuestros poetas más elevados y profundos.

No así la dramática, hoy sumida en notoria decadencia, merced á la falta de tendencias y direcciones definidas, y al empeño de imitar escuelas extranjeras, ó resucitar géneros que ya no tienen razon de ser. Una inoportuna restauracion romántica, y una malhadada tentativa de trasladar á nuestra escena el romanticismo francés, han irrogado é irrogan gravísimos daños á nuestro teatro, y unido esto al retraimiento de los autores de valía, y á la incapacidad de nuestros poetas para cultivar el género cómico, han traído nuestra escena á un estado de marasmo verdaderamente lamentable. Harto lo va mostrando la triste historia del presente año cómico, señalada por ruidosos fracasos, y en la que únicamente aparecen como puntos luminosos dos producciones dignas

de loa: una, engendro atrevido de un potente genio, grande en sus defectos como en sus cualidades; otra, tentativa feliz de un autor novel, más lírico que dramático, pero fecundo en risueñas esperanzas. El lector comprenderá que nos referimos al drama del Sr. Echegaray y á la nueva produccion del señor Sanchez de Castro.

Estas dos novedades dramáticas son el único hecho literario digno de mencion en el presente año cómico, como lo es en el que pudiéramos llamar académico el discurso de apertura de la Academia española, leído por el ilustrado catedrático Sr. Canalejas. Pero ni de aquellas ni de éste hemos de ocuparnos, pues solo hemos de dar cuenta de lo más reciente, y tales producciones están ya sobradamente juzgadas por la opinion. Limitémonos, pues, á examinar lo que aparezca con mayores caractéres de novedad é interés más palpitante por tanto, y pongamos aquí punto á estas consideraciones preliminares, no ménos enfadosas por su extension que por su amargura.

\* \* \*

Pocas novedades bibliográficas tenemos que registrar por cierto. Despues del período de descanso que la naturaleza impone al espíritu durante los rigores del estío, han sido escasas las publicaciones de verdadero interés. Han abundado las traducciones, pero no así las originales, y áun entre las primeras pocas son las que merecen singular mencion.

Un traductor laborioso é infatigable, el Sr. García Moreno, ha comenzado á publicar la importantísima *Historia romana*, de Mommsen; obra verdaderamente clásica y digna de atencion por todos conceptos. El mismo señor publica la *Historia de la antigüedad*, de Max Duncker; la *Generacion de los conocimientos humanos*, de Tiberghien (ilustrada con discretas notas por los señores Salmeron y Gonzalez Serrano), y algunos trabajos de Kant. Digna es de elogio la actividad del Sr. García Moreno; pero es de lamentar que estas traducciones no sean directas; pues, desconocedor del idioma aleman, tiene que recurrir á versiones francesas, no siempre fieles, con lo cual desmerecen necesariamente las obras que traduce.

Entre las publicaciones originales merecen notarse los *Estudios jurídicos*, del Sr. Giner, uno de los catedráticos separados en fecha reciente por el Sr. Orvino. Es el Sr. Giner uno de los hombres más laboriosos y devotos de la ciencia que hay en nuestra patria. Poseido de devoradora actividad, no hay ramo del saber á que no dirija su atencion y en que no trate de ensayar sus fuerzas, si bien constituyen su peculiar esfera los estudios jurídicos. De su celo por la enseñanza, de su laboriosidad infatigable, guarda la universidad indeleble recuerdo: de su amor al estudio, de su fecundidad científica dan claras muestras sus numerosas publicaciones. Pensador vigoroso, aunque no muy original; escritor distinguido, pero algo conceptuoso y oscuro, más que por defecto propio por influencia de la escuela en que milita, el Sr. Giner es una de las ilustraciones de nuestra patria, y su nombre debe ser pronunciado con respeto por todos cuantos rinden culto á la ciencia y á la virtud.

Su último libro no constituye una verdadera novedad por haber sido ya publicados los trabajos de que consta, y que versan sobre la propiedad, el concepto de la soberanía y los caractéres distintivos de la política antigua y de la nueva. Impera en todos ellos el sentido de la escuela de Krause, y señalan por tanto una tendencia armónica en la intencion, ecléctica en la realidad, por lo que toca á la organizacion de la vida jurídica. El idealismo utopista de esta escuela, sus esperanzas casi mesiánicas en un porvenir de perfeccion que nunca llegará, sus vacilaciones entre la direccion individualista y el socialismo á que la arrastran con igual impulso, por una parte su concepto del individuo y por otra su concepto del derecho y del Estado, revélanse en este libro, que encierra cáusticas y amargas críticas de lo presente y risueñas esperanzas sobre lo futuro. No domina en él, por cierto, el sentido práctico y político, ni tampoco se hallan en sus páginas afirmaciones concretas y térmi-

nantes sobre cada uno de los puntos que en él se ventilan; antes bien, en la teoría de la propiedad muéstrase algo tímido el autor, y en la organización de los poderes del Estado descúbrese aquella vaga nebulosidad en que gusta de envolverse la escuela krausista y principalmente los que en ella representan una dirección relativamente conservadora como el Sr. Giner. Nada de esto impide, sin embargo, que el libro del ilustrado ex-catedrático sea acreedor á la atención de los hombres pensadores, por más que de él no reporten enseñanzas muy aplicables á la práctica los políticos.

Digno de mención es también un libro del Sr. D. Gonzalo Calvo Asensio, titulado *El teatro hispano-lusitano en el siglo XIX*. Dase en él noticia de los dramáticos más renombrados que España y Portugal han producido en la época presente, analizándose en términos sumarios sus principales producciones. Muchos de estos juicios son acertados é imparciales, otros no tanto; pero en todos ellos revela su autor muy estimables dotes. Parécenos, sin embargo, que no ha procedido con acierto al establecer una clasificación paralela de autores y obras. Con efecto, la mayoría de los dramáticos que estudia han cultivado juntamente el drama y la comedia, y al intentar una clasificación que á la vez comprenda autores y obras, el Sr. Calvo Asensio ha incurrido necesariamente en graves errores. Así, por ejemplo, se ocupa en el cap. IV, dedicado á la comedia social y filosófica, de escritores como Florentino Sanz, Ayala y Tamayo, cuyas obras más tienen de dramas que de comedias verdaderas, comprendiendo en el mismo capítulo á Ventura de la Vega, cultivador del drama histórico y de la tragedia clásica. Ni *D. Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz; ni *Locura de amor*, *Virginia* y *Un drama nuevo*, de Tamayo; ni *La muerte de César* y *D. Fernando el de Antequera*, de Vega, pueden incluirse en lo que llama (sin definirlo con mucha precisión) el Sr. Calvo Asensio *comedia social y filosófica*. Verdad es que tampoco alcanzamos la razón de que en este género incluya *El hombre de mundo*, de Vega, separando de él y colocando entre lo que llama *comedia de costumbres y de intriga* las obras de Eguilaz y de Larra, que por muchos conceptos pueden incluirse en la comedia que apellida social. Nace esto de un concepto equivocado de la comedia y del drama, sin duda; para el Sr. Calvo Asensio no hay drama, por lo visto, sin desenlace funesto, y por eso excluye del género dramático las obras de Ayala, de Eguilaz y de Larra. Para nosotros la esfera del drama es mucho más extensa y la de la comedia ménos, y no comprendemos por qué razón se han de rebajar á la categoría de lo cómico obras de la altura y profundidad de *El tanto por ciento* y *La bola de nieve*.

Esa misma falta de precisión en la determinación de los géneros obliga al Sr. Calvo Asensio á desconocer la existencia de un género que, armonizando lo que tienen de racional lo clásico y lo romántico, no cabe en rigor en ninguna de ámbas escuelas. Este género representan entre nosotros Tamayo, Ayala, Florentino Sanz, Hartzenbusch y García Gutierrez (en sus últimas obras), y es por esto error notorio incluir dentro del romanticismo á algunos de estos escritores. Por no tener en cuenta estas consideraciones califica de romántico el Sr. Calvo Asensio al autor de un modelo de tragedias clásicas del *Edipo*, é incluye en igual categoría á Hartzenbusch, Escosura y Fernandez y Gonzalez. Que haya elementos románticos en estos poetas no lo negamos; pero sí que sea lícito identificarlos con el duque de Rivas ó Zorrilla, por ejemplo.

Fuera de desear también que el Sr. Calvo Asensio hubiera descartado de su libro toda influencia política, con lo cual evitara algunas apreciaciones apasionadas y á veces inexactas, y despojara á los prólogos que sirven de introducción á las dos partes de su obra de cierto tono impropio de un trabajo científico y que recuerda demasiado el lenguaje de los Parlamentos y de los clubs. La ciencia y la literatura deben estar al abrigo de estas ingerencias de la pasión política, y el lenguaje del crítico nunca ha de confundirse con las invectivas del partidario.



Y como quiera que estas son las únicas publicaciones importantes de que tenemos noticia, y como no podemos ocuparnos, por falta de tiempo, del notable discurso pronunciado por el Sr. D. Eugenio Montero Rios, en el acto de la inauguración de la Academia de Jurisprudencia, pasamos á ocuparnos de los importantísimos debates del Ateneo de Madrid.

\* \* \*

Es el Ateneo de Madrid el reflejo más acabado de la cultura española, el palenque en que se dan cita todas las escuelas, todos los sistemas, todas las direcciones del pensamiento nacional. Una tradición no interrumpida de tolerancia y cortesía ofrece en él seguras garantías á la libertad de la palabra, que halló refugio inviolable en aquella corporación doctísima aun en los tiempos más calamitosos. Tienen allí representación dignísima todas las opiniones, aunque preponderando las conservadoras, cosa que no es estraña si se atiende á que allí se encuentran reunidas todas las aristocracias. Atentos sus sócios á la pública cultura, siguen con esquisito cuidado la marcha de las ideas, y no se plantea cuestión ni se formula problema en el mundo culto que no tenga eco en las cátedras ó en los debates del Ateneo de Madrid. Artistas, tanto ó más que pensadores, fijan especial atención sus individuos en los encantos de la elocuencia, y es por esto aquella corporación, no solo campo abierto al choque de los sistemas, sino torneo en que ostentan sus dotes los oradores de mayor fama. Allí se han formado las mejor sentadas reputaciones de nuestra patria; de allí han salido nuestros más sábios filósofos, nuestros más eruditos críticos, nuestros más sagaces estadistas y nuestros políticos más eminentes. Es, en suma, el Ateneo cifra y resúmen de nuestros adelantos, espejo de nuestras cualidades, verdadero centro de nuestra patria.

Singularidades no pequeñas ofrece esta asociación, por tantos conceptos digna de estudio, y no es la menor de ellas el ser barómetro infalible del estado político del país. La vida política en España y la vida del Ateneo están en razón inversa. Cuando la nación se agita entre las convulsiones de la fiebre política; cuando resuena en los Parlamentos la voz elocuente de los oradores y en los clubs el apasionado acento de los tribunos; cuando la prensa, enteramente libre, remueve todas las cuestiones, agita todos los problemas, suscita todas las pasiones; cuando las muchedumbres rujen cual oleaje hirviente en la plaza pública y el cálido soplo revolucionario abrasa todas las frentes, el Ateneo arrastra lánguida y trabajosa existencia y en sus salas desiertas resuena tristemente la voz apagada de sus oradores. Pero cuando á la tempestad sucede la calma; cuando la agitación política cesa ó cambia de lugar; cuando el silencio reemplaza al bullicio y las olas revolucionarias retroceden con tanta rapidez como antes avanzaron, el Ateneo recobra nueva vida, sus cátedras apenas pueden contener el auditorio que las llena presuroso, y en su sala de sesiones, antes silenciosa, resuenan los inspirados acentos de la elocuencia, tal vez interrumpidos por entusiastas y unánimes aplausos.

Y es que el Ateneo, santuario de la ciencia, puerto seguro de la libertad, vive cuando la actividad intelectual, antes derramada por diversos cauces y solicitada por multiplicados motivos, tiene que reconcentrarse en la esfera serena de la discusión científica; vive cuando cerrados otros caminos al pensamiento, tiene éste que buscar albergue en el único refugio seguro que le queda; vive cuando la gárrula gritería que levanta la pasión política no ahoga los tranquilos acentos de la razón. Y entonces el Ateneo, hostil de suyo á las agitaciones tumultuarias que caracterizan á la vida política de los latinos, abre sus puertas á los que le abandonaron para malgastar las fuerzas de su inteligencia en tejer y destejer esa eterna tela de Penélope á que llamamos política los españoles, y ofrece seguro asilo á los vencidos, á los desengañados, á los desesperanzados, á todos los que vuelven del combate con el arma sangrienta, la frente bañada en sudor y el corazón roído por el despecho, abrasado por la pasión ó marchito por el desengaño.

Por esta razón lucen hoy para el Ateneo días venturosos. Allí se ha reconcentrado toda la actividad intelectual de nuestra patria. Allí se agitan dos generaciones juveniles, apenas separadas por algunos lustros: una, que apenas ha descansado del combate en que tomó parte activa, y que vuelve al Ateneo con el desaliento, el despecho ó el escepticismo en el alma; otra que viene á la vida llena de ilusiones, ávida de saber y de gloria, sedienta de ideal, ansiosa de aire, de espacio y de luz. Allí se manifiestan nuevas escuelas, direcciones nuevas, cuya aparición asombra porque nadie sabe cómo ni dónde se han formado, cuya pujanza inquieta á los tímidos porque entran en batalla con el brio y la fé que caracterizan siempre á los partidos en sus primeros años. Allí, por fin, se agitan los problemas más temerosos de la edad presente, se discuten los intereses más caros, se analizan los sentimientos más íntimos y profundos, se ponen en cuestión las más arraigadas, y al parecer incommovibles ideas.

Dos secciones, de las tres que componen el Ateneo, funcionan este año: la de ciencias morales y políticas y la de ciencias naturales, y en ámbas se discute, bajo formas diferentes, el mismo tema. Discútense en la primera los peligros que puede ofrecer el positivismo para los intereses fundamentales de la sociedad; trátase de averiguar en la segunda si toda la vida orgánica puede considerarse como una transformación de la energía universal. El problema, como se ve, es el mismo en ámbas secciones. La cuestión se reduce á saber quién ha de triunfar en la contienda: si el espiritualismo en sus diversas fases ó el positivismo en la variedad de sus aspectos.

Mientras en España dominó sin rivales la escuela krausista, la cuestión que hoy se debate en el Ateneo no tenía razón de ser. Entonces el krausismo era el que luchaba contra el ultramontanismo de una parte, y contra el espiritualismo de otra. Hoy las circunstancias han cambiado; el krausismo ha entrado en un período de descomposición y decadencia, y escuelas distintas, nuevas en España en su mayoría, tratan de disputarse su herencia, y como entre ellas la más audaz y temible es la positivista, de aquí la actitud del Ateneo.

No podía ocultarse á tan ilustrada corporación la importancia del movimiento invasor del positivismo, ni le era lícito permanecer inactiva ante hecho tan importante y que tanto agita á la Europa culta. Discutir el positivismo era una necesidad y hasta una cuestión de honra para el Ateneo, y comprendiéndolo así la sección de ciencias morales y políticas, de que es digno presidente el elocuentísimo orador Sr. Moreno Nieto, puso sobre el tapete la cuestión.

Pero los positivistas estaban resueltos por su parte á provocar la lucha, y eligiendo el terreno, plantearon el problema en la sección de ciencias naturales. Fueron al principio sus propósitos hostiles á toda discusión verdaderamente filosófica, y manifestáronse resueltos á encerrarse en la esfera de las ciencias naturales; pero las circunstancias pueden más que la voluntad de los hombres, y hoy los dos debates se hallan confundidos de tal suerte, que en realidad constituyen uno solo.

No es nuestro ánimo dar detallada cuenta de los notables discursos que en el Ateneo se han pronunciado, porque nos lo vedan razones de carácter personal. El que esto escribe ha iniciado la discusión en una de las secciones, y no tiene derecho ni autoridad para juzgar á los oradores que allí contienden. Nos limitaremos, por tanto, á dar una idea general de los elementos que han entrado en juego y del giro que llevan los debates.

Hasta el presente han estado representados en la discusión el positivismo naturalista, el hegelianismo, el krausismo, el criticismo kantiano, el espiritualismo francés, y una dirección especial y nueva del criticismo, representada por el Sr. Nieto. Desde el primer momento, positivistas y criticistas han aparecido aliados; como del lado opuesto hegelianos, espiritualistas y krausistas, conviniendo los primeros en hacer la guerra á todos los idealismos rústicos, á toda concepción *a priori*, y á toda confusión entre lo científico y lo sobrenatural. Los segundos, en cambio, luchan por conservar en su integridad

la ontología y la teología, en reivindicar para la ciencia el conocimiento de lo divino, y en afirmar como verdades científicas lo que no son más que creencias ó postulados. No hay que decir que para los segundos es el positivismo la negación radical de la ciencia, de la moral, de la religión y del derecho.

Aunque los representantes del positivismo se han conducido con esquisita prudencia y habilidad, no por eso han dejado de revelar los vicios que son inherentes á esta escuela. El abuso de la inducción, la confusión entre las diversas esferas del conocimiento, el empeño de explicarlo todo por medio de la experiencia, el exagerado valor dado á nuevas hipótesis, todas las faltas de lógica y de rigor científico que son propias de estos pensadores se han manifestado en el debate, y han dado ocasión á sus adversarios para enérgicas y contundentes réplicas. Bien es verdad que espiritualistas, hegelianos y krausistas han incurrido en vicios análogos, aunque opuestos, y, según su costumbre, han afirmado mucho y probado poco, han confundido repetidas veces la razón con el sentimiento, han caído en extravíos idealistas, y se han obstinado en absorber en la ciencia toda la vida, y en no reconocer la existencia de lo inconoscible, eternamente negado á la ciencia, pero siempre accesible al sentimiento y á la fé.

Y, sin embargo, aquí se halla el nudo del debate. El mejor resultado que estas discusiones pueden reportar sería determinar con severa crítica los límites del conocer científico, fijar las esferas en que se mueven la razón y la experiencia, señalar las relaciones que han de existir entre la ciencia y la vida, y formar de un modo preciso el verdadero concepto de la filosofía. No haciendo esto, de nada sirve poner de relieve los graves peligros que el positivismo entraña; peligros reales si se trata del crudo materialismo que se envuelve bajo el disfraz positivista, y que, desmintiendo los mismos principios del positivismo, hace metafísicos materialistas *a priori*, erige en dogmas las hipótesis, y quiere explicarlo todo por la nueva experiencia; pero peligros que son ilusorios tratándose de otras direcciones positivistas más serias y prudentes, y sobre todo tratándose de las escuelas críticas, á las cuales corresponde, á nuestro juicio, el definitivo triunfo en esta lucha.

No hay que decir que en estos debates verdaderamente solemnes reinan la más cumplida tolerancia y la más esquisita cortesía, ni que en ellos campea en todo su esplendor la elocuencia, que es tan común en los españoles. Las razones antes expuestas nos impiden ocuparnos en detalle de los brillantísimos discursos que allí se han pronunciado; pero no creemos faltar á la reserva que tales razones nos imponen diciendo que han figurado en primera línea como pensadores profundos y oradores elocuentes los Sres. Moreno Nieto, Montoro y Gonzalez Serrano.

\* \* \*

Pero no basta al Ateneo sostener el interés científico por medio de sus debates. Sólito por la enseñanza, establece todos los años cátedras públicas á que asiste numeroso auditorio. En el presente, las cátedras son pocas, pero interesantes, hallándose confiadas á personas tan ilustradas y competentes como los Sres. Moreno Nieto, Vilanova, Vidart y Rodriguez (D. Gabriel).

El Sr. Moreno Nieto se ocupa de las tendencias de la filosofía contemporánea, ó lo que es igual, trata del mismo asunto que se debate en las secciones. Decir que sus conferencias son modelo de elocuencia y de inspiración, fuera afirmar lo que está en la conciencia de todos. El Sr. Moreno Nieto es uno de nuestros más grandes oradores. Su palabra abundantísima, llena de colorido y de vitalidad, enérgica unas veces, sentida y dulcísima otras, severa algunas, siempre nacida de sentimientos espontáneos y no de artificios retóricos, produce en el ánimo una doble y grátisima impresión, el encanto que engendra la belleza y la simpatía que despierta la palabra del hombre de corazón y de fé.

Pero á esto se limita el resultado de los discursos del Sr. Moreno Nieto. A todos admiran y encantan, á nadie convencen, porque en medio de aquella brillante catarata de inspirados períodos jamás se descubre una idea concreta, definida y fija. Es el cerebro del Sr. Moreno Nieto horno enrojecido en que hierven todas las ideas, sin que ninguna alcance el predominio; impulsos contradictorios se disputan la posesion de ese noble espíritu, racionalista si da oídos á las sugerencias de su inteligencia, creyenté si se deja llevar de su corazón. La inmensa suma de conocimientos que atesora no le permite acaso formar una convicción fija ó quizá le inclina á sincretismos y eclecticismos infecundos; y sólo así se explica que, tras de pulverizar con crítica inexorable, y no pocas veces apasionada é injusta, todos los sistemas, presente como ideal una informe mezcla de racionalismo y catolicismo, de espiritualismo francés y tendencias hegelianas, todo revuelto y confundido en fórmulas nebulosas, en síntesis incomprensibles, que hasta se parecerá vagos é impalpables fantasmas.

De aquí la esterilidad de sus esfuerzos; de aquí que esa poderosa inteligencia no deje huella de su paso en las regiones del pensamiento; de aquí que no consiga salvar de la catástrofe que le amenaza al espiritualismo tradicional; de aquí también que sus fórmulas acomodaticias desagraden á los libre-pensadores por tímidas y á los ultramontanos por audaces. Por eso la obra del señor Moreno Nieto es más artística que científica; de su pensamiento nada queda, y lo único que permanece en el alma de los que le aplauden es la impresión grata que su elocuencia produce y la viva simpatía que su carácter noble y generoso despierta.

No serán mucho mayores los resultados que alcance el Sr. Vilanova al fin de esa larga campaña que viene haciendo en el Ateneo. Años há que en su cátedra de *Prehistoria* persigue con afán incansable un ideal imposible y que nunca ha de alcanzar. Quiere popularizar los estudios geológicos y prehistóricos, y gracias á su ciencia y perseverancia lo va consiguiendo; pero intenta oponerse al darwinismo y poner en íntimo acuerdo la ciencia con la revelación, y esto es utopía que jamás verá realizada. Cuando vemos á profesor tan distinguido malgastar vanamente su talento en tan absurda empresa; cuando le vemos oponerse al progreso científico, sacrificando la libertad de su pensamiento y los fueros de la ciencia á lo que es ageno y contrario á toda ciencia seria; cuando escuchamos sus protestas contra las nuevas ideas, protestas en que el fingido menosprecio encubre un profundo temor; cuando contemplamos esa inteligencia petrificada cual verdadero fósil en una ciencia añeja y en una creencia moribunda, no podemos ménos de experimentar á la vez dolor y compasion, y hacer amargas consideraciones sobre los estragos que produce el fatal empeño de conciliar lo inconciliable, profanando la fé por una parte y rebajando la ciencia por otra. La esterilidad de su tentativa será el mejor castigo del Sr. Vilanova; y castigo merece quien, pudiendo prestar relevantes servicios á la ciencia, cifra sus esfuerzos en detener su libre y poderoso vuelo.

De las cátedras desempeñadas por los Sres. Vidart y Rodriguez nos veda ocuparnos nuestra escasa competencia en los asuntos sobre que versan. Ocúpase el primero de *Ciencia de la guerra* y de *Crédito* el segundo, y no hay que decir cuán notables serán sus trabajos, dada su ilustracion y merecida fama en tales asuntos. La frase siempre original é ingeniosa del primero, la palabra sentida, persuasiva é impregnada en ardiente amor á la libertad del segundo, impresionan agradablemente al auditorio y son recompensadas con unánimes y merecidos aplausos.

M. DE LA REVILLA

Director y Propietario.

**JOSÉ DEL PEROJO.**

MADRID.—1875.

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

San Miguel, 23, bajo.